JOSEPHINE SIEBE

VIAJES DE KÁSPERLE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En casa de maese Fridolín

Hace unos cien años, había en medio de un bosque una casa muy vieja. Nadie sabía bien cuántos años tenía la casa; los que vivían por allí decían que debía de tener más de dos siglos. En otros tiempos, el bosque había sido grandísimo; se podía uno perder en él muy fácilmente. Luego se habían ido acercando los pueblos, habían cortado muchos árboles de las orillas del bosque, y más tarde se hicieron tres caminos que salían desde la casa hacia la llanura.

Al final de cada camino había un pueblo: en el Este, Bellatierra; en el Sur, Aldea de Tilos; y por el Oeste había un pueblo al que la gente llamaba Villapomposa. Vivían en él labradores muy ricos y vanidosos, que no se trataban con los vecinos de los otros pueblos; y los niños de Villapomposa tampoco jugaban por el bosque ni se acercaban a la casita.

En cambio, a los niños de Bellatierra y de Aldea de Tilos les gustaba mucho ir a la casita del bosque, porque en ella vivía un imaginero que tallaba en madera cosas muy bonitas y graciosas. En la comarca le llamaban «el muñequero», porque se pasaba el día haciendo muñecos de guiñol, que allí se llaman kásperles; y su mujer, Anita, los vestía. Así que en la casita solían reunirse un montón de chiquillos, los niños de Bellatierra y de Aldea de Tilos, que llegaban corriendo por el bosque y se sentaban en un banco a mirar como trabajaba el muñequero.

Los niños sabían cuando había en la casa una serie de muñecos terminados y a punto de ser enviados por el ancho mundo. El muñequero tenía una hija adoptiva, que se llamaba Amada; cuando su padre había terminado una serie de muñecos, Amada corría al pueblo y se lo decía a los niños; porque era muy buena amiga de todos ellos. Y algunas veces, Amada colgaba delante de una de las ventanitas de su casa una cortina colorada, y les hacía guiñol a los niños con los kásperles; y la casita del bosque se llenaba de risas.

A los niños les daba siempre mucha pena que se llevaran los muñecos; pero había que repartirlos por el mundo, y los metían en una cesta grande, los enviaban lejos y ninguno de ellos volvía ya a la casa del bosque.

Los vecinos de Aldea de Tilos y de Bellatierra no sabían que el muñequero era en realidad un hombre célebre, porque su nombre era famoso en todas las ferias de Alemania y aún más lejos; y todos los dueños de teatros de guiñol se sentían muy orgullosos si tenían muñecos hechos por maese Fridolín. Ya lo decían ellos: no habían muñecos más graciosos y divertidos que aquéllos. ¡Y qué bien vestidos estaban! La señora Anita y Amada se las arreglaban para inventar siempre algo nuevo al hacer los gorritos y los trajecillos, y ponían a los muñecos que daba gloria verlos.

Los días iban pasando tranquilos y alegres en la casita del bosque. No había allí grandes lujos, pero tampoco se pasaban necesidades. Maese Fridolín era un hombre silencioso, que estaba trabajando en su taller de la mañana a la noche; pero le gustaba mucho oír a la señora Anita cuando se reía y a Amada cuando cantaba. Fuera en el bosque sonaba el aire en las ramas de los árboles y se oían los cantos de los pájaros; y la señora Anita solía decir:

-No hay en todo el mundo un sitio tan hermoso como éste.

Nadie sabía de dónde había venido Amada, la niña rubia. Un día de otoño, un caminante llevó a la casita del bosque un envoltorio, y dijo:

-Mire, mujer, lo que he encontrado en el camino. La señora Anita abrió el envoltorio y vio los ojitos azules y brillantes de una niña chiquitina, y exclamó:

-¡Ay, qué niña más bonita! ¡Cómo me gustaría quedarme con ella! y se quedaron con ella. Nadie sabía quiénes eran sus padres, así que el párroco de Bellatierra la bautizó y le puso el nombre de Amada, y maese Fridolín y la señora Anita se convirtieron en sus padres.

Todo eso había pasado hacía muchos años, y desde entonces Amada se había vuelto una jovencita muy hermosa y era la alegría de sus padres adoptivos.

También Amada pensaba que la casita del bosque era el mejor sitio del mundo: jugaba mucho con los muñecos de guiñol y solía decir:

-¡Qué pena no estén vivos!

Un día muy frío de invierno, mientras fuera en el bosque caían grandes copos de nieve y se oía silbar el viento alrededor de la casita, Amada volvió a decir:

-¡Qué pena que estos muñecos no estén vivos!

y entonces el silencioso maese Fridolín habló y dijo:

-Mi bis-bis-bisabuelo tenía un kásperle vivo. Amada se echó a reír; pero el muñequero añadió muy serio:

-No, hija, no te rías; te estoy contando algo que pasó de verdad. Ya sabes que mi bis-bis-bisabuelo fue imaginero como yo, y vivía aquí en la casa del bosque. Claro que él no tallaba muñecos, sino imágenes de Santos y cosas de mucho mérito para las casas.

-Ese reloj lo hizo él ¿no? -interrumpió Amada, mirando el viejo reloj de pared que tenía unas figuras muy bonitas talladas en la madera: flores, árboles y muchos animales del bosque.

Y maese Fridolín dijo:

-Sí; mi antepasado hizo ese reloj y un montón de cosas para iglesias y palacios. Fue un hombre muy hábil y sus trabajos de talla tenían mucha fama. Algunas veces salía durante semanas enteras a trabajar por el país. Le llamaban a tallar en las casas de los nobles, y creo que decía que los palacios estaban muy bien, pero que él prefería vivir aquí en su casa del bosque. Y una vez, cuando ya volvía de uno de sus viajes, le entró una impaciencia muy grande por verse en su casa. En aquel tiempo, el bosque que rodeaba la casa era mucho más grande que ahora; por las noches resultaba poco tranquilizador, y casi nadie se atrevía a atravesarlo en la oscuridad. Pero mi antepasado pensó: «Bah, mi casa está en la mitad del bosque; bien puedo llegar hasta allí». Era una noche muy clara; la luz de la Luna caía como chorros de plata entre los árboles, y la hierba de las praderas relucía. Y en el silencio de aquella noche clara mi antepasado oyó un ruido extraño: sonaba como si alguien se estuviera riendo. Se quedó parado y miró a su alrededor, y de pronto vio algo como un chiquillo que estaba dando volteretas en un prado. Mi antepasado se acercó con cuidado y agarró al enanillo por el traje. Entonces vio que había atrapado al más extraño de los personajes: parecía un niño de unos siete años, y tenía una narizota enorme y una boca grandísima. Llevaba un gorro de pico de cuatro colores con una borla en la punta, y un traje de colorines, tan estropeado y roto, que parecía que lo había llevado puesto cincuenta años.

»-¿Quién eres tú? -le preguntó mi antepasado.

»El enanillo hizo unos gestos muy raros y no parecía dispuesto a contestar. Pero como el imaginero le seguía agarrando con fuerza, se decidió por fin a hablar. Y dijo que era un kásperle de verdad, un kásperle vivo. Había estado en el Norte, con un célebre mago que tenía allí una casa viejísima en una ciudad antigua. El mago le había tenido siempre bien encerrado, y se divertía con las payasadas del kásperle. Pero al kásperle le llegó a aburrir aquella vida solitaria en la casa vieja; y un buen día el mago se olvidó de cerrar bien y el kásperle se escapó. Llevaba ya muchos años yendo de un lado para otro; había estado de bufón bastante tiempo en el palacio de un príncipe y después había decidido vivir a su gusto por las ferias y los caminos. Mi antepasado pensó:

»-Esto de encontrar un kásperle de verdad, es una suerte. Me lo voy a llevar a casa», y se llevó a su casa del bosque a aquel pequeñajo, que se fue con él muy contento. Aquí vivió el kásperle durante muchos años. Mi antepasado empezó a hacer muñecos de madera copiando la cara del kásperle vivo, y corno el kásperle estaba siempre poniendo unas caras rarísimas y sorprendentes, los muñecos resultaban graciosísimos.

»La gente empezó en seguida a pedir muñecos de aquéllos; y cuando mi antepasado se murió, su hijo ocupó su puesto y dejó de hacer otros trabajos en madera, y se dedicaba solamente a tallar

muñecos. Y así hemos seguido los demás. Los hijos aprendían este arte de sus padres; y si yo tuviese un hijo, sería también muñequero.

Maese Fridolín terminó de hablar y Amada preguntó muy excitada:

-Pero, ¿y el kásperle, padre? ¿Dónde está ahora?

Maese Fridolín se puso a tallar un muñeco, y contestó muy pensativo:

-¡Ay, si yo pudiera saberlo! Mi abuelo todavía lo sabía, pero se murió de repente cuando mi padre era un niño aún muy pequeño, así que con mi padre se perdió el secreto. Parece que mi abuelo se lo había dicho a un amigo, pero nadie sabe quién era aquel amigo ni adónde se fue. Lo único que yo sé es que no he visto nunca al kásperle ni a mi padre, que en gloria esté.

-¡Qué pena! -dijo Amada- ¡Sería tan divertido tener aquí un kásperle de verdad!

Maese Fridolín se puso a refunfuñar: -Claro, claro, cabeza de chorlito. Eso te gustaría mucho a ti, estarte todo el día haciendo teatro por la casa.

Y en aquel momento, se oyó a la señora Anita que decía:

-¡Ya está ese ahí otra vez! - Y se puso a mirar por la ventana con cara de malhumor; no debía de gustarle nada el hombre que venía por el camino. Era un hombre muy gordo, con un abrigo de piel, que se bajó del trineo a la puerta de la casa, se sacudió la nieve y entró. Abrió la puerta del cuarto de estar y dijo con voz muy fuerte y campechana:

-¡Buenos días, buenos días!

Le devolvieron fríamente el saludo; Amada se marchó corriendo y la señora Anita no dijo nada. Pero el señor Bombacho, que era comerciante y vendedor ambulante, no hizo ningún caso de aquel recibimiento. Se sentó en una silla y empezó a contar cosas con su voz fuerte y ruidosa, toda clase de cosas que había visto en sus viajes, cosas de sus negocios y que si compraba y vendía esto y aquello; hasta que la señora Anita dijo de un modo muy enérgico:

-Es inútil, señor Bombacho; no le vamos a vender nuestros armarios viejos. En esta casa no se tocará nada ni se cambiará nada mientras vivamos mi marido y yo.

-¡Vaya, vaya, vaya! -gruñó el señor Bombacho, y puso cara de rabia.

-¿Verdad, Fridolín? -dijo la señora Anita-. ¿Verdad que no venderemos los armarios al señor Bombacho?

-Claro que no -dijo maese Fridolín meneando la cabeza-. Ya dije una vez que no, y es que no.

Entonces comprendió el señor Bombacho que había hecho otro viaje en balde, y al cabo de unos minutos se despidió y se marchó refunfuñando y malhumorado en su trineo.

En cuanto el señor Bombacho salió del cuarto, Amada asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

-¿Se ha ido ya? ¿Venía otra vez a comprar los armarios?

La señora Anita dijo que sí, y los tres se pusieron a hablar del señor Bombacho y de lo raro que les parecía que tuviera tanto empeño en comprarles aquellos armarios tan viejos y tan apolillados. Ya el padre del señor Bombacho había andado siempre queriendo comprar los armarios; y también el padre de maese Fridolín le había dicho que no; y maese Fridolín seguía diciendo que no.

Aquellos armarios estaban en la buhardilla de la casita. Eran unos armarios viejísimos, con algunas figuras talladas en la madera, pero no tenían nada de particular. Habían estado siempre en el mismo sitio, y allí seguirían por más que el señor Bombacho viniera a pedirlos.

-Bueno, ya se ha marchado -dijo Amada; acercó su sillita a la de maese Fridolín, cogió un vestidito amarillo, empezó a coser y dijo:- Padre Fridolín, cuéntame más cosas de tu antepasado el que encontró el kásperle.

Y maese Fridolín siguió contando mientras tallaba la madera, y la señora Anita y Amada cosían, y los tres pensaban que no había en el mundo un sitio tan hermoso como su casita del bosque.

El armario viejo

El señor Bombacho iba muy enfadado en su trineo. Le ponía de un humor malísimo no haber conseguido los armarios. Gruñía tanto y renegaba de tal manera, que su cochero pensó:

-¿Y por qué le interesarán tanto unos armarios viejos? Siempre anda detrás de ellos; para mí, que en esos armarios hay algo más de lo que parece. A lo mejor hay un tesoro escondido, porque si no, no se explica que una persona con sentido común venga al bosque con este frío.

La verdad es que hacía mucho frío, un frío espantoso; y estuvo muchos días así hasta que por fin sopló el viento con fuerza, la nieve empezó a derretirse y a correr en arroyitos, y ¡adiós, muy buenas! La nieve desapareció.

Por aquellos días, el viento sacudía rugiendo la casita del bosque; pero, a pesar del temporal Amada se asomaba a cada momento a la puerta, sacaba la naricilla y gritaba muy contenta:

- ¡Huele a primavera! ¡Sí, ya huele a primavera, ya pronto va a venir!

Y una vez salió chapoteando por el bosque húmedo y lleno de arroyos y volvió con un ramito de las primeras campanillas blancas para la señora Anita.

Todos se alegraron y fue como una fiesta en la casita, porque los habitantes del bosque se ponían siempre muy contentos cuando llegaba la primavera. Y esta vez la primavera no se hizo esperar tanto corno otros años. Llegó en seguida, y la señora Anita pudo decir un día:

-Ya no hace falta encender la estufa. El aire de la primavera empieza a calentar.

Entonces abrieron todas las ventanas y un buen sol se metió por la casa, pasando entre dos abetos enormes. Era maravilloso. Amada andaba todo el día por el bosque, y cogía ramos de flores y luego los ponía en jarros de colores, y cuando llegaron los niños de Bellatierra y de Aldea de Tilos encontraron la casita del bosque más hermosa que nunca. Por su gusto, se hubieran quedado a vivir allí.

Era uno de aquellos días de prima vera y maese Fridolín estaba sentado en su taller, trabajando con mucha aplicación. Tenía que mandar al día siguiente un cesto de muñecos por el ancho mundo, y todavía le faltaba terminar algunos detalles. Y cuando estaba más ocupado trabajando, se le rompió la punta de la navaja. Qué fastidio. Aunque la señora Anita no hacia más que charlar y decir lo bonita que era la prima vera, maese Fridolín se pasó un rato renegando; y por fin se levantó, para ir a buscar otra navaja en el armario de las herramientas.

Subió por la escalera, que era tan vieja que a cada paso crujía y parecía que quería contar cosas de los tiempos pasados; y arriba, en la buhardilla casi a oscuras, estaban los dos armarios grandes y viejos que tanto le gustaban al señor Bombacho. En aquellos armarios se guardaban toda clase de herramientas, desde hacía muchísimos años, y maese Fridolín encontraba allí todo lo necesario para trabajar en sus muñecos.

Aquella mañana de primavera, el sol entraba también por la ventanita de la buhardilla, iluminando los armarios; maese Fridolín tenía por eso mejor luz allí arriba que otras veces; abrió primero un armario, no encontró en él lo que buscaba y abrió el otro. Y como se veía tan bien, se puso a rebuscar entre los trastos.

Miraba a ver si estaba allí todavía esto o aquello, y de pronto se dio cuenta de que había una rendija a un lado del armario.

-¡Caramba! -pensó-. Este armario está ya tan viejo que empieza a rajarse.

Apretó y corrió un poco los bordes de la rendija, y de repente se abrió una puertecilla. Y maese Fridolín vio con gran asombro una figura en un estante. La figura estaba de pie y era del tamaño de un niño de unos siete años. Maese Fridolín no la había visto nunca hasta entonces, y se quedó muy sorprendido. ¿Cómo estaba aquello allí?

Por fin se decidió a coger el muñeco y lo sacó del estante. Y, al tocarlo, le pareció que el muñeco se movía. Lo puso corriendo en el suelo y se quedó mirándolo.

-¡Caramba, caramba! -exclamó-. ¡Pero si es un kásperle !

Apenas había dicho aquéllo, cuando la figurita empezó a moverse, sacudió la cabeza, levantó los brazos y salió una nube de polvo.

-¡Atchís, atchís, atchís! -Maese Fridolín se puso a estornudar, y la sorprendente figurilla se puso a estornudar también. Y la señora Anita, que oyó los estornudos, gritó desde abajo:

-¡Fridolín, te has resfriado! La voz de la señora Anita espabiló al muñeco, que empezó a reírse y ¡zas! echó a correr escaleras abajo. Maese Fridolín se quedó de una pieza. No podía explicarse aquéllo. Y seguía estornudando: ¡atchís, atchís!, mientras el extraño muñeco entraba brincando en el cuarto de estar.

La señora Anita dio un grito del susto; y Amada, que entraba en el cuarto con un ramo de flores, dejó caer el ramo, asustadísima.

-¡Jesús, María y José! -gritó la señora Anita-. ¡Qué espantajo!

El pequeño personaje se quedó en medio del cuarto mirándolo todo, sacudió la cabeza y otra vez salió una nube de polvo.

-¡Atchís, atchís! -estornudaba el muñeco-. Y la señora Anita estornudaba, y Amada estornudaba y maese Fridolín entró estornudando.

-¡Eh, aquí está esto! -gritó maese Fridolín y agarró al extraño personaje-. ¡Caracoles! ¡Si casi parece un kásperle!

-¡Como que soy un kásperle! -dijo el pequeño con una vocecita quejumbrosa-. ¿Dónde están madame Terremoto y maese Efraín?

-Pero, ¿qué dices? -exclamó maese Fridolín dándose una palmada en la frente-. ¡Si esos eran mis bisabuelos! ¡Santo cielo! ¿Será éste el kásperle desaparecido?

Y, sacudiendo al pequeño por un brazo, de forma que volvió a salir mucho polvo, le dijo:

-Contéstame: ¿Cómo es que estabas en el armario y qué hacías allí dentro?

-¿Qué hacía? ¡Pues, dormir! -dijo el pequeño, bostezando con fuerza. Y de repente se oyeron dentro del pequeñajo unos ruidos rarísimos, que parecían las piedras en la barriga del lobo de Caperucita, rodando y chocando.

-¡Ay, ay, ay! -se quejó el pequeño-. ¡Ay, qué hambre tengo, me muero de hambre!

- ¡Pobre criatura! -exclamó la señora Anita-. ¡Está muertecito de hambre! Sabe Dios el tiempo que lleva sin comer.

-Pues, según mis cuentas, unos cien años -dijo maese Fridolín-. Caramba, no; no es posible que haya estado tanto tiempo metido en el armario.

-¡Ay, qué hambre! ¡Ay, que me muero de hambre! -gritaba el pequeño; y entonces la señora Anita y Amada corrieron asustadas a la cocina y trajeron todo lo que había: pan, salchichas, mantequilla, leche... y el extraño personaje se lo iba metiendo todo en su bocaza.

Tragaba y engullía, engordaba a ojos vistas, hasta que al fin resopló y dijo muy contento:

-¡Ya no puedo más!

-¡Menos mal! -dijo maese Fridolín-. ¡En mi vida he visto comer de esta manera! Pero ahora, dime, tú...

-Me llamo Kásperle -dijo el pequeño.

-Muy bien, Kásperle. Dime cómo es que estabas en el armario.

Kásperle abrió los ojos, abrió la boca, suspiró, se volvió a sacudir y murmuró:

-Pues no lo sé.

-Haz por recordar -le dijo maese Fridolín-. ¡Tienes que saberlo!

Késperle miró a su alrededor como si no supiera dónde estaba, y de pronto vio el gran reloj de pared y gritó:

-¡Eso lo ha hecho el maestro!

Los habitantes de la casita se sintieron incómodos. ¿Aquel espantajo iba a ser realmente el Késperle que en otros tiempos vivió con su antepasado? Y ¿cómo estaba en el armario? ¿Era posible que hubiese dormido tantísimos años?

-Trata de recordar -insistió maese Fridolín. -No puedo.

A Késperle le parecía dificilísimo recordar. Su carita de duende se puso triste.

-No sé, no puedo -volvió a decir en tono quejumbroso. Se sacudió otra vez con fuerza, y al sacudirse se le cayó del traje un papel amarillento.

Amada lo recogió, lo leyó y dijo: - ¡Aquí dice algo de Késperle, aquí, padre, mira! Maese Fridolín cogió el papel, se puso las gafas y leyó:

«La persona que encuentre este Késperle habrá de poner mucha atención hasta que despierte, por tratarse de un késperle real y verdadero. Mi aprendiz Juan Enrique Bombacho, llevado de su mala voluntad, le ha dado a beber un jarabe que trajo mi abuelo consigo del país de Italia. Es dicho jarabe un bebedizo que produce un sueño profundo, mas en pasando cierto tiempo este Késperle volverá a despertar. Trátase sin duda de un bebedizo fabricado por el demonio, y nadie conoce ya el secreto de su composición. El Késperle lleva hasta hoy cuatro semanas durmiendo, y por haberse propagado en el país la noticia de que en esta mi casa hay un poder mágico, resuelvo como mejor medida encerrar al Késperle en un armario. Esto declaro y pongo por escrito yo maese Efraín pensando que el hombre no es dueño de su vida ni conocedor del fin de ella. y que el Késperle bien pudiera ir a parar a manos extrañas. El villano de mi aprendiz ha cobrado su parte, a saber, más azotes de los que él deseara, y que le servirán a lo largo de su vida de arrepentimiento y recuerdo. Dispongo que mi hijo entre en conocimiento de este secreto y lo transmita a su hijo y éste al suyo, hasta el despertar del Késperle. Asimismo dispongo que traten todos con bondad al Késperle, sin hacerle daño alguno. Debo también advertir que se proceda con gran cuidado, por entrarle al Késperle en algunas ocasiones y principalmente en el tiempo de primavera unos afanes desmedidos de libertad, que le llevan a escapar de sus cuidadores, y pudiera ocurrirle algún daño en el ancho mundo. Si bien en pasando dichos afanes le vuelve la querencia a esta casa del bosque.»

-Esto lo escribió el bisabuelo Efraín -dijo maese Fridolín al terminar el papel-. Y ahora ya comprendo por qué tenía el señor Bombacho ese empeño en llevarse el armario. Sabía lo que había dentro. ¡Vaya, vaya! ¡Nada menos que el verdadero Késperle! ¡Y ha estado durmiendo más de noventa años!

-¡Un prodigio, un verdadero prodigio! -dijo la señora Anita un poco asustada, porque toda aquella historia le parecía cosa de brujas, y miró al Késperle con desconfianza.

El Késperle seguía allí quieto, pensativo y algo triste, y Amada sintió de pronto una gran compasión por el pequeño. Se acercó a él, le acarició la cabeza y dijo cariñosamente:

-Habrá que hacerle un traje nuevo; mirad qué estropeado tiene el que lleva.

Késperle miró a aquella niña tan bonita y tan amable, y empezó a quererla desde aquel momento. Se acurrucó junto a ella y dijo:

-Anda, hazme un traje nuevo. Yo te obedeceré siempre.

Amada recordó el escrito de maese Efraín y preguntó a Késperle :

-¿Me obedecerás siempre y no te escaparás? -No, no me escaparé -prometió Késperle.

-¿Me das tu palabra de honor, pequeño Késperle? -Amada le cogió la mano, y Késperle volvió a prometer:

-No me escaparé; pero no quiero que me metan otra vez en el armario.

-Yo te prometo que no te meteremos en el armario nunca más -dijo maese Fridolín.

Éste había encontrado ya otra navaja, y empezó a tallar un muñeco copiando la cara de Kásperle. ¡Qué bien le salía! Nunca le había parecido tan fácil tallar la madera. Y maese Fridolín pensó:

-¡Ahora sí que van a gustar en las ferias mis muñecos de guiñol!

Mientras tanto, Kásperle se frotaba los ojos y terminaba de espabilarse, y cuanto más miraba la casita, más le gustaba estar allí otra vez. De repente le entró mucha alegría y ¡úpala!, dio una voltereta y saltó por encima de la señora Anita. Y antes de que ésta pudiera volver de su asombro, ya estaba Kásperle en el estante jugando a la pelota con los platos.

-¡Eh! ¡Quieto, locuelo!-gritó la señora Anita, y luego suspirando: -Ahora sí que tenemos un buen duende en la casa.

Kásperle no era precisamente un duende, sino un verdadero diablillo. En la casa del bosque se dieron cuenta de ello desde el primer día. Todas las habitaciones andaban revueltas, todos los muebles patas arriba, y tan pronto estaba Kásperle en lo alto de un armario, como enredando en la cocina. Se metía por todos los rincones y en cuanto descubría alguna cosa de las que él conocía antes, se ponía a dar gritos y a brincar. No sabía contar bien lo que le había pasado en aquellos tiempos antiguos, porque se le había olvidado de tanto dormir; pero recordaba los muebles y las cosas y también se acordaba de los nombres de las personas.

A la señora Anita la llamaba siempre madame Terremoto; a ella no le gustaba nada que le llamara así. La verdad es que la señora Anita encontró que Kásperle era demasiado travieso; y aquella primera noche, cuando ya fue hora de irse a dormir, suspiró y dijo:

-¡A la cama! ¡A la cama! ¡A las diez en la cama estés, y si puede ser antes, mejor que después!

Entonces Kásperle empezó a alborotar:

-¡No quiero irme a la cama! ¡No quiero irme a la cama¡ Ya he dormido más de noventa años y no tengo sueño!

-Caramba, caramba; eso sí que es verdad -dijo maese Fridolín-; se dice pronto, dormir más de noventa años... Kásperle puede quedarse levantado.

-¿Que se va a quedar solo? ¡Ay, Dios mío, pues buena la va a armar! No, no, imposible -dijo la se ñora Anita.

-Yo me quedaré con él, quiero terminar su trajecito -dijo Amada, que estaba cosiendo para Kásperle. La señora Anita no estaba muy convencida; no le gustaba que nadie se quedara levantado hasta tan tarde. Pero maese Fridolín dijo que no importaba y que a Kásperle le hacía mucha falta un traje nuevo.

Así que Amada se pudo quedar levantada y sus padres adoptivos se fueron a dormir. Y el inquieto Kásperle prometió que sería muy bueno y que no tira- ría las sillas ni las mesas. Se sentó en una esquina del sofá muy quietecito, mirando cómo cosía Amada.

-Hazme un traje como los que llevan los hijos de las personas.

-¿Por qué? -dijo Amada sorprendida. Y Kásperle bajó los ojos y dijo suspirando:

-No hace falta que todos vean que soy un kásperle.

-¡Ay, Kásperle! -dijo Amada-. -¡Me parece que estás pensando en escaparte! No, no puede ser. Te haré un traje de kásperle, muy bonito y de muchos colores. Mira, voy a ponerle esta tela verde, y este trozo colorado y este azul.

Kásperle refunfuñó un poco, pero se conformó cuando Amada le dijo:

-Acuérdate de la promesa.

Y como Kásperle parecía triste, Amada le quiso hacer hablar para distraerle:

-Anda, Kásperle, cuéntame algo.

-Cuéntame tú algo, Amada -dijo Kásperle-. Anda, por favor, que me gustan mucho las historias.

-Bueno, pues escucha -y Amada empezó a contarle cosas muy bonitas del bosque, de las flores, de los árboles y de los duendecillos del bosque; y también cosas graciosas y divertidas de los niños. Contaba y contaba, y si se paraba un poco, Kásperle decía:

-¡Sigue, sigue!

Pero de pronto Amada se dio cuenta de que Kásperle estaba muy callado. Bajó la labor, miró a Kásperle y vio que estaba dormido. Amada sonrió y se dijo:

-¡Buen perezoso debe ser este Kásperle, cuando todavía tiene sueño, después de haber estado noventa años durmiendo!

Y siguió cosiendo sin darse cuenta de que fuera en el bosque ya amanecía; y en el momento en que daba la última puntada, se abrió la puerta y entró la señora Anita diciendo:

-¡Pero criatura! ¡Si ya es de día!

-Kásperle se ha quedado dormido -dijo Amada, levantando el trajecillo de colores-. ¡Y yo ya he terminado!

-¡Gracias a Dios, que ese diablillo es capaz de dormir todavía! -dijo la señora Anita riendo-. Ya tenía yo miedo de que ahora quisiera estarse noventa años sin dormir. Hubiéramos tenido que encerrarle otra vez en el armario.

-¡No quiero que me encierren en el armario! -gritó Kásperle entonces.

Había oído lo que decía la señora Anita y se había asustado. Y del susto se puso a dar volteretas, saltó la mesa, y fue a chocar contra la barriga de maese Fridolín que venía de su cuarto. El buen hombre dijo, resoplando:

-¡Uf! ¡Ya se nota que hay un kásperle en la casa!



Aventura en el lago

Durante la primera semana que pasó Kásperle en la casita del bosque, hizo más disparates que diez niños en un año.

¡Santo cielo, las cosas que aquel pequeñajo era capaz de inventar! Siempre se ponía donde no debía; tan pronto estaba en lo alto del estante de los platos, como en la despensa, caído en el puchero de la leche; de pronto se le ocurría abrir la trampilla de la estufa y el cuarto se llenaba de una nube de hollín, o enredaba en el cesto de costura de la señora Anita dejándolo todo revuelto. Maese Fridolín le decía a veces:

-Mira que te encierro en el armario. Pero entonces empezaba Késperle a llorar y a gritar de una manera que al maestro se le ablandaba el corazón.

La que menos protestaba era Amada, aunque también a ella le hacía Késperle toda clase de travesuras. Claro que luego se ponía mimoso, y prometía ser bueno; y Amada no se podía enfadar con él y le disculpaba delante de maese Fridolín y de la señora Anita, que en el fondo se reían con las diabluras de Késperle.

La casita del bosque era muy pequeña, y pronto empezó a pasarle a Késperle lo que hacía cien años: se aburría allí dentro. Y precisamente porque no le dejaban andar solo por el bosque, estaba deseando salir a corretear por él. No hacía más que pensar en lo divertido que sería volver a recorrer el ancho mundo.

Amada se dio cuenta de lo que pensaba Késperle y le advertía todos los días:

-¡Acuérdate de tu promesa!

Késperle decía que sí y suspiraba, pensando:

-Lo bueno sería poder tirar una promesa al agua o quemarla en la estufa, para librarse de ella de una vez.

Un día, aprovechando el buen tiempo de primavera, Amada se fue andando a Bellatierra. Tenía que hacer muchas compras, porque ya se acercaba la fiesta de Pentecostés. La señora Anita estaba muy atareada por la casa, porque quería tenerlo todo limpio y en orden para la fiesta; y cuanto más ocupada andaba, Késperle no hacía más que meterse por medio y enredar en las habitaciones: aparecía en un lado, salía del otro, tiró un cubo lleno de agua, rompió un cristal con una escoba, hasta que la señora Anita ya perdió la paciencia y le dijo:

-¡Vete con el maestro! Késperle no se lo hizo repetir, salió corriendo y buscó a maese Fridolín detrás de la casa; allí estaba el buen hombre pintando sus muñecos nuevos. Los había puesto en una fila larga sobre un tablón, y tenían unas caras muy graciosas, porque maese Fridolín los había hecho copiando los gestos de Késperle.

- ¡ Huy, si ése soy yo! -exclamó Késperle, y metió el dedo en la pintura de la nariz de un muñeco, y el dedo se le quedó pegado a la pintura, que estaba todavía húmeda.

- ¡Torpe, más que torpe! -gritó maese Fridolín más enfadado que otras veces-, ¡Hala, vete de aquí; no quiero ver te por medio!

Késperle se marchó cabizbajo. Volvió a entrar a la casa, volvió a salir y se dijo:

-Si dicen que me vaya, pues me iré. Y no tengo yo la culpa si no cumplo la promesa que le hice Amada.

Y echó a correr hacia el bosque. El bosque le gustó mucho. Había pájaros cantando en los árboles; los árboles se movían suavemente y en el suelo había florecitas silvestres, pequeñas y muy bonitas. Késperle empezó a correr y a saltar lleno de alegría. Vio un camino en el que daba el sol; vio otro camino que se perdía en la sombra de los árboles. Késperle se quedó pensando qué camino escogería y por fin se decid a andar por el de la sombra. Al cabo de un rato llegó un lago pequeño, rodeado de lirios; y en el lago vio con gran sorpresa a unos niños que se estaban bañando, chapoteaban con muchos gritos en el agua fría. A Késperle le entraron ganas de meterse en el lago, pero daban miedo el agua y los niños. Así que fue rodeando el lago por la orilla, y en esto vio la ropa de los niños en un montón, y pensó:

-¡Huy, qué suerte! Ahora me quitaré mi traje de Késperle, me pondré una camisa y un pantalón de niño y me iré por el ancho mundo.

Con la alegría se le olvidó la promesa que había hecho a Amada. Se metió detrás de unas matas, y se puso unos pantaloncitos y una camisa azul. Los niños debían de ser del tamaño de Késperle, porque las dos cosas le sentaban muy bien. Késperle estaba entusiasmado con su idea, y cuando terminó de vestirse se revolcó en la hierba, chillando de alegría.

Si los niños no hubieran estado alborotando tanto en el agua, hubieran podido oír la risa de Kásperle. Pero aquellos pequeños no se fijaban en lo que pasaba en la orilla: se salpicaban, se tiraban al agua y volvían a salir. No vieron que un niño corría por el bosque; sólo un rato más tarde, al salir del agua, se dieron cuenta de lo que había pasado. Federico empezó a buscar sus pantalones y no los encontró, y lo mismo le pasó a Pedro con su camisa, no la veía por ninguna parte. Sólo Cristóbal tenía su ropa completa, y se puso a gritar, hinchado como una ranita :

-¡Buscad bien! ¡No sabéis dónde tenéis ni la cabeza ! Yo dejé lo mío bien ordenado.

A Federico y a Pedro les molestó la burla; pensaron que Cristóbal les había escondido la ropa y que encima les castigarían en su casa por culpa de aquel estúpido. Entonces se fueron furiosos contra Cristóbal. Y empezaron a pegarle; y como Cristóbal no era nada cobarde, se defendió bien y los tres rodaron por la hierba peleándose como fieras. Gritaban tanto, que los pájaros por poco se caen de los árboles del susto, y una rana muy gorda se desmayó. Las otras ranas empezaron a croar muy enfadadas, y nadie sabe en qué hubiera terminado todo aquello; pero el guardabosques, que pasaba por allí cerca, oyó el griterío y se acercó corriendo. Vio a los tres niños en plena pelea y, sin pensarlo más, ¡zas! levantó a Federico y le dio un bofetón y con Pedro y Cristóbal hizo lo mismo, antes de que ellos supieran lo que pasaba. Los tres niños se quedaron asustados mirando al guardabosques, y se olvidaron de]a pelea.

-Vamos a ver, ¿por qué os estabais pegando? - preguntó el guardabosques burlándose de ellos-. ¿No hace bastante calor, que necesitáis calentaros a golpes?

Sí, menudo calor tenían los niños a pesar del baño: a los tres les ardía la cara del bofetón del guardabosques. Pero al guarda se le pasó pronto el enfado, miró a los chiquillos y se echó a reír y entonces los niños le contaron lo que pasaba. Pedro y Federico echaban la culpa a Cristóbal, que gritaba que él no había escondido la ropa, y estuvieron a punto de empezar otra pelea. Pero el guardabosques miró fijamente a Cristóbal, le sujetó por los hombros y le preguntó:

-¿Les has escondido tú el pantalón y la camisa?

-¡No, señor! -contestó Cristóbal mirando al guardabosques con sus ojos azules y sinceros. Y el guardabosques comprendió que el niño decía la verdad.

Pero ¿dónde podría estar la ropa? ¿Acaso la habían robado allí en su bosque, en aquel bosque que él tenía que guardar? No, no era posible, y el guardabosques dijo a los niños:

-¿Estáis seguros de que traíais esa ropa?

-¡Hombre, claro! -dijo Federico. Qué ocurrencia, cómo iba uno a venir desde el pueblo sin pantalones. El guardabosques lo comprendió en seguida, y pensó que algún chiquillo bromista les habría escondido las cosas.

-Volved a vuestra casa; seguro que algún gracioso os ha quitado la ropa por gastaros una broma.

- ¡Pero yo no puedo ir a casa sin pantalones! -dijo Federico casi llorando.

Sí que era una complicación. El guardabosques se puso a reflexionar. El tenía tres hijos grandes que ya no vivían en su casa, pero su mujer guardaba la ropa de cuando eran pequeños. Podían pasar por su casa para ponerse algo; de su casa a Bellatierra había que dar un rodeo, pero el sendero hasta la casa forestal iba por el bosque, y se podía andar sin pantalones. Todo lo más, se reirían los pájaros y los árboles del divertido cachorro de hombre. La mujer del guardabosques miró muy sorprendida los invitados que traía su marido. Pero corno era una mujer muy simpática y comprensiva, sacó la ropita que todavía guardaba de cuando sus hijos eran pequeños. No fue difícil encontrar unos pantalones para Federico y una chaqueta para Pedro. Los niños se alegraron con el cambio, porque la chaqueta tenía botones de metal y los pantalones unos tirantes bordados en verde y rojo. Y Cristóbal casi sintió que no le hiciera falta nada. La buena mujer del guardabosques dijo:

-Si no encontráis vuestra ropa, podéis quedaros con ésta.

Los niños se marcharon muy contentos de la casa forestal; su aventura les hacía sentirse importantes. y cuando, al llegar cerca de Bellatierra, se encontraron con Amada, le contaron lo que les había pasado. Amada dijo lo mismo que el guardabosques:

-Seguro que es una broma que os han gastado unos niños por hacerse los graciosos.

En Bellatierra había varios graciosos así, y Pedro, Federico y Cristóbal entraron en el pueblo poniendo cara de enfadados, por si acaso; y contaban su aventura a todo el que quería escucharles.

Entonces alguien dijo que a lo mejor había sido Jaimito el del molinero; y otro pensó que podía ser Juanito, el tonto del pueblo; y antes de llegar los tres niños a sus casas, ya murmuraban por todo el pueblo que si había sido éste, que si el bromista podía ser ese otro. Al fin pudieron demostrar todos los niños del pueblo dónde habían estado aquella mañana, y por poco les pegan a Federico, a Pedro y Cristóbal; pero acabaron por reunirse todos a comentar la extraña aventura. y en Bellatierra se quedaron muy intrigados pensando quién habría sido el bromista o el ladrón.

También Amada iba pensando por el camino en aquel suceso tan raro; y al cruzar el bosque silencioso de vuelta a su casa, miraba a un lado y a otro, por si veía la ropa de los niños. De pronto vio una cosa colgada de unas ramas; parecía un trapo grande, de colorines. Y como Amada no era nada cobarde, se acercó, y al llegar al árbol dio un grito:

- ¡Késperle! ¡Pero, Késperle! ¿Qué haces aquí? No contestó nadie, y entonces Amada vio lo que era aquello: era el traje de Késperle, que estaba colgado de una rama. El viento lo movía un poco, y por eso se había creído Amada que era Késperle. Pero a Késperle no se .le veía por ninguna parte. Y de pronto se acordó Amada de los niños a quienes les había desaparecido la ropa, y le entró una duda horrible. ¿Se habría escapado Késperle? Descolgó el trajecito de la rama y salió corriendo hacia la casita del bosque. Al llegar abrió la puerta, entró como un vendaval en el cuarto y preguntó a su madre:

-¿Dónde está Késperle?

-Ahí fuera, con el padre- dijo la señora Anita, que estaba preparando la cena.

Amada corrió junto a maese Fridolín, que en aquel momento pintaba su último muñeco de guiñol, y que dijo muy sorprendido cuando Amada le preguntó por Késperle :

-Estará dentro; se habrá metido en casa otra vez. Pero Késperle no estaba en la casa, ni fuera de ella.

Amada le buscó por todas las habitaciones y por todos los rincones, abrió todos los armarios y los baúles, llamándole cariñosamente. Pero Késperle no contestaba; había desaparecido. Amada corrió al bosque, maese Fridolín la siguió, buscaron y dieron voces, pero no vieron ni rastro de Késperle. El sol ya se había puesto hacía tiempo y los pájaros estaban durmiendo en sus nidos, pero en el bosque se seguían oyendo las voces que llamaban:

- ¡Késperle! ¡Késperle, vuelve a casa! Salió la luna y cubrió la casita del bosque con su luz de plata. Y, al asomarse a la casita, la luna pudo ver a tres personas muy tristes, sentadas a la mesa, que decían:

-¡Nuestro Késperle se ha escapado! Aquellas tres personas ya no pensaban en las muchas travesuras que solía hacer el diablillo; sólo pensaban que le habían tomado mucho cariño. Amada se tapaba la cara con las manos y lloraba amargamente por su pequeño y travieso amigo.

-¡Ay, Késperle, Késperle! ¿Por qué nos has dejado? ¿Qué va a ser de ti en el ancho mundo?

En casa del labrador Cabeza-de-Paja de Villapomposa

¿Por dónde andaba Kásperle? Pues iba tan contento por el bosque, vestido con los pantalones de Federico y la camisa de Pedro, encantado de verse libre otra vez. Con la alegría se le habían olvidado, al muy ingrato, todas las cosas buenas de la casita del bosque; y decidió irse a recorrer el mundo.

Y como sabía que la gente solía ir a pasear por los caminos de Bellatierra y Aldea de Tilos, se metió por el sendero de Villapomposa; la gente de los otros pueblos procuraba no ir por aquel camino y, en efecto, Kásperle no encontró allí a nadie en aquel hermoso día de sol.

Estaba tan contento con el éxito de su escapatoria, que empezó a dar volteretas. Rodaba como una pelota a lo largo del sendero y poco le faltó para entrar rodando en Villapomposa; pero había una piedra grande en mitad del camino, tropezó con ella, se oyó un chasquido y Kásperle se quedó un rato atontado. Pero como la piedra no protestaba ni venía nadie, Kásperle se sentó y miró a su alrededor. Delante de él, en el valle, estaba Villapomposa; parecía un pueblo rico y cuidado. De todas las chimeneas salía humo, porque las campesinas de Villapomposa estaban preparando sus bollos de Pentecostés.

Kásperle levantó su narizota y olfateó el aire. ¡Qué bien olía! Y al mismo tiempo sintió un ruido en el estómago y abrió su enorme bocaza como una cría de cuervo cuando abre el pico.

Claro que a ninguna de las campesinas de Villapomposa se le ocurrió salir al camino a llevarle a Kásperle bollos recién hechos. Esas cosas no pasan nunca. Kásperle suspiró muy fuerte, y por fin se decidió a levantarse, se sacudió la ropa y fue hacia el pueblo.

Matías Cabeza-de-Paja, que era un labrador gordo y el hombre más rico de Villapomposa, había decidido descansar aquel día. Decidía descansar muy a menudo, porque era tan perezoso que hasta sus vecinos, que eran todos bastante vagos, le llamaban «Matías-el-Comodón». El labrador estaba sentado a la puerta de su casa, y tenía a su lado una mesa con la merienda; en aquel momento se estaba comiendo un bocadillo, y miraba el plato de bollos calientes que le acababa de traer su mujer.

Entonces pasó por allí Kásperle, vio al gordo labrador y los bollos recién hechos, y sin pararse a pensarlo se lanzó a la mesa Y ¡aum, aum, aum! empezó a tragarse los bollos. Cuando el labrador se repuso de la sorpresa, casi todos los bollos habían desaparecido.

¡Rayos y centellas! Al labrador no le había ocurrido nunca una cosa así.

-¡Tú, sinvergüenza! -gritó levantando su manaza para pegar a Kásperle. Pero Kásperle saltó rápido como una ardilla por encima de la mesa y del labrador, y se quedó mirándole sentado en el suelo unos pasos más allá.

-¡Tenía tanta hambre...! -dijo lloriqueando, y puso una carita tan triste y tan inocente que Matías-el- Comodón no tuvo más remedio que reírse a pesar de su enfado. Nunca había visto un chiquillo tan sorprendente.

-¿De dónde vienes? -le preguntó.

Entonces Kásperle se acercó un poquito a la mesa, arrastrándose sobre el fondillo de los pantalones de Federico, y dijo con una vocecita muy triste:

-Vengo de lejos, de muy lejos... soy un pobre niñito abandonado, y no tengo a nadie en el mundo...

Y el pillo de Kásperle parecía tan desgraciado, que el labrador sintió mucha compasión de él, y dijo haciéndose el enfadado:

-Bueno, bueno; pero eso no es un motivo para comerse los bollos de los demás.

Al decir esto, le hizo una seña con la mano para que se acercara más. El pillastre se acercó con la cabeza baja, poniendo cara de santito; y el labrador Cabeza-de-Paja no se fijó en los ojillos negros y traviesos de Kásperle, y le dijo bondadosamente:

-Hace un momento te portaste con mucha frescura, pero no te lo tendré en cuenta. Necesito un chico para los gansos, y te voy a dar ese puesto. Eh, ¿qué dices a eso? ¿A que no podías ni soñar que algún día ibas a estar empleado en casa del rico Cabeza-de-Paja?

Kásperle abrió entonces una boca como un portalón; no tenía ni idea de lo que era un chico de los gansos. No dijo ni sí ni no, y el labrador tampoco le preguntó nada más, porque pensaba que cualquiera se sentiría muy contento de ser chico de los gansos en casa de Cabeza-de-Paja. Y llamó a su capataz Florián, que salía en aquel momento de la casa:

-¡Eh, Florián! Ya tenemos un chico para los gansos. ¡Acompáñale!

El capataz Florián no solía abrir la boca más que para comer. No dijo nada, pero pensó:

-Con un chico de los gansos no hay que andarse con cumplidos.

Y cogiendo a Kásperle debajo del brazo lo llevó al corral de los gansos, abrió la puerta, gruñó: «Ahí es», metió dentro a Kásperle y volvió a cerrar.

-Así se irán conociendo- pensó Florián-, tienen tiempo hasta la hora de la cena. Y allí se quedó Kásperle en el corral, rodeado de gansos blancos y grises que graznaban amenazadoramente. Aquello no le hizo a Kásperle ninguna gracia; nunca había estado dentro de un corral, y se asustó bastante al ver gansos con los picos abiertos y graznando de aquel modo tan feroz. Kásperle les hizo los gestos más raros que pudo, y como los gansos tampoco habían visto nunca un kásperle vivo, se alborotaron mucho y cada vez graznaban más ruidosamente, y Kásperle tenía cada vez más miedo y pensó cómo podría salvarse.

En un rincón del corral había un estante grande, que parecía un armario; Kásperle dio un brinco y se encaramó a lo alto. En las tablas del estante había unos gansos gordos y pacíficos que estaban empollando los huevos en sus nidos; al ver a Kásperle trepar por sus tablas se asustaron muchísimo y se levantaron de los nidos silbando; Kásperle estaba muerto de miedo y se colgó de la última tabla; el estante se tambaleó, y ¡pataplaf! se vino abajo. Y allí rodaron en un montón Kásperle, los nidos y los huevos; los gansos, furiosos, se lanzaron sobre Kásperle con los grandes picos abiertos, silbando y graznando. ¡Qué atrocidad! ¿Cuándo se había visto que alguien les estorbara mientras empollaban? Y ¡chac! Un ganso picó a Kásperle en una pierna, otro ¡chac! en la oreja, ¡chic! otro en la nariz, y Kásperle aullaba y los gansos graznaban como locos y aquello era un ruido de mil demonios.

-¡Jesús, María! ¿Qué pasa en el corral? -dijo en el patio la criada Carlina-. A ver si ha entrado un ladrón.

Y corrió al corral, abrió la puerta y vio todo aquel revoltijo y a Kásperle en medio, sentado en el suelo, gritando con toda la fuerza de su enorme bocaza. Carlina cerró la puerta de golpe, muy asustada, y salió gritando:

-¡Un duende, un duende en el corral! Al oír los gritos, salió la labradora, se asomó Berta la criadita joven, y Florián corrió al corral, abrió la puerta y sacó arrastrando al lloroso Kásperle.

-¡Santo Cielo! ¿Qué es esto? -exclamó la labradora llevándose las manos a la cabeza; Berta se tapó la cara con el delantal chillando:

- ¡Ay, qué aparición! - ¡Es un duende, es un duende! -gritaba Carlina. - ¡Qué duende ni qué niño muerto! ¡Es el nuevo chico de los gansos, y ahora va a cobrar! -dijo Florián, y empezó a pegar a Kásperle. Cuando Florián se ponía a pegar no era cosa de broma. Kásperle no veía ni oía: berreaba como un condenado, y al fin llegó también el labrador a ver qué pasaba.

Su mujer y las criadas se pusieron a hablar todas a la vez. Kásperle berreaba, en el corral graznaban los gansos y Florián no dijo nada, sólo le señaló el corral al amo para que viera el desaguisado, y siguió pegando a Kásperle hasta que la labradora sintió lástima y le quitó al pequeño de las manos, diciendo:

-¡Que le vas a matar!

-¡ Se lo ha merecido! -gritó Florián.

-¡Sí, rayos y truenos, se lo ha merecido! -gritó el labrador Cabeza-de-Paja, que había visto el desastre del corral y venía dispuesto a pegar a Kásperle; pero la labradora defendió al pequeño con energía, porque le daba mucha pena, y el labrador se portó otra vez de un modo raro: al ver la cara descompuesta de Kásperle ponía una cara tan cómica, que hasta a Florián le daba risa.

Y por más que el pobre Késperle se frotaba la espalda y suspiraba los otros no hacían más que reírse de él. Entonces Késperle se acordó de Amada; la niña no se hubiera burlado de él. Késperle bajó la cabeza y entró en la casa detrás de la labradora y se animó al notar el buen olorcillo de bollos calientes que había allí.

¡Vaya! No estaba tan mal la casa del rico Cabeza-de-Paja; y el corral se podría soportar.

A la hora de cenar, al nuevo chico de los gansos le sentaron al final de una mesa muy larga. En la cabecera estaban el labrador y su mujer, Florián, Carlina y los otros mozos y criadas. Todos habían trabajado de firme y ahora sólo pensaban en comer. Ninguno se fijó en el nuevo chico de los gansos, hasta que oyeron a Berta reírse bajito. Entonces el criado Pablo miró hacia allí, vio al chico de los gansos, y se echó a reír. ¡Caramba, qué chico más divertido! Carlina y Mina miraron también, y vieron a Késperle que abría y cerraba la boca con unos gestos tan raros, que de pronto todos soltaron una carcajada. El que más se reía era el labrador. y en cuanto Késperle se dio cuenta de que se reían de él, empezó a hacer muecas y gestos y payasadas, hasta que el mismo Florián tuvo que echarse a reír. El gordo Cabeza-de-Paja se reía de un modo tal que la labradora tuvo hasta miedo de que estallara, y le decía:

-¡Calla, calla, que te vas a poner malo!

Pero ella misma no podía contener la risa. Al final Carlina se cayó debajo de la mesa y a Pablo se le volcó la silla. Entonces Florián agarró a Késperle por la camisa y dijo:

-Ya basta por hoy; que si no, alguien va a reventar.

Le sacó del comedor, y le llevó a un cuarto chiquito, chiquito, que tenía una reja en la ventanita, y en el que apenas cabía la cama. Késperle se metió en la cama y suspiró muy contento; y ni siquiera se preocupó cuando Florián dijo:

-Mañana irás a cuidar los gansos.

-¡Jrrr!

Florián se volvió, asustado. ¿Qué ruido era aquél?

-¡Jrrr!

El ruido se volvió a oír, y Florián comprendió lo que era: el nuevo chico de los gansos estaba roncando. ¡Pero qué manera de roncar!

-¡Caramba! ¡Qué barbaridad! -gruñó Florián, y sacudió al pequeño, pero no sirvió de nada. Késperle roncaba como roncan todos los késperles, con un ruido terrible.

-¡Jrrr! ¡Jrrr!

-¡Que me cuelguen! ¡Este chico no es corriente! -gruñó Florián, y salió con cuidado del cuartito, pensando que Késperle era un niño rarísimo y que el amo ya podía haber tomado otro chico cualquiera para los gansos.

Késperle pastor de gansos

A la mañana siguiente, Florián fue a despertar a Késperle muy temprano; y como Késperle se acurrucó gruñendo en la cama y no se decidía a levantarse, fue Florián y le echó por la cabeza un jarro de agua. Késperle saltó de la cama y se asustó mucho al ver allí de pie a Florián, tan alto y con cara de pocos amigos; así que empezó a hacer, muy dócilmente, todo lo que le mandaron: siguió a Florián hasta el corral de los gansos y se quedó en la puerta como un pequeño culpable, mientras sus graznadores enemigos iban saliendo en fila del corral. Florián le puso en la mano un palo largo y le dijo:

-¡Hala! ¡A cuidar de los gansos! Puedes ir con el pastor.

El pastor era hermano de Florián, y parecía mucho más callado y malhumorado que él. Se llamaba Damián, y en el pueblo le llamaban Damián-sin-Pico. Aquella mañana Damián estaba como siempre sin ganas de hablar, y sólo hizo un gesto con la cabeza para que Kásperle le siguiera con sus gansos.

Salieron del pueblo y caminaron por unos prados; luego llegaron a un arroyito y Damián clavó su bastón en el suelo. Y Kásperle clavó también el suyo, creyendo que era lo que había que hacer. Y como Damián siguió andando con sus ovejas, Kásperle le siguió. Al principio Damián no se dio cuenta de que le seguía hasta que oyó graznar fuerte a los gansos; entonces se volvió con cara hosca y señaló con su bastón el arroyo, sin hablar. Kásperle levantó en seguida su palo y señaló también el arroyo.

Y entonces Damián se puso furioso. ¡Mira que tener que hablar ya tan temprano, qué trabajo!

-¡Quédate allí! -gritó a Kásperle. El pequeño se asustó, se echó hacia atrás, y se cayó encima de los gansos, que empezaron a graznar con sus voces antipáticas, y no querían seguir a su pastor. Pero el palo le daba valor a Kásperle, y empezó a voltearlo en el aire, mientras ponía una cara amenazadora. Los gansos se asustaron y le siguieron muy mansitos, uno detrás del otro, hasta el arroyo. Allí cloquearon contentos, pensando que iban a comer hierba fresca y a meterse en el agua. Pero Kásperle no les dejó; le había gustado mucho ver andar a los gansos, tan obedientes, en fila delante de él; y decidió divertirse con ellos. Empezó a perseguirles, y en cuanto uno se separaba, le daba con el palo. Los pobres animales graznaban y protestaban, pero su pastor no les dejaba en paz.

Kásperle brincaba y se movía como si estuviera haciendo una función de títeres a sus gansos. A los gansos no les valía de nada chillar y correr, porque Kásperle les perseguía con el palo, sin descanso.

Damián-sin-Pico no pensaba nunca más que en sí mismo y en sus ovejas. Pero aquel día tenía que ocuparse del nuevo chico de los gansos, porque su herma. no le había dicho:

-¡Vigílale bien! y como sus ovejas pastaban allí cerca, se acercó a echar un vistazo.

¡Caracoles! ¿Qué hacía aquel chico? Kásperle saltaba y gritaba alrededor de los gansos, los gansos daban vueltas corriendo como locos y se veía que aquellas carreras no les gustaban nada. Y ¿cómo iban a engordar los pobres bichos, corriendo de aquel modo?

¡Plaf! Kásperle dio al ganso más gordo con el palo en la cabeza. Y entonces sintió que le levantaban por tos pantalones. Damián-sin-Pico no perdía el tiempo hablando; ¡plif, plaf!, empezó a dar una azotaina a Kásperle con su bastón, y Kásperle se puso a gritar como un condenado, y los gansos le miraban con los picos abiertos.

Por fin, pensó Damián que ya le había pegado bastante; Kásperle pensó que le había pegado demasiado, y se echó a llorar en cuanto Damián le dejó sobre la hierba. Damián no dijo una palabra, pero Kásperle era lo bastante listo para comprender por qué le habían dado la paliza. Se quedó muy lloroso sentado en la hierba, y como los gansos estaban cansados y hambrientos, no pensaron en escaparse.

La mañana pasó tranquila allí junto al arroyo. Kásperle se tumbó en la hierba, con el palo apuntando al cielo, y decidió que pronto se iría a recorrer el mundo.

En Villapomposa, la gente hablaba ya del extraño chico de los gansos del labrador Cabeza-de-Paja. y había dos niños en el pueblo que estaban deseando verle. Los dos niños se llamaban Augusto; y como uno era hijo del dueño del molino de viento, y otro del dueño del molino del río, en el pueblo les llamaban Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua. Los dos eran muy traviesos y se llevaban muy bien. Sus padres tenían que zurrarles de vez en cuando, y entonces uno de ellos chillaba de cara al viento y el otro de cara al agua. Pero Gustito-de- Aire y Gustito-de-Agua hacían todas sus picardías juntos.

Aquel sábado de vísperas de Pentecostés fueron los dos en busca de Kásperle; querían ver si el chico de los gansos sabía alguna travesura que a ellos no se les hubiera ocurrido todavía. Kásperle estaba tumbado en la hierba, y cuando le llamaron se hizo el sordo. Pero Gustito-de-Aire y Gustito-de-

Agua sabían bien el modo de hacer hablar a un niño: le agarraron de las piernas, le arrastraron por el prado, y le soltaron en medio del grupo de gansos.

¡Cielos, qué susto se llevaron los gansos! Los pobres bichos pensaban:

-Ahora empezará la horrible carrera de vueltas, como en el arroyo.

Pero sólo empezó un coro de carcajadas: Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua se morían de risa viendo a Késperle saltar y gritar entre los gansos, y Gustito-de-Aire pensó:

-¡Ay, madre! ¡Lo que me gustaría a mí saber hacer esas muecas tan horribles!

Al verles reir, Késperle comprendió que no habían venido como enemigos, y entonces cambió rápidamente sus muecas feroces por una cara muy amable. Al cabo de unos minutos ya eran los tres los mejores amigos del mundo, aunque los dos Augustos pensaron que en su vida habían visto un chico tan raro como Késperle. ¡Qué gestos sabía hacer con la cara, con los brazos y las piernas! Había que ser un malas pulgas como Damián-sin-Pico para no morirse de risa mirándole. y como Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua no eran unos malas pulgas, se reían hasta reventar. Y después se enfadaron con Damián, cuando Késperle les contó la paliza del pastor, y los dos chicos dijeron que Damián era un antipático y que no había derecho a pegarle a uno por una cosa tan divertida como hacer dar vueltas a los gansos.

-Anda, hazlo otra vez -dijo Gustito-de-Aire.

-Primero hay que mirar por dónde anda Damián -dijo Gustito-de-Agua; se fue a mirar y volvió anunciando:- Está dormido.

Fue una suerte para los gansos, porque Késperle quiso entonces gastarle una broma a Damián; dejaron a los gansos en paz y se acercaron despacito al pastor. Damián se había quedado dormido a la sombra de un peral muy grande y sus ovejas pastaban un poco más lejos vigiladas por Flik, el perro.

Los tres amigos se quedaron mirando a Damián, discurriendo qué podrían hacerle.

-Podíamos ponerle una rana en la cara -dijo Gustito-de-Aire.

-O cortarle los botones -dijo Gustito-de-Agua. Pero Késperle se fijó en un hoyo que había detrás del peral; era un buen sitio para esconderse, y pensó:

-Voy a dar una voltereta encima de su barriga. Los ojillos de Késperle brillaban de picardía, y ya iba a decir a sus amigos lo que había pensado, cuando de pronto Flik empezó a ladrar. El perro había visto a los tres chiquillos al lado de su amo, y se figuraba que no tramaban nada bueno.

Al oír ladrar al perro, los tres pilletes echaron a correr, se saltaron el hoyo y desaparecieron. Y cuando Damián-sin-Pico abrió los ojos, no pudo entender lo que pasaba. ¿Por qué ladraba el bueno de Flik tan fuerte como a visándole? Flik no hacía eso nunca sin algún motivo. A lo mejor era por culpa de aquel endiablado chico de los gansos. El pastor se levantó y fue a ver; encontró a los tres niños muy formalitos sentados a la orilla del arroyo. Késperle tenía el palo en la mano, como un buen pastor de gansos. Y los gansos estaban tan tranquilos en el prado. No ocurría nada de particular, y Damián volvió a la sombra del peral.

Aquella tarde regresó Késperle a la granja con sus gansos, y los conducía como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Al verle pensó Florián, el capataz :

-Vaya, a lo mejor acaba sirviendo para algo. Si no fuera por esa cara tan rara que tiene...

Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua habían prometido a Késperle que al día siguiente, que era Domingo de Pentecostés, le enseñarían el pueblo con todos sus rincones; creían que el labrador Cabeza-de-Paja dejaría en día de fiesta a los gansos en el corral. Pero Florián volvió a despertar a Késperle muy temprano, pensando: «Un chico de los gansos que lleva sólo un día bajando, no necesita vacaciones; con los bollos de la fiesta tiene bastante.»

Késperle bajó al patio medio dormido; Damián estaba ya allí con su rebaño, más malhumorado que nunca. Salieron los dos hacia el campo con ovejas y gansos; al llegar al arroyo, Damián levantó el bastón con cara de pocos amigos. Entonces Késperle levantó su palo, imitándole, y puso la misma cara que el pastor.

Aquello terminó de enfadar a Damián. ¡Vaya un descarado, que se atrevía a tomarle el pelo!

Se abalanzó sobre Kásperle para pegarle y Kásperle se escurrió entre las piernas de Damián para escaparse, y Damián perdió el equilibrio y se cayó al arroyo. El agua del arroyo saltó como un surtidor, los gansos se espantaron y Flik llegó corriendo a ver qué le pasaba a su amo. Entonces Kásperle reunió a sus gansos y se los llevó de allí a toda prisa. Les hizo dar una carrera hasta una caseta vacía que estaba en medio del campo; los metió en la caseta, cerró bien la puerta desde fuera, y se marchó corriendo.

Se iba a recorrer el ancho mundo. Estaba de gansos hasta la coronilla.

Pero Damián-sin-Pico corrió detrás de Kásperle, vio desde lejos cómo encerraba Kásperle a los gansos y se puso a perseguir al fugitivo dando grandes zancadas. Kásperle le oyó acercarse y empezó a dar volteretas y a rodar por el campo a toda velocidad, pero Damián cada vez estaba más cerca. Kásperle saltó unas matas, y vio que la carretera pasaba un poco más arriba. A lo mejor podía escaparse por allí. Damián se le acercaba cada vez más; y de pronto, en el momento más oportuno, oyó un ruido. Por la carretera pasaba un hermoso carruaje.

Tiraban de él cuatro caballos y al lado del cochero iba sentado un lacayo muy elegante. Kásperle no se paró a pensarlo: de un salto se encaramó a la parte trasera del coche. Claro que allí había poco sitio para sentarse, pero todo era mejor que caer en manos de Damián.

El pastor coma dando gritos detrás del coche, pero nadie le hizo caso. Y en una revuelta desaparecieron el coche y Kásperle, y Damián tuvo que volverse furioso junto a sus ovejas. Las ovejas y los gansos pastaron juntos aquella mañana, y al mediodía volvieron a la granja y Damián gritó al llegar :

-¡Se ha escapado!

-¿Quién? ¿Un cordero? -preguntó el labrador, al oírle.

-¡No! ¡Kásperle! -¿Que se ha escapado? ¿Que se ha marchado mi chico de los gansos? -El labrador estaba muy sorprendido; no le cabía en su cabeza de paja que alguien se marchara de su casa. Y preguntó al pastor:

-¿Por qué se ha escapado? ¡Explícalo de una vez! Aquéllo era demasiado para Damián. ¡Tener que

contar toda una historia, y en día de fiesta! Meneó la cabeza y se llevó un dedo a la frente. Quería decir con eso que Kásperle estaba mal de la cabeza. Y, sin más explicaciones, se fue a su cuarto, se echó en la cama y se pasó durmiendo la hermosa tarde de Pentecostés.

Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua se enfadaron mucho cuando se enteraron de que su amigo había des. aparecido. Empezaron a decir que Damián tenía la culpa, porque había pegado a Kásperle. Lo que no contaron fue la carrera que había dado Kásperle a los pobres gansos. El labrador Cabeza-de-Paja se enfadó mucho con su pastor; y todos los del pueblo estuvieron tres días repitiendo que Damián-sin-Pico había maltratado al pobre huerfanito. Florián era el único que no decía nada.

Pero al tercer día de Pentecostés, que en Villapomposa se celebraba todavía con fiestas, ocurrió algo inesperado: Llegó un hombre con un carricoche verde, lo paró en la plaza del pueblo y montó un teatro de guiñol. No era un teatro cualquiera: aquel tea trillo era digno de verse. Su dueño hubiera podido llevarlo a la feria más importante. Los muñecos eran grandes y estaban muy bien vestidos; y el más bonito de todos era un kásperle que asombró al público cuando empezó a actuar. Hasta las personas mayores se acercaron a mirarlo, y de pronto gritó el labrador Cabeza-de-Paja:

-¡Pero si es mi chico de los gansos! ¡Caramba, caramba! Ahora lo reconocían todos: era Kásperle, el pastor de gansos; era igualito que Kásperle cuando se ponía a hacer muecas y payasadas durante la cena. Y cuando salió al escenario el Capitán de los bandidos, Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua gritaron :

- ¡Ese es también el chico de los gansos! ¡Tenía esa misma cara de malo, cuando le echamos en medio de los gansos !

Qué cosa más extraña: todos los muñecos del guiñol se parecían al chico de los gansos. La gente rodeó el pequeño escenario muy excitada y el hombre del guiñol oyó el ruido, salió del teatrillo y preguntó qué pasaba. Y entonces le contaron lo del parecido. El hombre del guiñol escuchó con mucha atención y de pronto exclamó:

-¡Es él, es él! ¡Tengo que encontrarle! ¿Adónde se ha ido? ¡De prisa, decidme dónde está!

El hombre del guiñol agarró a Damián-sin-Pico por la chaqueta, y Damián levantó una mano, señaló hacia el Oeste, y gruñó:

-¡Hum! No era capaz de dar más explicaciones. Pero el labrador Cabeza-de-Paja gritó:

-¡Ah! ¡Ahora lo entiendo! ¡Se ha escapado hacia el Oeste! ¿Quién era el muy pillo, si se puede saber?

Entonces el hombre del guiñol explicó la historia de Késperle a los asombrados vecinos de Villapomposa. Les contó cómo había estado durmiendo en un armario durante años y años, y cómo le había encontrado otra vez maese Fridolín. Precisamente había estado el día anterior en la casita del bosque, y el constructor de muñecos le había hablado de Késperle; y contó que en la casita estaban todos muy tristes, y que al preguntarles qué les pasaba le habían explicado que Késperle se había escapado vestido con unos pantalones y una camisa que no eran suyos, y que se había ido a recorrer el mundo. Y dijo que él, el titiritero, se había propuesto buscar a Késperle para llevárselo a maese Fridolín, porque era suyo.

-Eso es justo -dijo el labrador Cabeza-de-Paja-. Búscalo, y cuando lo devuelvas, iré a que maese Fridolín me lo preste de vez en cuando. ¡Ja, ja, ja! En mi vida me he reído tanto como estos días, viendo las payasadas de aquel pillastre.

-Tenga usted en cuenta que ese pillastre es un auténtico késperle -dijo el titiritero-. Él sí que sabe hacer payasadas mejor que nadie.

Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua se miraron. ¡Y aquel fenómeno había sido su amigo! La historia de Késperle no les acababa de convencer, pero dijeron muy decididos:

-Nosotros le ayudaremos a buscarle; nos vamos con el hombre del guiñol.

¡Plaf! Gustito-de-Aire se llevó un bofetón de su padre, y la madre de Gustito-de-Agua zarandeó a su hijo, gritando:

-¿Tú estás loco, o qué? Tú te quedas aquí, y a estudiar en la escuela.

El molinero del molino de viento no lo dijo, pero su hijo notó lo que estaba pensando. Así que los dos Augustos tuvieron que quedarse en el pueblo, y el hombre del guiñol recogió sus trastos y siguió su camino, en busca de Késperle.

Cuando ya se marchaba, le gritó el labrador Cabeza-de-Paja:

-¡Le daré una propina si lo encuentra!

Al labrador le daba mucha pena no tener ya a Késperle haciendo payasadas en su mesa.

Késperle en el Castillo

Mientras tanto, Késperle iba encantado en la parte de atrás del coche. ¡Qué gusto daba recorrer el país en aquel asiento tan aireado! Cuanto más de prisa iba el coche, más contento se ponía. Ahora no podría alcanzarle maese Fridolín, y Damián mucho menos. Késperle había pasado un miedo enorme por culpa de aquel pastor tan silencioso. Y ahora se sentía encanta- do de la vida, y cuando el coche pasaba junto a un grupo de personas, Késperle saludaba con grandes gestos de alegría, y entonces las personas le saludaban a él; y el señor Conde, que era el que viajaba dentro del coche, veía

a las personas que saludaban y les devolvía el saludo muy sonriente, aunque le extrañaba un poco que la gente se pusiera tan alegre al pasar él.

Los chiquillos de los pueblos seguían al coche riéndose de aquel pequeñajo tan gracioso que iba sentado en la parte de atrás. Así pasaron pueblos y más pueblos, y el coche seguía corriendo. Luego atravesaron un bosque, y los árboles se movían y sonaban con el viento y los pájaros cantaban entre las ramas. Kásperle vio a lo lejos una casita, y se acordó de su casita del bosque y de Amada.

Pero el coche corría y coma, y la casita se perdió de vista. Venía alguien por el camino: Kásperle oyó los pasos con sus orejitas de ratón. El que se acercaba era un señor muy respetable y muy sabio, que había ido a pasear al bosque aquel domingo de Pentecostés, para pensar allí en un libro muy sabio. Al ver venir el coche, el señor se paró, y como era un señor muy cortés saludó con mucha cortesía, y el Conde le contestó muy cortésmente inclinándose por la ventanilla. Y al asomarse, vio que aquel sabio caballero miraba hacia atrás y levantaba las manos horrorizado, como si estuviera viendo un fantasma.

¿Qué significaba aquello? El Conde se quedó muy intrigado, pero Kásperle se retorcía de risa en su incómodo asiento. Es que acababa de burlarse del respetable caballero, sacándole la lengua y poniendo cara de bandido. Cuando Kásperle ponía cara de bandido era como para asustar a cualquiera. El respetable caballero se quedó un buen rato mirando al coche y pensando:

-Ese es el Conde de Cantaclaro. ¡Cómo se le habrá ocurrido llevar un duende en su coche! No me parece nada correcto.

Salieron del bosque, llegaron a un pueblo, y dominando el pueblo, en lo alto de unas grandes peñas, se veía un castillo blanco y hermoso.

En las torres del castillo ondeaban alegres banderas, y las ventanas brillaban con el sol. En el castillo se iba a celebrar una boda al día siguiente y el Conde venía invitado.

Durante todo el día habían ido llegando al castillo muchas carrozas, y todos los niños del pueblo estaban en la calle para verlas pasar. Cuando pasó el carruaje del Conde de Cantaclaro se oyeron grandes risotadas en la calle y los chiquillos echaron a correr detrás del coche gritando y alborotando. Los caballos empezaron a espantarse, y el Conde estaba cada vez más intrigado. ¡Qué cosas más raras pasaban hoy! El cochero y el lacayo se enfadaron al ver el alboroto, pero ni ellos ni el Conde se habían dado cuenta todavía de que Kásperle iba montado en el coche.

Al llegar al castillo, el cochero del Conde pensó:

-Cuando se llega a un castillo tan importante hay que acercarse con buen estilo.

Y frenó un poco a los caballos, para que descansasen, y luego les hizo avanzar con paso rápido y gallardo, llegó a la entrada del castillo y detuvo el coche en seco.

Kásperle no había contado con aquéllo. Creía que iban a seguir corriendo por el camino, y al parar el coche en seco perdió el equilibrio y salió despedido por el aire.

A la puerta del castillo estaba Rosamaría, la hija del dueño, que era otro Conde; era una niña muy guapa, vestida de rosa. Rosamaría iba a decir unas palabras muy corteses de saludo al Conde de Cantaclaro, pero en lugar de decir su cortés saludo dio un grito:

-¡Se ha caído un niño del coche! Kásperle se había caído en medio de un macizo de flores del jardín. Se quedó allí echado, tieso y sin moverse. El Conde de Cantaclaro exclamó muy asombrado:

-¿De dónde ha salido ese niño?

-Se ha caído del coche -dijo Rosamaría-. ¡Ay Dios mío, me parece que está muerto!

-Iría colgado de la trasera del coche -dijo el lacayo del Conde-. Los niños siempre hacen igual.

-Ah, por eso se reía la gente cuando pasábamos. Pero este niño no debe de estar muerto.

No, afortunadamente el pequeño no estaba muerto, sólo un poco estropeado; le recogieron entre dos criados y Kásperle volvió en sí y puso una cara de tonto tan graciosa, que todos se echaron a reír. Y entonces los dueños del castillo se acercaron a mirarle: el Conde, su mujer y los invitados; todos se

quedaron allí contemplando al tontísimo de Kásperle, y el Conde de Cantaclaro le observó a través de su monóculo y dijo:

-¡Qué extraño, qué extraño! El dueño del castillo preguntó que de dónde había salido aquel pequeño, y Kásperle puso una carita muy triste y le empezó a decir lo que al labrador: Que era un pobre huerfanito, y que iba solo por el mundo.

-¡Menudo fresco! -pensó el lacayo viejo, que no miraba a Kásperle con buenos ojos. Por su gusto, le hubiera dicho a su señor que no se fiara de Kásperle; pero al Conde le pasó lo que al gordo labrador Cabeza-de-Paja: Kásperle le cayó en gracia y sintió una pena muy grande de él. El Conde suplicó a la señora del castillo que dejara a Kásperle estar allí hasta que terminase la boda. La Condesa dijo que sí, que muy bien; pero por dentro pensó que no sabía dónde iba a meterle, porque el castillo estaba lleno de invitados que habían ido a la boda de su hija mayor, y de un momento a otro esperaban nada menos que la llegada de un Duque. Todas las habitaciones estaban ocupadas, y la Condesa había tenido que pedir camas prestadas a sus amigos de la vecindad. Pero ordenó a un criado que llevara a Kásperle al ama de llaves, para que ella se ocupase del pequeño.

-¡Pues sí que le va a hacer gracia al ama de llaves! -pensó el criado, y cogió a Kásperle por un brazo y le arrastró sin muchos miramiento hasta la enorme cocina del castillo; allí estaba la señora Emma, el ama de llaves, mirando las fuentes de dulces que sacaban del horno en aquel momento.

-¡Estupendo! ¡Me gusta este sitio! -pensó Kásperle, y se puso a olfatear como un perrillo contento.

¡Qué bien olían los dulces! Decididamente, un castillo como aquél era aún mejor que la casa de un labrador. Pero la señora Emma no dijo «estupendo» ni «me gusta» cuando vio a Kásperle, sino que se le quedó mirando con cara de pocos amigos y exclamó:

-¿Para qué me traen este espantajo? En mi vida he visto un niño como éste. Que me lo quiten de delante, que tengo mucho que hacer. Ponedle a pelar patatas.

Entonces vino una criada y se llevó a Kásperle al cuarto de al lado, donde había tres muchachitas, y les dijo:

-Aquí tenéis a éste, que os va a ayudar.

-¿Que ese nos va a ayudar? -dijeron las muchachitas riendo. Y una de ellas sacó un gran delantal blanco y se lo ató a Kásperle, otra le dio una fuente, y la tercera le puso un cuchillo en la mano, diciendo:

-¡Venga, ayúdanos!

Pobrecillas, valiente ayudante les había caído. Kásperle empezó a cortar pedazos de una patata y a tirarlos por el aire, y cuando se quedó sin patata se recogió el delantal, tiró al suelo el cuchillo y la fuente, y gritó:

-¡Tengo hambre! Las muchachas se echaron a reír, y dos de ellas corrieron a buscar algo de comer para Kásperle y la otra le acarició la cabeza y le preguntó de dónde venía. Kásperle se puso a hacer pucheritos y a contarles su historia, y las muchachitas se morían de risa oyéndole.

Al cabo de un rato se acercó a la puerta la señora Emma, se quedó escuchando y se puso muy enfadada. ¿Qué risas eran aquéllas? Abrió la puerta de golpe, y vio a las tres muchachitas retorciéndose de risa, y a Kásperle haciendo payasadas encima de la mesa; y todas las patatas, sin pelar. La señora Emma no entendía de bromas: entró en el cuarto como una furia asustando muchísimo a las muchachitas, y ordenó a Kásperle con voz de trueno:

-¡Fuera de aquí! ¡A fregar platos ahora mismo! De un empujón metió al pequeño en el lavadero del castillo, que era una habitación muy grande. Allí mandaba la vieja Elisa, que torció el gesto al ver el ayudante que le traían :

-¿Qué quieren que haga con este renacuajo? ¡Fuera, llévenselo de aquí! ¡Me rompería todos los cacharros!

-Caramba con la vieja -pensó Késperle-, podía probarme antes de hablar-. Quiso demostrar lo útil que era, y cogió un paño limpio y quiso alcanzar un plato de un estante; había visto muchas veces a Amada hacer aquéllo. Pero la vieja. Elisa empezó a gritar:

-¡Quieto, quieto! ¡Deja ese plato! Los platos... ¡Crasss! ¡Todos los platos al suelo! Antes de que Elisa terminara de hablar, se habían caído los platos de lo alto del estante. ¡Qué jaleo se armó allí! Elisa gritaba:

-¡Eran los platos buenos, los platos buenos! y varias muchachas empezaron a recoger los platos rotos, y todas hablaban a la vez, y en esto se abrió la puerta y un criado asomó la cabeza a ver qué pasaba y a decir que no gritasen de aquel modo. Y la señora Emma también asomó la cabeza por la puerta y gritó más todavía.

Késperle se aprovechó de aquel jaleo para escaparse. Se escurrió pegado a la pared, y fue avanzando por un corredor oscuro y frío. Allí casi no se oían los gritos. Késperle vio cuatro puertas en el corredor: en cada puerta había un ventanuco y Késperle se puso de puntillas para mirar. ¡Caramba, lo que se veía por allí! Los ventanucos daban a las despensas del castillo, que estaban llenas de cosas riquísimas. A Késperle se le hacía la boca agua. Se dio cuenta entonces del hambre que tenía, y quiso abrir una puerta, luego la otra y la otra... y estaban cerradas con llave. Pero la cuarta puerta se abrió: La señora Emma, con tanto quehacer, se había olvidado de cerrarla aquel día. ¡Y precisamente en aquella despensa estaban los dulces! Tarros de mermelada, pasteles, tartas...

Késperle no perdió el tiempo; se puso a comer a puñados. ¡Qué riquísimo estaba todo aquéllo! Mucho más rico que el pan y el queso de casa del labrador Cabeza-de-Paja. En una esquina había un barreño lleno de nata. Al principio, Késperle no sabía qué era aquella espuma tan blanca; y como una vez, en la casita del bosque, había metido la lengua por curiosidad en espuma de jabón, pensó que debía de ser algo parecido. Pero como era tan goloso, metió el dedo para probar a qué sabía.

¡Huy, qué bueno estaba! Metió el dedo otra vez, se lo chupó, metió toda la mano, y como el barreño estaba en alto trepó al estante para comer más cómodamente. De pronto oyó una voz en el corredor:

-¿Qué es esto? ¡Aquí hay una puerta abierta! Késperle se asustó muchísimo. Quiso esconderse en un rincón, pero perdió el equilibrio y se cayó dentro del barreño de nata en el momento en que la señora Emma entraba en la despensa. La nata saltó como un surtidor, y la señora Emma creyó que un gato se había caído en el barreño, y salió gritando y pidiendo socorro.

Késperle aprovechó para salir corriendo del barreño y se escapó por el corredor. Pero la señora Emma le vio y pensó que aquella cosa con dos patas no podía ser un gato; quiso agarrarle, pero Késperle estaba cubierto de nata de la cabeza a los pies, y se le escurrió de las manos. La señora Emma gritaba; se abrieron muchas puertas y aparecieron muchas personas, y Késperle vio una gran columna de piedra y se escondió detrás de ella. Desde allí podía oír los lamentos, las voces de las muchachas y los criados, y en esto oyó que gritaban todos de repente:

-¡Que vienen más invitados! Los criados se fueron corriendo, y Késperle pudo salir de su escondite. Ya no tenía hambre, lo que tenía era mucho sueño, pero no se atrevía a preguntar a nadie cuál era su cuarto. Se puso a explorar los corredores, y descubrió una escalera estrecha y subió por ella. A lo mejor encontraba allí arriba un rincón tranquilo para dormir. En el piso de arriba vio un pasillo pequeño con muchas puertas. Késperle andaba con mucho cuidado, pegado a la pared. Tenía bastante miedo. Del pasillo estrecho salió a un corredor muy ancho, también con muchas puertas; pero éstas eran muy bonitas, blancas con adornos de oro. Una de las puertas estaba un poco abierta, y Késperle, que era tan curioso, metió la nariz para mirar por allí. ¡Qué habitación más fantástica! Las paredes estaban cubiertas de seda, y en medio había una gran cama dorada. En la habitación no había nadie, y Késperle miraba la cama con unas ganas enormes de dormir. ¡Aquella cama sí que debía de ser cómoda!

No lo pensó más. Entró en el cuarto y de un brinco se metió en la hermosa cama. Las sábanas eran de seda, y Késperle se acurrucó dando chillidos de gusto. ¡Esto era mucho mejor que el cuartito del labrador Cabeza-de-Paja! Claro que en Villapomposa nadie iba a despertarle hasta que se hacía de día, mientras que aquí...

Késperle se sentó asustado: fuera se oían voces. De un brinco se bajó al suelo, estiró un poquito la colcha y se escondió debajo de la cama.

Menos mal que había sido rápido, porque en aquel momento se abrió la puerta y entró un caballero viejo seguido de un criado. Iban hablando y Késperle no entendió qué decían; el caballero se acercó a la. cama y dijo suspirando:

-¡Qué cansado estoy! ¡Cuándo se terminará esta fiesta!

Mientras hablaba, el caballero pasó la mano por la colcha, sorprendido de verla arrugada. Y de pronto exclamó:

-¿Qué es esto? El anciano caballero, que era el Duque invitado, se miró la mano. Se la miró y remiró, meneó la cabeza, pasó otra vez la mano por la cama y exclamó casi desmayándose:

-¡Federico! ¡¡En mi cama... hay... nata.!! -¿¿Nata?? -Federico, el criado, se quedó con la boca abierta y luego se acerc6 de un salto a la cama. Pasó la mano por encima, se chupó la punta de un dedo, y dijo horrorizado:

-¡¡Nata!! Tiró con furia del cordón de la campanilla, y en seguida apareció un servidor que hizo una reverencia y preguntó:

-¿Qué desea el señor Duque?

El señor Duque señaló la cama y dijo:

-¿Quiere usted explicarme qué es esto? ¡Pase la mano por la colcha!

El servidor, muy asombrado, pasó la mano por la colcha, retrocedió asustado, volvió a pasar la mano, se chupó la punta de un dedo y gimió:

-¡Nata!

Y salió corriendo, y volvió con el mayordomo, y luego entró el Conde en persona, y todos se quedaron mirando la cama y exclamando:

-¡Nata!

El Duque meneaba la cabeza, sin salir de su asombro. Y en uno de aquellos movimientos de cabeza vio el espejo que estaba enfrente de la cama, se quedó mirándolo muy fijo... y se derrumbó en una silla, gritando:

-¡Allí, allí, allí! -y con el dedo señalaba al suelo y al espejo. Había visto en el espejo a Késperle, que, por curiosear, sacaba demasiado la narizota.

-Debajo de la cama se ha escondido alguien -dijo el mayordomo. Y dos criados se tiraron corriendo al suelo y se metieron debajo de la cama. Késperle se acurrucó en un rincón, pero no le sirvió de nada: los criados le descubrieron y le sacaron arrastrándole por las piernas y diciendo:

-¡Está todo pringoso! ¡Está lleno de nata!

- ¡Ah! -exclamó el Duque mudo de asombro, cuando vio a Késperle delante de él. Por el tamaño de la nariz, había creído que debajo de la cama había un ladrón muy grande.

-¡Ah! -exclamó el Conde, mudo de rabia-. ¡Este es el precioso invitado que me ha traído mi señor primo el Conde de Cantaclaro! ¡No ha hecho más que disparates desde que llegó! ¡Que le den una paliza!

-¡Sí, y que lo encierren! -dijo el mayordomo.

Al Duque le pareció muy bien, pero como estaba tan cansado dijo que no le dieran la paliza hasta el día siguiente.

-Si, que le den la paliza mañana, y ahora, que le encierren en la bodega -dijo el Conde, muy severo.

La cosa se ponía mal para Késperle, se ponía muy mal. Lo mejor iba a ser pedir perdón en seguida; el Duque se compadecería de él. Era una suerte estar tan pringoso, porque pudo escurrirse de las manos de los criados, y, dando un salto hacia el Duque, le dijo con voz muy lastimera:

-¡Perdón, perdón, perdón! Pero el Duque era un señor algo asustadizo; dio un respingo y se echó hacia atrás en la butaca y entonces se cayó de espaldas con butaca y todo.

-¡Dios mío! El Conde, el mayordomo, los criados, todos trataron de sostener al Duque y entonces Késperle dio una voltereta por encima de todos ellos y se escapó al corredor. Un criado quiso detenerle, pero la puerta le dio con tanta fuerza en la cabeza, que por poco se cae; pero salió corriendo por el corredor seguido del mayordomo y los dos gritaban:

-¡Socorro, socorro! ¡Detenedle, detenedle! Llegaron corriendo muchos criados, pero no sabían a quién detener; no se veía ni rastro de Késperle. El larguísimo corredor estaba vacío y las puertas cerradas, así que no podía haber entrado en ninguna habitación. Nada, no se veía al pillastre por ningún lado. Los criados recorrían los pasillos, subían y bajaban las escaleras, todo el castillo entró en movimiento, y los invitados no sabían qué estaban buscando.

Mientras tanto, el Conde había llamado al médico del Duque, pensando que el pobre señor se había roto algún hueso; afortunadamente, no se habían roto más que las patas de la butaca. Pero el Duque resoplaba y se quejaba como si se hubiera hecho pedazos. Todo el castillo andaba revuelto y preocupado, hasta que el Duque dijo de pronto que tenía hambre y quería la comida. Y entonces todos suspiraron: ¡Gracias a Dios! La verdad es que todos tenían hambre, porque era ya muy tarde; a aquella hora estarían ya merendando todas las personas que vivían en casas corrientes y no en un castillo.

El Conde ordenó a sus tres vigilantes nocturnos que siguieran buscando por todas partes, y le cogieran preso a Késperle cuando le encontraran. Y por fin se sirvió la comida, y a todos les gustó mucho y se pusieron otra vez de buen humor.

Késperle en el cuarto de jugar

Los vigilantes seguían buscando a Késperle alrededor del castillo, con sus perros enormes. Pero no

le encontraron. ¿Dónde podía haberse metido? Parecía que se lo había llevado el viento. Los criados y las muchachas habían buscado muy bien por todo el castillo, mirando hasta en los baúles y en los armarios, pero no habían dado con él.

Sólo una persona en el castillo sabía dónde estaba Késperle: Rosamaría. La niña se había asomado a la ventana al oír el ruido que hacían abajo, y había visto con asombro a Késperle, colgado como una ciruela madura de una rama de la enredadera que cubría los muros del castillo.

-¡Es el niño huérfano! -exclamó Rosamaría; y Késperle dio un brinco y se metió en el cuarto de la niña, por la ventana. Estaba el pobre casi sin aliento del susto y la carrera.

Se oían ya cerca los gritos de los que le buscaban; y con gran asombro de Rosamaría, Késperle se metió debajo del sofá, gimiendo:

-¡Me quieren ahorcar!

Rosamaría sintió mucha pena de Késperle y le ayudó a esconderse en el cuarto de jugar. Era un cuarto pequeño, donde la niña tenía sus juguetes. Késperle cabía bastante bien en el coche de las muñecas; claro que tenía que encogerse un poquito, pero Rosamaría le dijo:

-No importa que estés algo encogido; lo principal es que aquí no te encontrará nadie.

Y a nadie se le ocurrió mirar en el cuarto de jugar de Rosamaría. Cuando la niña salió, cerró bien las cortinas del coche de las muñecas, y Késperle se quedó solo, entre sabanitas blancas, rodeado de volantes de seda azul.

Al poco rato volvió Rosamaría; había dado las buenas noches a los invitados y se iba a acostar. Quería descansar mucho porque el día siguiente era la boda y pensaba pasarlo muy bien desde por la mañana. La niña abrió con cuidado las cortinitas del coche para ver si Kásperle estaba dormido. Pero Kásperle la miró suspirando, y se quejó de que no podía dormir en el cochecito.

-Pues tienes que quedarte ahí -dijo Rosamaría preocupada-. ¡Ay, Kásperle! ¡Qué jaleo has armado! El Duque está muy enfadado, y han llegado treinta guardas para vigilar el castillo y que no pueda salir nadie. Y mañana por la mañana volverán a buscarte otra vez por todas partes. Creo que entrarán también aquí, y si te encuentran, te meterán en la cárcel.

Kásperle empezó a temblar; él no se había ido a recorrer mundo para que le metieran en la cárcel; y dijo:

-Me escaparé.

-Te cogerán los perros, o te encontrarán los guardias -dijo Rosamaría asustada. Y de pronto se le ocurrió una idea:

-Verás; vaya darte la llave de la torre. Por la torre se sale al jardín, y a lo mejor no hay ningún guarda en la puerta de la muralla. Ven; ahora están todos entretenidos y te podré enseñar el camino. Rosamaría dio a Kásperle un trozo de tarta que se había guardado de la cena, y salió del cuarto seguida de Kásperle, con los zapatos en la mano para no hacer ruido. Subieron por una escalerilla estrecha, luego avanzaron por un corredor que tenía una puerta al fondo y se encontraron en una habitación de la torre. En el centro de la habitación había una mesa y unas sillas. Todavía había bastante luz y Kásperle pudo verlo todo bien, y se fijó en una escalerilla que bajaba por una abertura. Rosamaría dijo a Kásperle que tenía que bajar por allí, correr el cerrojo de una puerta de abajo y que saldría al parque del castillo; y desde el parque seguramente podría salir al campo. Mientras explicaba el modo de escaparse, a Rosamaría le dio mucha pena de aquel niñito forastero. La niña pensaba que Kásperle no había hecho nada malo, y se despidió de él llorando.

Entonces Kásperle se sintió de pronto muy abandonado y muy desgraciado, y empezó a llorar con unos berridos terribles. Rosamaría le tapó la boca, porque Kásperle tenía una voz capaz de atravesar los muros de piedra de la torre. Kásperle dejó de berrear, pero cuando Rosamaría dijo que tenía que irse, se le escaparon las lágrimas y le corrieron como arroyitos por la cara. ¡Qué ganas tenía ahora de quedarse en aquel hermoso castillo, y ser el compañero de juegos de Rosamaría!

Inclinó la cabeza hacia un lado y miró muy triste a la niña, que dijo de pronto:

-¿Sabes a quién te pareces? A mi muñeco de guiñol. Y al decir esto le entró un poco de miedo de aquel niño extraño, y se marchó de prisa del cuarto, diciendo:

-Tengo que irme ya. Kásperle la oyó cerrar la puerta, y se quedó solo. Estuvo un rato sentado, llorando con mucha pena, y se olvidó de los buenos consejos de Rosamaría. En lugar de bajar en seguida la escalerilla y abrir la puerta de la torre, le entraron ganas de mirar por la ventana; abrió la ventanita, que chirriaba y crujía con mucho ruido, sacó la cabeza y miró hacia fuera.

¡Qué aire más fresco y más bueno había! Kásperle miró hacia arriba, miró a la derecha y a la izquierda, y luego miró hacia abajo.

-¡Guau, guau, guau! -se oyó de pronto. Abajo había un perrazo enorme que se puso a ladrar a Kásperle con unos ladridos espantosos.

Kásperle quiso retirar en seguida la cabeza; pero la. ventanita era muy estrecha y la cabeza de Kásperle bastante grande, y antes de que pudiera meterse dentro, salió un guarda de los arbustos del jardín.

¡Qué griterío se armó!

-¡Está escondido en la torre! -empezó a vociferar el hombre; y mirando a Kásperle le gritó:

-¡Espera, que voy por ti !

El guarda se fijó en la ventanita, y vio que no podía pasar por ella ni un niño pequeño; y como no tenía llave de la puerta de abajo, y sabía que estaba cerrada, corrió al castillo advirtiendo a su perro:

-¡Sultán, vigílale!

Késperle oyó correr al guarda, y reflexionó un momento qué podría hacer. Entonces cogió la tarta de Rosamaría, bajó corriendo la escalerilla y abrió la puerta de la torre.

-¡Guau, guau, guau! -ladraba Sultán, furioso.

Y Késperle le echó de golpe la tarta al hocico. ¡Aum! Sultán dejó de ladrar; no le daban todos los días tartas tan ricas. Comía y se relamía, y a Késperle le dio tiempo de llegar a la puerta de la muralla. Aquella puerta también chirriaba y crujía, y por fin se abrió; mientras tanto, Sultán ya había terminado de relamerse, y corrió él. cumplir su deber de guardián. Pero Késperle ya estaba al otro lado de la muralla; dio a Sultán con la puerta en el hocico, se tiró monte abajo y cayó en un arroyo. El agua saltó en chorros altos, como si el arroyito protestara de aquel chapuzón.

Arriba, en el castillo, se oían muchos gritos. Ya no ladraba sólo Sultán, sino todos los perros a la vez, se oían voces y llamadas, y Késperle empezó a. temblar de miedo. Avanzó otro poco dentro del arroyo, hasta que encontró unas matas, y se metió entre ellas. Arrastrándose entre las matas salió a una pradera grande; y al otro lado de la pradera se veía un bosque muy oscuro. Seguramente se podría esconder allí. En lugar de cruzar la pradera corriendo, Késperle empezó a dar volteretas; así iba tan de prisa que en un momento llegó al bosque y se refugió entre los árboles.

Menos mal que llegó a tiempo. En el castillo habían subido a la torre y la habían encontrado vacía, y los guardas estaban furiosos. El Conde y los invitados oyeron los gritos, y cuando el Duque se enteró de que habían visto a Késperle, exigió que le persiguieran sin perder tiempo. Seguía muy enfadado con el pequeño y prometió una buena recompensa al que lo encontrara.

Así que todos salieron en persecución de Késperle y pronto descubrieron por dónde se había escapado, porque Sultán estaba junto a la puertecilla de la muralla ladrando con todas sus fuerzas.

-Le encontraremos en seguida -dijo el guarda-. A Sultán no se le escapará.

Pero Sultán no encontró a Késperle. Se quedó a la orilla del arroyo olfateando y husmeando, pero el agua había borrado el rastro.

¿Dónde estaba Késperle? Todos corrían por el castillo para arriba, para abajo: guardas, perros, criadas, criados; pero no le pudieron encontrar.

-Tiene que estar toda vía en el castillo -decía uno. -No, se ha escapado -decían los guardas.

-Hay que buscar por el bosque. Las muchachas aseguraban que Késperle era un fantasma, pero el ama de llaves decía que un fantasma no podía comer tanta nata; y volvía a mirar en la despensa.

Mientras tanto, Késperle trepaba por la empinada ladera de árboles. El bosque era tan espeso por allí, que a un pequeñajo como Késperle ni se le veía entre las matas. Pero Késperle tenía todavía mucho miedo de los guardas y de los perros, y por eso seguía corriendo sin parar. No era nada fácil correr por allí, porque el bosque estaba lleno de zarzas, de raíces y hasta de troncos caídos. La nariz de Késperle acabó llena de arañazos, y cuanto más subía, peor se volvía el camino. El suelo estaba lleno de piedras sueltas, y un niño no hubiera podido subir de prisa, pero Késperle trepaba y trepaba y de pronto llegó a un hermoso prado verde.

Ya se había hecho de noche y en el cielo azul oscuro brillaba una luna hermosa. También había una estrellita, pero Késperle no la vio. Estaba tan cansado, que se tumbó en la hierba y se quedó dormido. Y los grandes árboles del bosque se compadecieron de aquel pobre niñito perdido y empezaron a cantar para él una canción de cuna muy bonita, y le contaron muchas historias y Késperle durmió sobre la hierba mucho mejor que el Duque en su cama de seda. Y desde allí tampoco oía a los perros que ladraban al pie de la montaña, ni a los guardas que le buscaban dando voces. Nadie subió hasta el prado de la montaña, porque el camino era tan empinado y tan difícil, que no se figuraban que Késperle hubiera podido subir por allí.

Mientras Késperle dormía como un bendito, los guardas volvieron al castillo diciendo:

-Tiene que estar escondido aquí dentro. y siguieron buscando dentro del castillo, y el ama de llaves no dejaba de vigilar las despensas. A pesar de su vigilancia, al día siguiente vio que faltaba un gran pedazo de tarta.

-Ha tenido que ser ese chico -dijo el ama de llaves. Pero Berta y Dorita, las dos criadas más jóvenes, se relamían en secreto porque eran ellas las que se habían comido la tarta. Sin embargo, gritaron más que nadie que había sido el niño forastero.

El Duque se puso enfermo de tanta rabieta y tanto susto al día siguiente de la boda. Puede que también hubiera comido demasiados dulces, vaya usted a saber. y el Conde tuvo que ordenar:

-Que busquen de una vez a ese chiquillo, para que el Duque le pueda castigar. No quiero que el Duque se ponga enfermo de rabieta en mi castillo.

La pequeña Rosamaría estaba muy angustiada. Por su gusto, les hubiera contado todo a sus padres, pero no se atrevía. Iba triste y cabizbaja de un lado para otro, y su madre empezó a preocuparse al verla tan pálida. Ya no había alegría en el castillo, con el Duque enfermo y Rosamaría enferma. El buen Conde de Cantaclaro pensó:

-Esto hay que animarlo un poco. Tengo que inventar algo divertido.

Y como oyó decir que habían llegado unos titiriteros al pueblecito que estaba al pie del castillo, mandó a buscarlos.

-Tengo preparada una sorpresa -dijo el Conde a la hora de comer, y les contó lo de los títeres.

El Duque, que estaba todo enfurruñado en la mesa, se burló de Cantaclaro :

-¡Valiente sorpresa para personas mayores, los títeres! ¡Bueno, bueno, por mí, que hagan una función! A ver si nos reímos un poco.

Así que por la tarde hubo función en el castillo. Subió del pueblo el titiritero con sus trastos, montó el teatrillo, y lo primero que apareció en el escenario fue la narizota de Kásperle. Nadie oyó lo que aquel Kásperle decía, porque todos se pusieron a gritar:

-¡Es el chiquillo que buscamos! ¡Es el mismo! -Sí, es Kásperle -pensó Rosamaría muy asustada, y se echó a llorar. Lloraba con tanta pena, que el titiritero se olvidó de recitar la función; y el Duque olvidó su rabieta, y preguntó que por qué lloraba así Rosamaría. y entonces la niña lo contó todo, y se quedó tranquila después de haberlo dicho, porque había estado muy incómoda guardando el secreto tanto tiempo.

-¡Ay, Rosamaría! -dijo la Condesa sorprendida-. ¿Por qué has ayudado a escapar a aquel niño tan malo?

-Con su permiso -interrumpió el titiritero sacando la cabeza por el escenario-. No era un niño, era un kásperle, un kásperle vivo.

-¡Rayos y truenos! -exclamó el Duque mirando muy enfadado al titiritero-. ¿Qué locuras estáis diciendo? ¡Un kásperle vivo! ¡Nunca he oído un disparate igual!

Entonces el dueño del teatrillo se acercó al Duque, le hizo una reverencia tan profunda que casi tocó el suelo con la nariz, y el Duque le dijo:

-Basta ya, basta. Lo que quiero es que se me explique de una vez toda esa historia del Kásperle.

Y el hombre de los títeres empezó a contar todo lo de la casita del bosque y lo de Villapomposa, y que él andaba en busca del kásperle, aunque tuviera que ir hasta el fin del mundo. ¡Qué historia más asombrosa! El Duque se la hizo repetir tres veces, y el titiritero tuvo que dar su palabra de honor de que todo era verdad. De modo que aquel chiquillo tan malo había sido un kásperle.

Rosamaría recordó entonces el miedo que le había entrado en la torre al mirar despacio a Kásperle, y pensó que ahora ya no se asustaría de él. No era más que un muñeco que estaba vivo. Y la niña sintió una pena muy grande al oír decir al Duque:

-Quiero que ese fenómeno sea mío. Al que me lo traiga le daré una buena recompensa. Ya me pondré de acuerdo con el muñequera de la casita del bosque; tendrá que cederme el kásperle. ¡De

prisa, de prisa! ¡Que salgan diez guardas a caballo y que lleven perros, y que busquen por toda la región! ¡Quiero que el kásperle sea mío!

Y el titiritero se olvidó que había prometido a maese Fridolín devolverle el kásperle: pensaba sólo en la recompensa, y prometió al Duque llevarle el kásperle en cuanto lo encontrara.

El Duque dijo que metería a Kásperle en una jaula de oro para que no se le volviera a escapar; y los guardas salieron a caballo, y abajo en el pueblo se decían unos vecinos a otros:

-Van a dar muchísimo dinero al que encuentre al kásperle vivo.

Y varios vecinos salieron también en busca del muñeco; como si Kásperle fuera a esperarles sentado en medio del camino para dejarse atrapar como una mariposa.

La pequeña Rosamaría estaba mientras tanto echada en la cama, y lloraba amargamente. Cuando su madre entró a verla, vio que la almohada de la niña estaba empapada de lágrimas. Rosamaría dijo a su madre que el pobre muñeco perseguido le daba mucha pena, porque lo iban a meter en una jaula. Su madre la consoló diciendo con cariño que todavía no habían encontrado a Kásperle.

-Seguramente se refugiará en la casita del bosque –decía la madre-. Creo que es el mejor sitio para él.

El nuevo hogar

Kásperle estaba dormido en el prado alto de la montaña. No oía los ladridos de los perros, ni las voces de sus perseguidores, ni nada. Allí arriba estaba todo en silencio. Cuando se despertó, vio la pradera llena de sol y de florecitas. Kásperle se frotó los ojos muy asombrado. ¡Qué bonito era aquel sitio! El bosque de abetos rodeaba la pradera por abajo, y enfrente se veían los picos de unas montañas altísimas. El cielo era de un azul fuerte y profundo, y el aire estaba lleno de zumbidos. Las abejas, las mariposas, mil bichitos de colores brillantes se posaban entre las flores, y allá en el aire, muy alto, volaba un pájaro en círculos.

Kásperle miraba y miraba y se olvidó de su huida, hasta que de pronto su estómago le recordó con un ruidito:

-¡Que ya ha pasado la hora del desayuno! Sí, claro, el desayuno. Pero ¿de dónde lo iba a sacar? Kásperle buscó en sus bolsillos, que estaban vacíos. Y no le valía de nada acordarse de las abarrotadas despensas del castillo ni del buen trozo de tarta que se había tragado Sultán. Tampoco había por allí fresas ni moras para calmar un poco el hambre. Y como un kásperle no se alimenta del aroma de las flores, se levantó y decidió seguir caminando. Quería pasar al otro lado de los montes para que los del castillo no le pudieran alcanzar. No sabía lo altas que eran aquellas montañas: echó a andar muy animoso, atravesó la pradera, y empezó a escalar el monte.

Llevaría una hora trepando, cuando vio un sendero que subía por la ladera. Se notaba que aquel caminito no lo usaban casi nunca, pero al menos llevaría a alguna parte, y Kásperle subió por él. Tenía ya un hambre terrible y llegó un momento en que no pudo seguir caminando. Se sentó en una piedra, y empezó a llorar de hambre y de pena.

De pronto se oyó una campanita a lo lejos, y luego se oyó más fuerte, más fuerte, y Kásperle pensó:

-Así se oía la campana los domingos en la casita del bosque, cuando tocaban a misa en Bellatierra. ¡Tiene que haber una iglesia por aquí cerca!

Y pensando que donde hay una iglesia hay un pueblo, Kásperle echó a correr guiándose por el sonido de la campana. No tuvo que correr mucho: A la vuelta de unas peñas vio de pronto un pueblecito en el fondo de un valle. Había una iglesia blanca, y casas alrededor; aquel pueblo parecía tranquilo y agradable. De todas las chimeneas salía un hilillo de humo, y Kásperle comprendió que ya

era el mediodía, y por eso tocaba la campana de la iglesia. La campana tocaba y llamaba, y Késperle sintió ganas de echarse a rodar ladera abajo para llegar al pueblo en aquel mismo instante. Pero le entró miedo de la gente, y se quedó sentado en la montaña. Lo malo era aquel hambre tan horrible que tenía. Késperle se dobló en dos de tanta hambre y se quedó llorando y mirando el pueblecito. ¡Qué suerte tenían los de aquel pueblo! ¡No estaban tan solos y abandonado. como el pobre Késperle!

En aquel momento salió un hombre del pueblo y empezó a subir la montaña. Era el señor Habermus, el

maestro. Quería subir a la pradera donde había dormido Késperle para buscar plantas medicinales; en la pradera crecían algunas plantas de aquéllas, y el señor Habermus entendía mucho de eso. Aquel pueblecito, que se llamaba El Descanso, estaba perdido entre montañas, y si alguien se ponía enfermo costaba mucho trabajo traer un médico. Por eso los vecinos del pueblo acudían a su maestro, que les curaba como Dios le daba a entender con jarabes de plantas.

El señor Habermus había pensado aprovechar aquel día claro y hermoso para completar su colección de hierbas, y al subir el sendero se encontró a Késperle llorando.

-¡Caramba, caramba! -exclamó al ver al pequeño-. ¿ Qué es esto?

Pensaba que Késperle era algún enanillo del bosque o algo por el estilo, aunque él no creía en esas cosas. Pero Késperle le parecía un ser muy extraño, y además por aquel sendero no pasaban nunca forasteros.

-¡Eh, tú! -dijo, agarrando por un brazo a Késperle-. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Por qué lloras así?

Tres preguntas de golpe son muchas preguntas. Késperle repitió entre lloriqueos la historia de que era un pobre huerfanito abandonado que iba solo por el mundo.

El señor Habermus tenía un corazón bondadoso y tierno; sintió mucha pena de Késperle y le dijo:

-¡Vaya por Dios, vaya por Dios! No llores así, hijo mío. Ya habrá algún sitio en el mundo para un niñito como tú.

-¡Pero es que tengo hambre! -gritó Késperle con tanta fuerza y tanta pena, que el señor Habermus abrió en seguida su morral; en el morral le había puesto su buena esposa varios bocadillos y bollos de Pentecostés, y el maestro le dio a Késperle un bocadillo y un bollo y le animó;

-¡Anda, come! ¡Toma, para ti!

Pero Késperle ya se había metido en la bocaza el bocadillo y el bollo y se los había tragado sin necesidad de que le animasen.

-¡Caramba, caramba! -exclamó el maestro-. ¡Qué modo de comer!

y le dio a Késperle otro bocadillo y otro bollo, y Késperle volvió a tragárselos de un bocado.

-No voy a tener bastante... -pensó el maestro, preocupado.

Pero sí hubo bastante, y Késperle se quedó muy satisfecho. Entonces el maestro le dijo;

-Cuéntame ahora de dónde vienes.

Aquello sí que era difícil de contar. Késperle le dijo que venía de Villapomposa, y que Damián y Florián eran muy malos, y el buen señor Habermus creyó que aquel pobre huerfanito había estado mucho tiempo de chico de los gansos, y le preguntó con interés;

-¿Y allí ibas a la escuela todos los días?

¿A la escuela? Késperle se quedó con la boca, abierta; nunca se le había ocurrido que un késperle tuviera que ir a la escuela. Meneó la cabeza y dijo;

-¿A la escuela? No, ni hablar.

-¡Vaya, vaya! Entonces, ¿no has ido nunca a la escuela? -preguntó el señor Habermus muy escandalizado.

-Ni hablar. Nunca.

Kásperle no comprendía el asombro del maestro, y el maestro no comprendía nada de nada. ¡Qué barbaridad! ¡Un niño que no había ido nunca a la escuela! Aquello tenía que arreglarse en seguida.

Eso no puede ser, hijo mío. Tienes que ir a la escuela. Si el señor Habermus hubiera dicho: «Hijo mío, tengo que cortarte las orejas», Kásperle no se hubiera asustado tanto. Cuando se portaba mal en la casita del bosque, maese Fridolín solía decirle :

-¡Mira, que te mando a la escuela! y Gustito-de-Aire y Gustito-de-Agua, sus amigos de Villapomposa, le habían dicho que lo único bueno de la escuela eran las vacaciones. Así que Kásperle oyó con mucha desconfianza lo que le decía el maestro.

-Un muchacho como es debido se. alegra de poder ir a la escuela, porque la escuela es algo maravilloso.

El maestro se puso luego un dedo en la nariz, pensando cómo podría ayudar a Kásperle; y después de pensar un rato, dijo:

-Hijo mío, vas a venir conmigo a El Descanso. Tenemos sólo dos hijas, así que hay sitio para ti en mi casa. Podrás ayudar a mi mujer en la cocina y acompañarme a mí cuando vaya a buscar plantas; pero a la hora de clase, irás conmigo a la escuela. Es necesario que aprendas algo útil. ¡Ea, vamos a casa! Dejaré las plantas para otro día. ¡Cómo se va asombrar mi mujer, cuando vea el invitado que le llevo!

Kásperle sí que estaba asombrado. ¡Ahora resultaba que tenía que ir a la escuela! ¡Él, el verdadero y viviente Kásperle! ¿Cómo sería una escuela? Kásperle caminaba muy preocupado detrás del maestro, bajando por una vereda en zigzag hacia el valle.

Llegaron al pueblo, y vieron un grupo de niños y niñas junto a la primera casa sentados a la sombra de un gran abeto. Los chiquillos miraron muy sorprendidos a aquel niño tan raro que marchaba cabizbajo detrás del maestro; se levantaron corriendo para verle de cerca. Aquella curiosidad molestó a Kásperle, que se volvió hacia ellos y empezó a hacer gestos espantosos.

-¡Ay, ay! -los niños gritaron, las niñas se echaron a reír, y el señor Habermus se volvió enfadado y preguntó:

-¿Qué gritos son esos?

-Es que ese niño pone una cara muy rara -dijeron los chiquillos señalando a Kásperle; pero el maestro les regañó.

-¿No os da vergüenza? ¿Qué culpa tiene este pobre niño si le ha crecido tanto la nariz? Es un pobre huerfanito, y ha sido muy desgraciado. Ven, Kásperle, mañana en la escuela os haréis buenos amigos.

Y el maestro siguió andando y Kásperle fue detrás de él. Pero a los tres pasos, Kásperle se volvió otra vez hasta los niños y les hizo su más burlón gesto de kásperle. Los niños soltaron una carcajada y el maestro dijo muy severo:

-¡Pero, niños! ¿Qué manera de reírse es esa? Entonces los niños volvieron a señalar a Kásperle y dijeron a coro:

-¡Es que ése pone una cara rarísima!

-¡Kásperle!-El señor Habermus miró fijamente a su nuevo protegido, pero Kásperle ponía cara de santito incapaz de romper un plato.

-Qué niños, qué niños... -gruñó el maestro y si- guió andando, porque su casa y la escuela estaban en la otra punta del pueblo. Y Kásperle le seguía como un corderito.

La señora Habermus se quedó muy sorprendida, al ver volver tan pronto a su marido, y con un chiquillo tan extraño.

-¡Dios santo! -exclamó-. ¿Qué clase de monigote traes ahí? ¡Si parece uno de esos muñecos de polichinelas que se ven en los teatrillos de las ferias ambulantes! El señor Habermus se sintió ofendido. Explicó a su querida esposa cómo había encontrado a Késperle, y el pillastre les miraba con una carita tan lastimera y tan inocente, que la buena mujer sintió compasión de él, le cogió de la mano y le metió en su casa.

Pero en cuanto entraron, empezaron a oírse gritos y a verse caras largas. Los gritos los daban Lenita y Denita Habermus, que tenían tres y cuatro años y eran todavía un poquito tontas; pero se callaron en seguida porque Késperle puso una cara muy divertida y luego se echaron a reír. La que no se reía era la prima Mumelina, una vieja que siempre estaba poniendo cara larga. Parecía una bruja. No le hacían ninguna gracia los invitados: una boca más, como decía ella. Y Késperle le hizo menos gracia que ninguno.

-Parece un espantapájaros -dijo de mal humor, mirando a Késperle.

A Késperle tampoco le hizo ninguna gracia la prima Mumelina; notó en seguida que no iban a ser buenos amigos. Y por eso, cuando estaban cenando y la prima le miró distraída, Késperle le hizo sus muecas más feroces de ogro y de bandido.

- j Ah ! -gritó la prima, espantada-. ¡Qué horrible es este niño, da miedo verle !

Pero como Késperle había tenido buen cuidado de que nadie más viera sus muecas, y en seguida puso su carita de santo, la mujer del maestro se enfadó con la vieja.

-¡Pero, prima, si el pobre niño no ha hecho nada! ¡Qué poco amable eres!

-¡Ah! -esta vez la prima por poco se cae de la silla del susto-. ¡Ahora! ¡Miradle ahora! ¡Ay Señor, Señor, aquí va a ocurrir una desgracia!

El señor Habermus empezó a preocuparse. Recordaba los gritos y las risas de los chiquillos, cuando cruzaba el pueblo con Késperle. Vio también en los ojos de Késperle un brillo de picardía, y pensó:

-Tendré que vigilarle. y cuando la prima Mumelina volvió a gritar «¡Aaah !» y «¡Ay Señor !», el maestro dijo muy enérgicamente:

-¡Basta ya! Que Késperle se vaya a la cama. Quiero que hoy descanse bien, porque mañana empieza la escuela y tiene que estudiar de firme. ¡Y nada de tonterías!

Késperle se metió en la cama, refunfuñando:

-No sé por qué dicen que hago tonterías. Yo no hago tonterías nunca. Cuando llevaba un rato en la cama, oyó que la prima Mumelina entraba en su cuarto, que estaba junto al de Késperle. Entonces Késperle saltó de la cama, se subió al marco de la ventana, y con un palo que había encontrado en un rincón se puso a dar golpes en la ventana de la vieja. Esta estaba soltándose las trenzas, y del susto que se llevó se cayó de narices en la palangana; empezó a escupir agua y a gritar, pensando que fuera había un fantasma, pegado a su ventana; pero de pronto cayó en la cuenta de que Késperle dormía al lado, cogió su vela y se acercó a ver qué hacía el chiquillo. Késperle estaba en la cama, bien arropadito con el edredón, y parecía dormir muy tranquilo. La prima Mumelina meneó la cabeza, gruñó «Hum», fue hacia la puerta, y de pronto se volvió... ¡Aaah! ¡Qué susto! Dio un grito y salió del cuarto dando tropezones.

El maestro y su mujer llegaron corriendo y preguntaron muy asustados qué pasaba.

-¡Ahí, ahí, ahí en la cama! ¡Un fantasma! -gritó la prima, señalando el cuarto de Késperle.

-¡Qué estupidez! -dijo el señor Habermus, y abrió la puerta del cuarto y miró dentro. Késperle estaba durmiendo como un bendito, y hasta roncaba un poco.

-No sé qué le pasa hoya la prima... -gruñó el señor Habermus de mal humor, cerrando la puerta de Késperle. Y es que sólo la prima había visto aquella espantosa cara de ogro, y la pobre mujer se pasó media noche sin poder dormir del horror que le daba aquel in. vitado tan pequeño y tan desagradable.

Késperle en la escuela

Al día siguiente fue Késperle por primera vez a la escuela. Se había levantado en cuanto le llamaron, había estado muy formal durante el desayuno, y hasta la prima Mumelina pensó:

-Pues no es tan malo como parecía. Después del desayuno, Késperle fue de la mano del señor Habermus a la escuela, que estaba enfrente; y al entrar, el maestro dijo a los niños:

-Aquí os traigo un compañero nuevo. y en aquel momento se oyó un griterío salvaje. El señor Habermus se quedó de una pieza: sus discípulos no se portaban nunca de aquel modo. Miró a Késperle, que estaba allí a su lado, quieto y con cara de bobo y entonces gritó el maestro:

-¡Silencio! ¡Silencio! ¡Késperle, da los buenos días a todos!

-¡Buenos días a todos! -berreó Késperle con una voz ordinarísima; y otra vez estallaron las risotadas. Todos se reían como locos, los niños, las niñas, los grandes y los pequeños; algunos chillaban imitando a los cerditos, otros gruñían como los osos. No había manera de hacerles callar. Y Késperle se reía con ellos, abriendo una bocaza que parecía que se le iba a meter en ella un coche con sus cuatro caballos.

El señor Habermus no sabía qué hacer. Tampoco sabía si Késperle se estaba riendo de los niños, o si los niños se estaban riendo de Késperle.

-¡Pero niños! ¡Pero niños! -no hacía más que gritar el maestro muy sorprendido. Y es que el señor Habermus no sabía que los niños tienen que reírse siempre que ven un verdadero késperle, aunque no quieran. El pobre maestro no comprendía nada; quería hacerles callar, y no lo conseguía. Y además, se le contagiaba la risa. Cuando miraba a Késperle, tenía que mirar a otro lado.

-Anda, siéntate de una vez aquí delante, donde yo te vea -pudo decir al fin. Y Késperle se fue muy obediente al sitio que le señalaban y se sentó. Entonces los niños dejaron de reírse, porque ya no podían ver la cara de Késperle.

El señor Habermus respiró. Por fin estaba la clase en calma y podía empezar la lección. Primero cantaron los niños una canción y Késperle escuchó muy atento; aquello le gustó. Después, los pequeños tenían que escribir, y los mayores tenían que contar cosas de la Historia Sagrada. El señor Habermus se acercó a Késperle y le enseñó a hacer palotes; Késperle llenó en un momento su pizarra de palotes muy grandes, y los pintaba con la mano izquierda.

-¡Con la mano derecha! -gritó el maestro.

-¡Está escribiendo otra vez con la izquierda! -dijo una voz desde atrás. Era Jacobo el Gordo, y al oírle, otros niños acusaron a Késperle :

-¡Que escribe con la izquierda! -Késperle, tienes que usar la mano derecha -le corrigió el maestro.

Késperle se volvió hacia atrás y se puso a hacer gestos, y los niños se echaron a reír otra vez. Entonces el maestro se enfadó mucho y gritó:

-¡Késperle! ¿Es que no sabes dónde tienes la mano derecha y dónde la izquierda?

-¿Dónde las tengo? -dijo Késperle, mirándose las manos como un bobo; y la verdad es que no sabía qué eran derecha e izquierda.

¡Ay, Dios mío! El maestro suspiró, los niños se reían como locos, y Késperle, al verles, daba unas carcajadas fuertísimas. Nunca se había oído un alboroto igual en la escuela, y el maestro quería enfadarse y no podía.

-¡Siéntate y calla, Késperle! ¡Y escucha bien ahora! Entonces Késperle se sentó muy tieso y abrió otra vez la boca. El maestro empezó a explicar la lección y a hacer preguntas a los niños, y los niños levantaban la mano y contestaban. Los niños sabían perfectamente que sólo había que levantar

una mano; pero Késperle encontró aquello muy divertido, y pensó que por qué no iba él a levantar los pies. Y de pronto levantó los pies por el aire.

Aquello sí que no había ocurrido nunca en la escuela. Los niños armaron un alboroto espantoso. Se oían unas risotadas y unos gritos que acabaron con la paciencia del maestro. El señor Habermus se levantó furioso, se lanzó hacia Késperle, le agarró y le sentó en el banco de golpe. Se oyó crujir el banco, y Késperle se quedó encogido y asustado. No había querido hacer nada malo, porque para un késperle eso de dar pataletas al aire es lo natural. Así que se quedó en su banco muy quieto y acobardado, y la clase se calmó otra vez y siguieron con la lección.

Pero al cabo de unos minutos, se oyó una vocecita muy clara que decía:

-¡Está llorando! Era la voz de la pequeña Barita, y como sólo podía decirlo por Késperle, todos los niños se volvieron a mirarle. Sí, Késperle estaba llorando; pobrecillo, cómo lloraba. Le corrían las lágrimas como ríos por la cara, y de pronto empezó a berrear con unos gritos tan espantosos, que varias niñas se pusieron a llorar al oírle. El buen señor Habermus intentó consolar a Késperle:

-¡Pero hombre, no llores! ¡Si ya no estoy enfadado! ¡Si sigues llorando así, se nos va a inundar la clase!

Y Késperle, de repente, dejó de llorar; se puso alegre, hizo unas muecas, miró a un lado, miró al otro, miró hacia atrás, y los niños se echaron a reír otra vez.

¡Qué día de locos! El señor Habermus no sabía ya qué hacer. Por fin dijo:

-¡Bueno, vamos a cantar! -y pensó-: «A ver si dejan ya de reírse».

Los niños cerraron los libros muy contentos; todos preferían cantar.

-Cantaremos primero la canción de mayo. ¿Sabes esa canción, Késperle?

-¿Qué canción? -dijo Késperle poniendo cara de bobo.

-¡Se la cantaremos para que la aprenda! -dijeron varios niños.

-Primero, a repetir la letra -dijo el maestro. Los niños recitaron las palabras de la canción, y entonces pasó una cosa muy rara: Késperle se levantó y repitió la letra de un tirón. Todos se quedaron asombrados y el maestro pensó:

-Bueno, este niño se sabía ya la canción. Entonces el maestro le recitó de prisa otros versos, y Késperle los repitió otra vez sin equivocarse. El maestro miró los garabatos que había escrito Késperle tan mal en la pizarra, y no sabía qué pensar. Primero había creído que Késperle era completamente tonto; ahora ya le parecía más inteligente.

-Con una memoria como la suya, podrá adelantar pronto -pensó el buen señor Habermus; y haciendo a Késperle un gesto amable, cogió su violín para que los niños empezaran a cantar.

Pero los késperles no saben cantar, sólo saben gritar. Y Késperle se puso a dar tales gritos en medio del coro, que la canción terminó en risotadas.

-¡Késperle, cállate, por Dios! ¡No aprenderás a cantar en tu vida! -dijo el maestro.

¡Ay, Dios mío! Eso mismo le decía siempre Amada. Késperle se quedó callado y triste; le hubiera gustado tanto cantar con los niños... pero se puso a escuchar, quieto y con cara de santito. El maestro pensó otra vez:

-Este niño no es malo. La verdad es que parece un chiquillo alegre y simpático; tendré que ser paciente con él.

Sin embargo, aquel día se alegró el señor Habermus de que terminara la hora de clase. Pero los niños, precisamente aquel día, no tenían ganas de irse de la escuela; se levantaron a regaña dientes de sus sitios, y como el maestro no esperó igual que otras veces a que los niños salieran, sino que se marchó el primero de la escuela, los niños no se fueron a sus casas.

Ya llevaba el señor Habermus un buen rato en su cuarto ordenando las plantas medicinales, cuando entró su mujer y le dijo:

-¿Qué pasa en la escuela? Se oye un ruido tremendo. ¿Es que no se han ido los niños a sus casas?

El maestro cruzó la calle corriendo y ya desde fuera oyó las risas de los niños; abrió de golpe la puerta de la escuela, y vio a Kásperle sentado a la mesa del maestro, con una pierna encima y otra colgando; en aquel momento estaba Kásperle contando a los niños cómo se había caído al arroyo el pastor Damián. Los niños rodeaban la mesa del maestro como si fuera un teatro de títeres, y Kásperle charlaba con la misma voz de los títeres de las ferias. Ninguno oyó ni vio llegar al maestro porque todos miraban a Kásperle, y a cada momento se echaban a reír. Y es que era como para morirse de risa, la cara y los gestos que hacía Kásperle.

¡Caramba, pero qué payaso! El señor Habermus se contuvo para no soltar la carcajada; estuvo escuchando a Kásperle unos minutos, y luego gritó de pronto:

-¿Queréis iros a casa de una vez? ¡Qué susto! Kásperle se bajó de un brinco del sillón del maestro, y los niños y las niñas se quedaron sin saber qué hacer. Casi ni sabían dónde estaban, de tan entretenidos como habían estado con Kásperle. Pero el maestro no parecía muy enfadado, sólo un poco preocupado. El buen hombre pensaba:

-Me parece que me he traído a casa un niño muy extraño. Yo no sé qué va a pasar aquí.

Se volvió a los niños y les dijo otra vez:

-Volved ya a vuestras casas.

Y todos los niños echaron a correr como si de pronto tuvieran mucha prisa.

Los campesinos que estaban en la calle les miraron asombrados, y dijeron:

-Algo ha pasado en la escuela. Qué tarde salen hoy los niños. Han debido de estar todos castigados.

Pero los niños corrían a sus casas para contar, muy excitados, qué compañero de clase tan maravilloso había llegado aquel día. Y el señor Habermus sacó a su nuevo alumno de debajo de la mesa, le puso de pie y le dijo muy serio:

-Kásperle, qué revoltoso eres.

Kásperle miró al maestro con los ojos muy abiertos y contestó casi llorando:

-Yo sólo he hecho lo que sé hacer...

-Claro, como si fueras un... -y el maestro se calló de pronto porque iba a decir «un muñeco de títeres».

Se quedó mirando a su protegido y pensó:

-¡Dios mío, si parece de verdad un muñeco de títeres! ¿Qué he traído yo a mi casa?

Pero entonces Kásperle le dio la mano con mucha confianza, y con una cara tan triste, que el maestro se olvidó de su preocupación, le dijo:

-Anda, ven conmigo, revoltoso. Y no vuelvas a hacer títeres en mi sillón.

-No lo haré más -prometió Kásperle de corazón; y cogiendo su pizarra nueva salió de la escuela detrás del señor Habermus.

Al llegar a la casa entró brincando y tropezó con la prima Mumelina que en aquel momento llevaba una cazuela con leche; y allí fueron a parar al suelo la prima, la leche, Kásperle y la pizarra, entre gritos y sustos.

-¡Lo ha hecho a propósito! -gritó la vieja, chapoteando en el charco de leche-. ¡Ah! ¡Que me está haciendo otra vez esos gestos!

-Lo ha hecho sin querer -dijo la mujer del maestro-. Yo lo he visto; lo único que ha hecho ha sido entrar un poco alocadamente.

- ¡No, no! ¡Lo ha hecho a propósito! ¡Aaah! ¡Qué cara más horrible!

La prima Mumelina se levantó del suelo gruñendo y protestando, y se sentó a la mesa con la cara más larga que nunca. Y Kásperle no se atrevió ni a levantar los ojos, ni a hacer más caras espantables, porque tenía miedo de la prima Mumelina.

El maestro solía echar una siestecita después de comer, ya Lenita y Denita también las llevaban a la cama, aunque ellas preferían quedarse jugando. Y la mujer del maestro dijo a Kásperle:

-Sal a la calle y diviértete por ahí, pero no hagas ruido cerca de la casa.

La buena mujer estaba pensando: -Este pobre chico necesita jugar a gusto, y aquí en casa la prima Mumelina no haría más que gruñir.

Kásperle salió a la calle brincando de alegría, y en cuanto estuvo fuera vio a unos niños que le dijeron:

-Ven con nosotros; queremos que nos hagas otra función,

-Pero aquí no -dijo Kásperle, prudente-; no tengo que hacer ruido.

-Ven, vamos al corral viejo del tío Trapos; allí no nos verá nadie -propuso uno de los chicos.

Los demás dijeron que era una buena idea, y todo el grupo se fue al corralón viejo y entró allí como un

huracán. Por el camino, el grupo había ido aumentando más y más, porque se les unían otras niñas y niños, y se metieron todos en el corral del tío Trapos, que estaba fuera del pueblo, en un prado.

Aquella tarde, la gente de El Descanso se sorprendió mucho; las mujeres decían:

-Qué raro, ¿por qué no tienen hoy clase los niños? ¿Dónde se habrán metido?

-No los he visto por ninguna parte, qué cosa más rara -dijo la tendera.

Y el señor Habermus salió de la escuela preguntando:

-¿Qué pasa con los niños? ¿Por qué no vienen a la clase? Y su querida esposa se acercó tocando la campanilla de la escuela, que parecía llamar a lo lejos con voz regañona:

-¡Niños, a clase! ¡Niños, a clase! Pero los niños no acudían: no se veía ni rastro de ellos. Llegaron sólo algunas personas mayores, y alguien dijo que había visto pasar a todos los niños corriendo, pero que no sabía hacia dónde iban.

-A lo mejor se han ido al bosque -dijo la tía Verónica Trapos.

-¡Pero si hoy es día de clase! -decía el maestro, sin comprender nada.

En esto pasó un muchacho con un carro de paja y dijo: .

-Tía Trapos, ¿qué pasa en su corral del prado? Se oyen unos ruidos horribles allí dentro.

-¡Ah! ¡Los niños y Kásperle! -pensó el señor Habermus y salió corriendo; le siguieron los vecinos y entraron todos detrás del maestro en el corralón.

Allí estaban los niños. Kásperle se había subido a unas tablas del cobertizo, y los niños y las niñas le miraban desde abajo, riéndose de los gestos y los brincos y el parloteo de su nuevo compañero.

-¡Tilín, tilín, tilín! La señora Habermus había llegado detrás de su marido tocando la campanilla de la escuela, y aquel campanilleo tan conocido sonó en medio de las risas de los niños. Los chiquillos se volvieron, asustados. ¿Es que ya era la hora de clase?

-¡Tilín, tilín, tilín! -regañó la campana. Y en un instante el corralón se quedó vacío. Los mayores se miraron, preocupados.

-¡Estos niños están como hechizados! -dijo la tendera; y los otros le dieron la razón.

Pero el señor Habermus volvió a la escuela pensando que Kásperle era el que tenía la culpa de todo, sólo él. ¡Qué niño más malo! No debe venir más a la escuela, pensó el maestro, entrando en la sala de la clase.

Allí estaban ya los niños, sentados muy formalitos en sus bancos, los mayores a la derecha, los pequeños a la izquierda, y Kásperle en su puesto del primer banco. Tenía una cara muy alegre y tan inocente como si no fuera capaz de matar una mosca.

Pero el señor Habermus se dirigió a su mesa con rostro ceñudo, y dijo desde allí severamente:

-Habéis llegado tarde, y estáis castigados a quedaros estudiando después de la clase.

Todas aquellas cabecitas rubias y morenas se inclinaron avergonzadas; sólo Kásperle miró al maestro con mucho asombro y chilló con su voz de rata:

-¡Pero si acaban de tocar la campana!

-¡Cállate, y vete de la escuela! -gritó el maestro-. ¡Tú eres quien tiene la culpa de todo! ¡Fuera de aquí, y no vuelvas más!

Durante unos momentos la clase se quedó en silencio. El mismo Késperle estaba quieto y asustado en su puesto. No sabía de qué le echaban la culpa. Y de pronto se oyeron unos llantos desgarradores, unos llantos tan fuertes y tan desconsolados, que el señor Habermus no sabía qué pensar. Todos los niños y las niñas lloraban y decían a la vez:

-¡Késperle no tiene la culpa! ¡No queremos que se marche Késperle! ¡Por favor, señor maestro, por favor, que no se vaya!

El señor maestro miraba a sus discípulos muy impresionado, y los niños lloraban y suplicaban cada vez más fuerte, y Késperle berreaba más fuerte que nadie, y el maestro dijo preocupadísimo :

-Parece enteramente que ese niño ha hechizado a los otros. Y me temo que a mí también me está hechizando.

Porque el maestro estaba viendo llorar a Késperle y cada vez sentía más pena de él. No, era imposible enfadarse con aquel pequeño. Y entonces dijo a los niños:

-Está bien. Késperle puede quedarse, porque lo pedís todos con tanto interés. También os dejaré marchar después de la clase; pero me escribiréis en casa un ejercicio de castigo, y ¡ay del que no lo haga bien! Y ahora, silencio. ¡Pero Késperle! ¿Qué pasa ahora?

Késperle se había metido debajo del banco y desde allí se le oía berrear con sus gritos terribles.

-¡Yo no sé escribiiir! ¡Yo no sé escribiiir!

-¡Pero qué tonto eres! -gritó el señor Habermus-. ¡Claro que tú no tienes que escribir el castigo, basta con que hagas palotes! Y ahora, cállate de una vez, o te...

Y Késperle salió de debajo del banco antes de que el maestro terminara de hablar, y se sentó con la cara más alegre del mundo. Bien se veía lo mucho que le gustaba la escuela. Si le hacían preguntas contestaba disparates, y de nuevo se oían risas y gritos en la clase. El maestro quería ponerse serio y no podía, porque comprendía que Késperle lo hacía todo sin mala intención.

Por fin sonó la hora y se terminó la clase. Generalmente, los niños se levantaban corriendo, encantados de poder irse de la escuela, pero aquel día hasta los más perezosos suplicaron al maestro:

-Déjenos un poco más, un ratito siquiera. ¡Lo estamos pasando tan bien aquí!

Y el bueno del maestro les permitió quedarse, y les empezó a explicar cosas de las flores y de los árboles, de las piedras y las montañas, de las delicadas mariposas y los gordos escarabajos, y los niños le escuchaban muy atentos y Késperle estaba más atento que ninguno. y cuando el señor Habermus dijo:

-Bueno, basta por hoy. Marchaos ya y no olvidéis el ejercicio.

Todos los niños dijeron:

-¿Se ha terminado? ¡Qué pena! Y Késperle sintió más que nadie que la clase se acabara.

Los niños de El Descanso salieron por fin de la escuela, y llegaron a sus casas más contentos que nunca, a pesar del castigo que tenían que escribir. Y los padres y las madres de El Descanso terminaron el día mareados de tanto oír hablar a sus hijos del niño nuevo.

Késperle en peligro

Aquella noche, Késperle durmió como un bendito. Se metió en la cama, se tapó bien y se quedó dormido en un momento. El buen señor Habermus le dijo preocupado a su buena esposa:

-Este niño huérfano nos va a dar muchos quebraderos de cabeza: No debí traerle a casa.

Y la señora Habermus contestó muy animosa:

-¡No te preocupes, marido! Kásperle es un niñito muy simpático, y con el tiempo se convertirá en un buen alumno.

Pero a la mañana siguiente, Kásperle no parecía un alumno formal. En cuanto entró en clase, todos los niños empezaron a alborotarse y a gritar:

-¡Kásperle, haznos una función!

Kásperle recordó a tiempo que el maestro le había prohibido hacer payasadas en su mesa, y entonces trepó hasta lo alto de la gran librería de la escuela. Los niños gritaban:

-¡Muy bien, bravo!

Y las niñas se quedaron con la boca abierta. Hasta entonces, ningún niño había podido subir así a la librería, en dos brincos.

El señor Habermus oyó desde su casa el alboroto de los niños, y corrió hacia la escuela, abrió la puerta de golpe y gritó:

-¡Silencio! ¿Qué jaleo es éste? ¡Plaf! Kásperle se cayó del susto desde lo alto de la estantería. Fue a parar encima de una silla, sobre la pizarra nueva de Pastora Caramillo, y la pizarra, que no estaba para bromas, se hizo añicos. Kásperle se quedó boca abajo, y dio sin querer una patada a Frica Gurruño en la nariz, y otra patada a un tintero. El tintero salió por el aire, cayó en el banco de las niñas y puso perdidos de tinta cinco delantalitos blancos; las cinco dueñas de los delantales gritaron como ratones, sus amigas gritaron por no ser menos, Pastora Caramillo lloraba a voces, Frica Gurruño berreaba, Kásperle aullaba, y todos los demás se reían como locos y se volvió a armar un jaleo de mil diablos. Y entonces el buen maestro perdió toda la paciencia. Empezó a repartir bofetadas, al uno, al otro, a Kásperle, a los que lloraban, a los que reían, y los niños comprendieron al fin que aquel día no estaba el maestro para bromas. Poco a poco fue haciéndose la calma, y sólo seguían llorando bajito las cinco niñas de los delantales manchados, y Kásperle, que lloraba cada vez más fuerte.

¡Qué voz tenía el condenado! Hasta los niños terminaron por callarse, y todos escuchaban asombrados aquel llanto de Kásperle y empezaron a sentir una pena enorme del niño nuevo. Hasta que el maestro le agarró por el cuello, le llevó a un rincón y le dijo enfadadísimo:

-¡Hala! ¡Ahí te quedas de cara a la pared hasta que te portes como es debido!

¡Dios santo, qué berridos dio Kásperle entonces! Las niñas empezaron a llorar una después de otra, y luego empezaron a llorar los niños, primero los más pequeños, después los mayores y al cabo de un momento ya estaba otra vez la clase convertida en un valle de lágrimas. El señor Habermus estaba desesperado. Nunca había pasado en la escuela una cosa así, que se pusiera a llorar toda la clase por el castigo de un niño.

El maestro intentó ponerse muy severo; pero, qué cosa, los sollozos de Kásperle y el coro de llantos de los niños, le ablandaron el corazón y terminó por decir con mucho cariño:

-Pero hijitos, no lloréis así. Tú, Kásperle, vuelve a tu sitio. i Pero no lloréis más, por Dios!

Kásperle se secó las lágrimas de un manotazo, dio un par de brincos y se sentó en su banco, con la cara más alegre del mundo. Y todos los niños se secaron las lágrimas y se sonrieron, y hasta al maestro se le notaba que se quería sonreír. Pero por dentro pensaba:

-Ay, Dios mío, qué inventarán ahora. Kásperle trató de portarse muy bien y casi lo consiguió. Pero no podía remediar el contestar disparates cuando le preguntaban algo, y en cuanto abría la boca los niños se echaban a reír y otra vez se armaba un buen barullo.

Al salir de la escuela llenaron las calles del pueblo de alboroto y de risas, y algunas madres decían:

-El maestro no debía tener en la escuela a ese niño. Es un revoltoso que nos alborota a los niños.

Y es que la prima Mumelina había ido contando por todo el pueblo que Kásperle era un verdadero demonio, que no hacía más que disparates, y le había puesto de vuelta y media; algunos se lo creyeron y otros sólo se creyeron la mitad.

Pero de la noche a la mañana, todos los niños del pueblo empezaron a imitar a Kásperle. La verdad es que los niños de El Descanso sabían ya de antes bastantes travesuras, pero hasta entonces no se habían puesto de moda aquellos brincos y volteretas, aquella manera de hacer muecas y de imitar los gestos de la gente.

Por ejemplo, a la hora de comer, Frica Gurruño se puso boca abajo en la silla y empezó a patalear con los pies por alto, y su madre creyó que le dolía el estómago; pero su padre le dio tal azotaina en ese sitio, que a Frica se le quitaron las ganas de hacer volatines.

Y por la noche llegó gritando la vecina, la tía Repique, y llamó muy asustada a la señora Gurruño para que fuera a ver qué le pasaba a su hijo Perico, que parecía que le había dado un ataque porque estaba haciendo unos gestos horrorosos. Y en la calle se encontraron con los Caramillo y la abuela Trina, que les dijo llorando que Pastora estaba como borracha y que iban a pedir una medicina al maestro.

-¡Unos buenos azotes donde yo me sé, esa es la mejor medicina! -gruñó Gurruño padre.

La medicina de Gurruño padre se convirtió en el remedio más usado aquellos días; y los padres y madres de El Descanso no tardaron en comprender que lo que les pasaba a todos los niños era que querían hacer titiritainas como el protegido del maestro. Todo aquello trajo muchos disgustos y discusiones, y el pobre señor Habermus tuvo que oír algunas cosas desagradables. La prima Mumelina echaba leña al fuego, hablando a todo el mundo mal de Kásperle y contando que si en casa del maestro Kásperle hacía esto y lo otro Y lo de más allá.

Y, mientras tanto, el pobre Kásperle trataba de ser buenísimo, porque le estaba gustando mucho vivir en El Descanso. Iba encantado a la escuela, y disfrutaba como nunca en su vida jugando con tantos amigos. No acababa de comprender por qué se ponía la prima Mumelina de tan mal humor. Él pensaba que lo más divertido del mundo para una vieja sería tropezar con un cubo de agua, o encontrarse el cuarto lleno de gallinas, y procuraba que a la prima Mumelina no le faltasen aquellas diversiones. Y si Kásperle escondió un día seis sapos bien gordos en la cama de Mumelina, y le llenó otro día el costurero de escarabajos y ciempiés que andaban enredándose entre los hilos, y si otro día le metió una lombriz en la taza del café, tampoco era como para armar aquellos escándalos. Nada, que la vieja no entendía de bromas. Los amigos de Kásperle le daban la razón: con mujeres así no hay nada que hacer.

No, la prima Mumelina no entendía de bromas, y cada vez regañaba y gritaba más; y el señor Haber- mus y la señora Habermus también regañaban a Kásperle. pero en el fondo le habían tomado mucho cariño. Al maestro le resultaba imposible decir:

-Kásperle, márchate de aquí, y vete otra vez a recorrer el ancho mundo.

No, no podía decirlo. Le daba demasiada pena aquel niño abandonado.

Así fueron pasando los días, y Kásperle seguía en El Descanso. Los niños del pueblo imitaban cada vez mejor a los muñecos polichinelas y el buen señor Habermus no podía hacer carrera de sus alumnos; y encima tenía que oír todo el día los gritos de la prima Mumelina.

Un día dijo la prima:

-Mañana iré a hacer compras a la ciudad.

Kásperle se puso muy contento. Y a la mañana siguiente, cuando oyó que la prima salía de casa, se asomó a la ventana, le sacó la lengua y como la prima se volvió a mirarle, Kásperle le hizo una de sus muecas más feroces.

¡Vaya susto que se llevó la vieja! Bajó a toda prisa el camino del monte con su cesta al brazo, y no se atrevió a descansar hasta que estuvo a una buena distancia del pueblo.

-Espera a que vuelva, y ya verás -gruñó, levantando entonces el puño hacia la casita del maestro. Y luego siguió bajando por el camino y mientras caminaba iba pensando:

-¡Si yo pudiera echar a Kásperle del pueblo... ! y Kásperle pensaba mientras tanto:

-¡Si esa vieja no volviera ya nunca más...! Pero la prima Mumelina no tenía la menor intención de quedarse en la ciudad; precisamente allí había oído una cosa bien extraña. Y al día siguiente, en cuanto terminó de sus compras, volvió a subir hacia El Descanso muy de prisa y jadeando, y llegó al pueblo a última hora de la tarde.

La mujer del maestro estaba con Lenita y Denita en casa de la madrina Belita; el maestro se había quedado en su cuarto trabajando; y Kásperle iba a salir de casa para reunirse con sus amigos, cuando vio llegar a la prima. La vieja no vio a Kásperle, y subió por la calle con paso triunfante, como si acabara de ganar una batalla; Kásperle se quedó algo asustado en el cuarto de estar, y cuando oyó acercarse los pasos de la vieja se escondió rápidamente en un rincón oscuro de la chimenea, donde guardaban la leña. Él mismo no sabía bien por qué se escondía. Le remordía un poco la conciencia por la burla y las muecas que había hecho a la prima el día anterior; y el aire decidido con que venía la vieja le había dado miedo.

Unos minutos después se oyó en la casa la voz de Mumelina, y el maestro salió de su cuarto. Lo primero que preguntó la prima fue:

-¿Dónde está Kásperle?

Kásperle se encogió todavía más en su rincón oscuro, y se quedó detrás de unos leños para que la prima no pudiera verle.

Entonces llegó la mujer del maestro y saludó a la prima como si hubiera vuelto de un viaje larguísimo. Pero la vieja no decía más que esto:

-¿Dónde está Kásperle?

-Estará en el arroyo, con los otros niños -dijo la señora Habermus, que había dado permiso a Kásperle

para Ir a Jugar con sus amIgos.

Pero la prima empezó a buscar por todo el cuarto, y se agachó a mirar debajo del sofá, abrió el armario y hasta miró en el rincón de la leña. Vio los troncos, pero no pudo ver a Kásperle.

-No está aquí. Bueno, pues voy a contaros quién es Kásperle en realidad. Ya veréis, ya veréis. No os lo podéis ni imaginar.

No, no se lo imaginaban. ¡Aquello sí que era una sorpresa! ¡Y Kásperle, escondido detrás de los troncos, también se sorprendió muchísimo al oír a la prima Mumelina contar su historia de cabo a rabo!

La prima había visto en la ciudad un titiritero, que enseñaba a todo el mundo un muñeco de hacer títeres y anunciaba a voces :

-Si encontráis un niño parecido a este muñeco, no le dejéis escapar. El Duque ha prometido una gran recompensa al que se lo lleve.

El hombre de los títeres había dicho después que el niño que buscaban era un auténtico Kásperle vivo, y contó a la gente todo lo que había hecho Kásperle en el castillo.

-¿Lo veis, lo veis? -dijo excitada la prima Mumelina-. ¿No os lo había dicho yo mil veces, que ese niño no me gustaba? Menos mal que ahora le llevarán preso. Lo ha ordenado el Duque.

El maestro suspiró, y su mujer exclamó con mucha pena:

-¡Pobre pequeño!

En el rincón de la leña, a Kásperle le corrían lágrimas por los carrillos. Tenía ganas de salir de su escondite y abrazarse a la buena señora Habermus. Estaba seguro de que los maestros no querían entregarle a los guardias. Pero la prima Mumelina volvió a decir con voz dura y maligna:

-El hombre de los títeres va a venir ahora. Ya debe de estar subiendo al pueblo con varios guardias, que se llevarán preso a Kásperle. Yo les he dicho que ese espantajo vive aquí. Y me han dado ya estas lindas monedas de oro. ¡Mirad! ¡Vaya, cómo me alegro de que se lleven de casa al

monigote ése, y que le encierren en la cárcel! Tenemos que vigilar ahora para que no se escape. ¡Bueno, los guardias ya se encargarán de él!

La mujer del maestro volvió a decir:

-¡Pobrecito, pobrecito Késperle!

Y su marido suspiró lleno de compasión. Pero la prima se puso de pie, y dijo que iba a sacar las compras de la cesta, y que luego se pondría a vigilar por si Késperle volvía a casa.

El maestro dijo que iría a decirle al Alcalde por qué venían los guardias, y salió del cuarto con la prima. La señora Habermus se quedó sola.

Késperle temblaba de miedo en el rincón de la leña. Hubiera querido salir corriendo y esconderse en algún sitio, hasta que se marchara el titiritero y los guardias. Pero para eso tenía que salir del cuarto, porque sus perseguidores mirarían en el rincón de la leña. La mujer del maestro estaba callada, sentada junto a la mesa, y parecía tan bondadosa y tan compasiva que Késperle pensó:

-Ella no me acusará.

Y salió de repente del rincón, y se acercó a la mujer, que se sobresaltó al verle.

-¡Késperle! -exclamó la señora Habermus-. ¿Estabas aquí? ¿Lo has oído todo?

Késperle dijo que sí, con cara triste; y se acercó más a la mujer, la abrazó y dijo entre sollozos:

-¡Ayúdame a escapar! ¡Ayúdame!

-Sí, sí. ¡Comprendo que quieras escaparte, pobrecito, pobre pequeño!

Acarició con mucha bondad la cabeza de Késperle, se quedó pensando y luego se levantó, cogió un pedazo grande de pan, se lo metió a Késperle en el bolsillo, le dio algún dinero y dijo de prisa:

-¡Corre, escápate! ¡Sal por la puerta de la cocina! Mi buen esposo me perdonará por haberte ayudado.

Dio un beso a Késperle y le llevó a la cocina. Allí había una puerta que daba al jardín, y el jardín daba al patio de la iglesia. Késperle salió corriendo, y vio que la puerta de la iglesia estaba abierta.

-Me esconderé en el campanario -pensó. Y se metió en la torre de la iglesia de un brinco.

En aquel mismo instante oyó la voz de la prima Mumelina, que gritaba muy contenta desde la escuela:

-¡Ya vienen, ya vienen!

Sí, ya llegaban: delante iba el hombre de los títeres y detrás iban tres guardias; y la gente del pueblo, al verlos venir, se acercó llena de curiosidad.

-¿Qué pasa, qué pasa? ¿Por qué vienen los guardias al pueblo?

La gente no lo entendía; aquel pueblo estaba siempre tan tranquilo que todos se asustaron al ver a los guardias y se pusieron a hacer preguntas y a hablar todos a la vez; hasta que la prima Mumelina les dijo que los guardias venían por Késperle, y que si no le habían visto por algún lado.

-Los niños están jugando en el arroyo -dijo alguien; y varias personas fueron hacia el arroyo para buscar a Késperle, porque la prima Mumelina les había dicho que Késperle era un malhechor.

Los niños no le habían visto, el Alcalde tampoco, el maestro no sabía nada, y nadie podía decir dónde estaba.

¿Dónde estaba Késperle? - ¡Se ha escapado! -gritaron la prima y el hombre de los títeres.

-Le encontraremos - dijeron los guardias-. ¡Abran paso! ¡Registraremos primero la casa!

-¡Todos tienen que ayudar! -gritó el Alcalde-. ¡Sería una vergüenza dejar escapar de nuestro pueblo a un fugitivo del Duque! ¡Adelante, todos a buscarle! y todos empezaron a buscar a Késperle. Los niños de la escuela eran los que buscaban con más interés porque pensaban :

-Si le encontramos, le ayudaremos a escaparse. La única que no le buscaba era la mujer del maestro, y nadie le preguntó nada a ella. La buena mujer acostó a Lenita y Denita, que lloraban llamando a su querido Késperle, y su madre les consoló diciendo con dulzura:

-No le pasará nada, ya veréis; no le pasará nada malo. Los labradores y los guardias seguían registrando todas las casas, los graneros, los establos. Pero era inútil; no encontraban a Kásperle. Al fin dijo un campesino:

-No hemos mirado en la iglesia.

-La iglesia está cerrada -dijo otro.

Y es que el viejo sacristán había cerrado ya; como todas las tardes. Era muy viejo y estaba siempre cansado, y no se ocupaba nunca de lo que pasaba en el pueblo. Ahora se había quedado dormido en su butaca, y los guardias dieron la vuelta a la iglesia y dijeron:

-No puede estar ahí dentro; seguro que se ha escapado del pueblo.

Pero ¿hacia dónde se habría ido? ¿Estaría en el bosque o en los montes? Porque en el camino de la ciudad no estaba; le hubieran visto al subir.

Y el Alcalde dijo:

-Mañana, a primera hora, saldremos a buscarle por toda la comarca. Todos los vecinos tendrán que venir. Sería una vergüenza que se nos escapara.

-Sí, en cuanto amanezca saldremos en su busca -dijeron todos-, y esta noche estará el pueblo bien vigilado. Ni un gato podrá salir sin permiso, y Kásperle muchos menos.

En la casa del maestro, la prima Mumelina decía:

-Estoy cansadísima, pero no me voy a la cama.

Juraría que Kásperle anda rondando la casa, y no seré yo quien le deje escapar.

Aventuras y desventuras de Kásperle

El pueblo se fue quedando poco a poco en silencio. Desde un rincón de la torre de la iglesia, Kásperle oyó cómo se callaban los ruidos y sólo entonces se atrevió a mirar dónde estaba.

Vio que se había metido en un cuartito oscuro y que al lado pasaba la escalera que subía a la torre; un débil rayo de luz llegaba de lo alto del campanario.

Ya estaba Kásperle pensando en subir por la escalera cuando se oyó una voz que decía:

-"Mañana tenemos que registrar la iglesia". Eran los guardias, que pasaban junto a la iglesia en su ronda para vigilar las calles del pueblo.

Al oírles, Kásperle trepó muy asustado por la escalerilla estrecha hasta lo más alto de la torre, pensando:

-A lo mejor no suben a registrar el campanario.

En la torre de la iglesia de El Descanso vivían varias lechuzas desde hacía años y años. Había una lechuza viejísima, que sabía por su bisabuela que ya la bisabuela de su bisabuela había vivido en la torre. Nadie molestaba nunca a las lechuzas. Cuando los niños del pueblo tiraban desde abajo de la cuerda para tocar la campana, cosa que sólo se permitía a los niños más buenos, las lechuzas se metían un poco más adentro en sus nidos, y en paz. Estaban acostumbradas a la campana, y les gustaba oírla sonar siempre a la misma hora. Nadie subía nunca al campanario, porque la escalera era incómoda y peligrosa.

Aquello no lo sabía Kásperle, y trepó decidido por los gastados peldaños. Las lechuzas estaban despertándose de su sueño diario y miraron asombradas a aquel chiquillo tan raro que subía la escalera. Se asustaron bastante al verle, y la lechuza vieja susurró a las otras:

-Cuidado, cuidado, que ése viene a robar las crías. Entonces todas las lechuzas empezaron a silbar y a

revolotear. Daba miedo oírlas, y Kásperle se quedó temblando al ver que revoloteaban alrededor de su cabeza, mirándole con aquellos ojos luminosos y fieros. Le entró un pánico terrible de aquellos

pájaros tan raros y desagradables, y quiso volverse y bajar la escalera a toda prisa, pero dio un paso en falso y se cayó rodando. Las lechuzas chillaron como locas, y Kásperle, por sujetarse a algo, se agarró a la soga de la campana.

-¡Ton, ton, ton! -sonó la campana con un ruido ensordecedor.

Las lechuzas se asustaron más todavía, porque nunca oían la campana a aquella hora, y volaron dentro de la torre como enloquecidas; Kásperle se agarró a la soga con todas sus fuerzas, la soga se balanceó con su peso y la campana empezó a voltear:

-¡Tolón, tolón, tolón! Kásperle quería soltar la soga, pero la campana volteaba cada vez más de prisa, las lechuzas revoloteaban chillando, y el pobre Kásperle, agarrado a la soga, subía y bajaba por el aire, se balanceaba de un lado para otro, y no se atrevía a soltarse.

-¡Tan tan; tan tan; tan tan! -Aquel loco repique despertó al pueblo dormido. Los perros empezaron a ladrar, la gente se tiró asustada de la cama. ¡La campana tocaba a rebato! ¿Qué pasaba? El sastre Melindres salió el primero a la calle, gritando:

-¡Fuego, fuego! y todo el mundo salió de sus casas repitiendo:

-¡Fuego, fuego!

Y se pusieron a mirar a todas partes para ver dónde estaba el fuego.

-¡Que traigan cubos, que traigan cubos! -gritó el Alcalde, porque en El Descanso no había manga de incendios. Y todos corrieron a buscar cubos con agua, y unos preguntaban a otros dónde estaba el fuego; hasta que a uno se le ocurrió decir que el que tocaba la campana sabría dónde era el incendio. Bueno, pero, ¿quién era el que tocaba la campana?

Arriba en el campanario, Kásperle estaba muerto de miedo.

Por fin consiguió colgarse de una viga, soltó la soga y se dejó caer. Rodó por la escalera hasta quedarse tirado en uno de los tramos, a media altura de la torre. Estaba atontado del golpe y del susto, y no entendía por qué gritaban tanto ahora en el pueblo, hasta que de pronto lo comprendió todo: la campana había despertado a los vecinos. Oyó los gritos de «¡fuego, fuego !» Y voces que hablaban y preguntaban a la puerta de la iglesia, y se cayó otra vez rodando hasta abajo, del susto que se llevó al oír una voz que decía:

-Apostaría a que es Kásperle, que está escondido en la iglesia.

Era la voz de la prima Mumelina. - ¡Pero si la puerta está cerrada! -dijo otra voz. - ¡Que vayan a buscar al sacristán para que abra! -dijeron otras voces.

-¡De prisa! ¡Traed al sacristán! - ¡Bim... bam...! -las campanas eran ya lentas y débiles, pero las lechuzas seguían revoloteando y silbando en la torre. ¿Por dónde se escaparía Kásperle? Arriba en la torre estaban las lechuzas, que le iban a sacar los ojos; abajo en la puerta estaban los vecinos, y ¡ay de él, si le atrapaban! Y en esto oyó decir:

-Ahí viene el sacristán. Atención, ahora cogeremos a Kásperle.

La llave chirrió en la cerradura, y la puerta se abrió y alguien dijo:

-¡Ay, madre! ¡Qué oscuro está esto! Traed corriendo unas linternas.

Y entonces se oyó un golpe, y luego un grito: la prima Mumelina había tropezado con el palo que Kásperle sujetaba delante de la puerta.

-¡Ay! ¡Cien mil pares de demonios! -gritó el Alcalde, cayéndose al lado de la prima.

-¡Rayos y truenos! ¿Qué hay aquí? -gritó un guardia que se había caído encima del Alcalde; y el sastre Melindres chilló con su voz cascada:

-¡Hay duendes, hay duendes! ¡Me han escupido!

-¡A mí me están ahogando! -gritó la prima Mumelina.

-¡Que traigan una luz, que traigan una luz! Uno detrás de otro iban cayéndose de cabeza en el cuarto oscuro de la torre, y Kásperle aprovechó aquella confusión para escurrirse pegado a la pared y salir a la calle. Dio la vuelta a la torre y se ocultó en el otro lado en el momento en que llegaban

muchas personas con linternas. Todo el pueblo se reunió al pie de la torre, alumbraron con las linternas a los que estaban caídos en el cuarto oscuro y dijeron:

-Esto ha sido una jugarreta de Kásperle.

-Hay que registrar bien la torre -gritó furioso el Alcalde, levantándose del suelo; y la prima Mumelina se puso a chillar:

-¡Que no se escape, que no se escape, que cojan pronto a ese demonio!

El sastre Melindres, que era muy bajito, muy delgado y muy valiente, se ofreció para subir al campanario. Cogió el chuzo de un sereno y una linterna, y empezó a subir la escalera con cuidado, mirando debajo de cada escalón y dentro de todos los agujeros del muro, para ver si Kásperle estaba escondido por allí. Y mientras tanto, los demás registraban palmo a palmo el cuarto oscuro, la iglesia y todos los rincones, pero no encontraron a Kásperle.

Las lechuzas se asustaron otra vez, al darles la luz de la linterna del sastre; la luz las cegaba, y se escondieron bien al fondo de sus agujeros. La campana se meneaba toda vía un poco, pero por más que el sastre buscaba y registraba, metiendo su linterna en todas partes, no veía ni rastro de Kásperle. El hombre del guiñol gritó desde abajo:

-¡Tenemos que encontrarle, no puede haber salido de ahí!

Y volvió a hablar de la recompensa que había prometido el Duque, para animarles; así que los vecinos siguieron buscando con gran afán y decían:

-Si tiene que estar aquí. ¿Quién ha tocado la campana, si no?

Mientras tanto, Kásperle corría a toda velocidad hacia el bosque, Como todos los vecinos estaban buscándole en la iglesia, no había nadie vigilando los caminos que salían del pueblo, y Kásperle llegó al bosque sin ser visto. No quiso ir por el camino que bajaba a la ciudad, y se metió por un sendero que atravesaba el bosque por la falda del monte; sabía que el bosque era larguísimo por aquel lado, y que el caminito llegaba a un valle al que no iba nunca la gente de El Descanso.

Estaba muy oscuro, y Kásperle no tardó en perder el camino; tuvo que avanzar tropezando en las piedras y en las raíces, saltando los troncos caídos y pasando muchos apuros. Al cabo de dos horas no podía dar ni un paso más y se tumbó en el suelo. Se quedó dormido en seguida, y al despertarse vio brillar el sol entre las ramas de los abetos viejísimos. A su alrededor no había más que bosque y bosque, y una gran soledad.

Kásperle se sentó en una peña cubierta de musgo y se quedó muy triste. Ya estaba otra vez solo y perdido en el ancho mundo; ya no tenía a nadie para cuidarle y quererle un poco, ni amigos alegres para jugar con él. Se acordó de la casita del bosque. ¡Ay, si no se hubiera escapado de allí! Aquella casita era su único hogar. Le hubiera gustado tanto volver allí, pero ¿cómo encontrar el camino?

También recordaba el castillo donde vivía la amable Rosamaría. Pero en el castillo le conocían todos y le meterían preso. Y eso era lo que le daba más miedo. Sus peores enemigos eran el Duque y la prima Mumelina; al acordarse de ellos, saltó de la piedra y echó a andar huyendo por el bosque. Caminó horas y horas, y el bosque seguía y seguía; parecía no tener fin.

Al cabo de mucho tiempo, Kásperle se sentó otra vez en el suelo; estaba cansadísimo y hambriento. Sacó el pan que le había dado la buena mujer del maestro y empezó a comer con mucha tristeza. Y estaba así comiendo, cuando oyó un ruido en el bosque; pensó que sería algún arroyo que corría por allí cerca. Como tenía sed, se levantó y se acercó al sitio donde se oía el ruido. El bosque era algo más claro por allí, y Kásperle llegó a un arroyo que caía desde lo alto de unas peñas metiendo mucho ruido. En las orillas del arroyo ya no había tantos árboles, y en cambio había muchas matas de frambuesas. Las frambuesas maduras estaban caídas en el agua, y se veían muy bien, tan coloradas entre las piedras blancas del arroyo. Y había también matas de menta, y, en medio del agua, una islita llena de flores blancas, y muchas mariposas amarillas posadas en las flores. Y el sol brillaba en la espuma del agua que caía de las peñas, y el agua parecía de oro y tenía brillos de colores. Kásperle se quedó mirando todo aquello maravillado; era como un paisaje de cuentos de hadas.

Y era también como si todas aquellas cosas le llamasen: «¡Ven, Késperle, ven!» El agua le salpicaba la cara, las matas de frambuesas se doblaban con el peso de sus frutos, y Késperle aceptó la invitación: se sentó en la orilla y empezó a comer frambuesas con el pan, y bebió de aquel agua tan clara. Se quedó muy a gusto, se tumbó al sol junto al arroyo y se puso a escuchar el chapoteo del agua.

No lo escuchó mucho tiempo, porque se quedó dormido; durmió horas y horas, y llegó la noche, que era una noche de verano muy templada. Se despertó una vez y vio la luna que daba sobre el arroyo, y el agua corría como un chorro de plata; y había también muchas estrellas en el cielo oscuro. Todo era hermoso y tranquilo, y Késperle se estiró contento y se volvió a dormir.

y de pronto oyó, todavía medio dormido, oyó una voz que le decía:

-¡Eh tú, despierta! Késperle se sentó, asustado, y vio a su lado un niño. El niño no era mucho más grande que él; llevaba una camisita y unos pantalones llenos de remiendos, y un sombrero muy viejo con un enorme plumero de plumas de gallo. Parecía casi un guerrero antiguo. Aquel niño tenía una cara muy alegre, y a Késperle se le pasó el susto al verle y se echó a reír.

La risa de Késperle era algo contagioso. El niño del plumero se quedó primero mirando a Késperle muy asombrado, porque nunca había visto a nadie reírse de aquel modo y con una bocaza tan abierta; y de pronto se echó a reír él también. Késperle soltaba una carcajada y el niño otra, y así estuvieron los dos riéndose como locos un buen rato, y el eco les contestaba riendo desde las peñas. Al oírles, unas cabras se acercaron trepando sobre las piedras, y rodearon curiosas a los niños. Y de pronto, el niño del plumero gritó:

-¡Falta Rosamaría! -y salió corriendo por el prado.

¡Rosamaría! Késperle dejó de reír y se quedó muy asombrado. ¿Acaso estaba la hija del Conde allí en el bosque, o era que él había llegado cerca del castillo? Las cabras daban topetazos cariñosos a Késperle, pero él ni se enteraba. El niño del plumero volvió saltando; llevaba en brazos una cabrita blanca y pequeña, y dijo desde lejos:

-Aquí traigo a Rosamaría. Por poco se me pierde. Késperle se llevó una desilusión y dijo:

-¡Si Rosamaría es la hija del Conde, no es una cabra!

El niño del plumero se echó a reír:

-Tienes razón; no es un nombre de cabra. Pero es que Rosamaría ha nacido en un castillo; la trajo de allí la tía Bárbara, la campesina.

-¿Está cerca ese castillo? -preguntó Késperle algo asustado, creyendo que lo tenía allí mismo.

¿El castillo? El niño miró a Késperle un poco escamado. ¿Qué tenía aquel chico que ver con el castillo? Y dijo:

-Está bastante lejos; la tía Bárbara, que es de allí, tarda siempre varios días en ir y volver.

Késperle respiró tranquilo. Y entonces cayó en la cuenta de que no había desayunado y se sacó del bolsillo el último pedazo de pan, suspirando:

-¡Qué hambre tengo! -Yo también.

El niño del plumero se sacó del bolsillo otro trozo de pan y le dijo a Késperle :

-Yo vengo aquí muchas veces para coger frambuesas. Son las mejores del bosque, y nadie ha descubierto este sitio, ni siquiera Matías el Gruñón.

-¿Quién es ése? -preguntó Késperle cogiendo frambuesas y metiéndose las a puñados en la boca, igual que el niño; y el niño le contó que Matías el Gruñón era el guardabosques, y que vivía al lado del castillo Salto-del-Gamo, que era el pabellón de caza del Duque y estaba allí cerca.

-¿Vive el Duque aquí? -dijo Késperle, tan asustado que se le cayeron al arroyo el pan y las frambuesas. Consiguió pescar el pan mientras el niño le decía:

-¡Qué bobo eres! El Duque vive en la corte, muy lejos de aquí. Viene a cazar sólo dos veces al año, y el castillo está cerrado casi todo el tiempo. ¡No sabes nada! ¿De dónde has venido? ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

Kásperle suspiró hondo. Iba a soltar ya su cuento del pobre huerfanito, cuando vio los ojos claros y sin- ceros del niño, que le miraban tan serios, y agachó la cabeza avergonzado.

-¿Has hecho alguna cosa mala? -le preguntó de pronto el niño.

Kásperle le dijo que no, y le contó al niño quién era; le fue contando toda su historia, y el niño no se reía, sino que le escuchaba muy triste, y cuando Kásperle terminó de hablar, el niño le puso su mano morena en el brazo y le dijo:

-¡Pobre Kásperle! ¿Sabes una cosa? Yo quiero ser tu amigo. Me llaman Miquele el Cabrero y vivo en Pueblo-Alto. Toma, ¿quieres mi pan?

Miquele no sabía qué hacer para consolar a Kásperle, y por eso le dio su pan. No es que él llevara demasiado pan para su gran apetito de niño; pero pensaba que cuando uno se encuentra de pronto un amigo así en el bosque, bien puede uno pasar un poquito de hambre. Pero Kásperle vio que al niño no le quedaba más pan que aquel trozo, y propuso que se lo repartieran. De modo que lo partieron y se lo comieron con muchos puñados de frambuesas, y mientras comían decidían qué podría hacer Kásperle.

A Miquele le hubiera gustado que Kásperle se fuese con él, pero no podía ser, porque él mismo no vivía en su casa: Era hijo de una viuda muy pobre, que vivía monte abajo en otro pueblecito que estaba a varias horas de camino; el niño se había colocado de pastor para ayudar a su madre y a sus tres hermanos pequeños. En Pueblo-Alto dormía en el pajar de su amo, y por eso no podía llevar allí a otro niño. Kásperle suspiró y dijo:

-Tendré que seguir andando. Pero a Miquele se le ocurrió de repente una cosa y exclamó:

-¡Viva! ¡Tengo una idea estupenda, estupendísima! Kásperle preguntó cuál era la idea estupendísima, y Miquele le dijo que se le había ocurrido que Kásperle viviera en el castillo Salto-del-Gamo. Kásperle se quedó muy asombrado, pero Miquele le contó que en el castillo no vivía nadie, que Matías el Gruñón y su mujer no entraban allí casi nunca, y que él sabía que había una puertecita que estaba siempre abierta porque Matías el Gruñón había perdido la llave.

-Yo me he metido muchas veces por allí. Da gusto ver el castillo por dentro -y Miquele bajó la voz al confiar aquel secreto a su amigo-. Puedes vivir allí, y todos los días. Nos encontraremos y guardaremos juntos las cabras. Si le digo al ama que tengo mucha hambre, me dará más pan y nos lo repartiremos.

-Pero ¿y el Duque? -preguntó Kásperle asustado, como si el temido Duque fuera a aparecer de un momento a otro.

Miquele se echó a reír:

-No tengas tanto miedo, hombre. El Duque no viene a Salto-del-Gamo más que dos veces al año, y cuando vaya a venir, ya te enterarás a tiempo. Date prisa ahora, que te voy a enseñar la puertecita del castillo.

El niño se levantó y miró a ver qué hacían sus cabras; pero las cabras no tenían ya ganas de trepar por las peñas, y estaban echadas en un prado descansando de haber comido tanto, así que los dos niños se pudieron marchar tranquilos.

Kásperle se sorprendió de lo cerca que estaba el castillo. Atravesaron un trocito de bosque, y allí estaba ya, en medio de una pradera, el caserón gris con una gran torre y un aspecto bastante sombrío. Apartada del castillo, en el borde de la pradera, había una casita que era la vivienda del guardabosques. Todo estaba como muerto y cuando los niños se acercaron no se oyó ni el ladrido de un perro.

Miquele llevó a su amigo a lo largo del muro gris y le enseñó una puertecita que había al lado de la torre; la puerta estaba casi oculta por unos matorrales. Miquele dijo a Kásperle:

-Por aquí puedes entrar y salir sin que te vean. Se metieron entre los matorrales, Miquele empujó

la puertecilla y entraron en el castillo por un corredor 'estrecho. Miquele iba delante muy decidido, y Késperle le seguía un poco asustado; pero como no se oía el menor ruido se le fue quitando el miedo.

Fueron abriendo puertas y atravesando habitaciones y subieron por varias escaleras, y Miquele casi se ofendió cuando le dijo Késperle :

-El castillo del Conde era más bonito. -No hay nada más bonito que esto -dijo Miquele abriendo una puerta. Vieron un salón menos sombrío que las habitaciones que acababan de atravesar; allí había muebles claros y alegres. Los sofás y las butacas estaban tapizados de seda rosa, y por las paredes había cuadros con marcos dorados, y en el techo unas pinturas de ángeles con guirnaldas de rosas.

Késperle dijo que aquello sí que era más bonito que el castillo del Conde, y Miquele, que antes se había ofendido, se puso al fin contento. A Késperle ya le parecía una buena idea el vivir en aquel castillo; sobre todo cuando llegaron a una habitación muy bonita donde había una gran cama dorada.

-Me gustaría dormir aquí -dijo Késperle. -Hombre, me parece que éste es el cuarto del Duque -dijo Miquele-. No puedes dormir aquí.

Pero Késperle se metió de un salto en la cama, y gritó:

-¡Estupendo! ¡Qué bien se está! A Miquele le entraban ganas de echarse también en la cama dorada, pero se acordó de sus pobres cabras que se habían quedado solas, y dijo que tenía que ir a cuidarlas. Késperle saltó entonces al suelo y dijo:

-Yo voy contigo. Salieron del castillo y volvieron a la pradera, encontraron a las cabras comiendo hierba muy tranquilas, y se sentaron a hacer proyectos.

Miquele decía que todos los días pasaría por delante del castillo para recoger a Késperle; silbaría, y Késperle saldría a jugar con él y a ayudarle a guardar las cabras, y se repartirían el pan que le diera su ama.

Los dos pequeños estaban muy contentos pensando en los buenos ratos que iban a pasar juntos; pero Késperle dijo de pronto con mucho miedo:

-Pero ¿y si viene el Duque? -Bueno, antes del otoño no viene nunca. Entonces Késperle se tranquilizó del todo. Al caer la tarde, los dos amigos reunieron a las cabras y se marcharon del prado. Al llegar frente al castillo se separaron, y Késperle se metió entre los matorrales, abrió la puertecita y entró solo en el castillo.

Sus pasos resonaban en los corredores, y empezó a sentir miedo. Tenía ganas de salir de allí y de irse con Miquele, pero recordó la cama dorada en la que pensaba dormir, y subió corriendo las escaleras, atravesó muchas habitaciones y entró en la del Duque. Se metió de un salto en la cama, se tapó hasta las orejas y se quedó dormido. Todo estaba tan tranquilo que durmió de un tirón, y apenas oyó entre sueños un sonido lejano como de una trompeta, pero no puso atención.

En la pradera, delante de la casita forestal, Matías el Gruñón tocaba una canción con su cuerno de caza. Era una canción de cuna, que sonaba muy bien allí en medio de la noche, junto al bosque silencioso. Y luego el guardabosques dejó de tocar, y sólo se oía el rumor de los árboles. Seguramente se estaban contando unos a otros que en el castillo había entrado un visitante pequeño y extraño, y que nadie lo sabía, ni siquiera el guardabosques.

Késperle hace de fantasma

Cuando Késperle se despertó en la cama dorada el sol entraba ya entre los cortinajes de la habitación. El pequeño saltó de la cama y se acercó a mirar por la ventana, aunque Miquele le había dicho que tuviera mucho cuidado. Vio la pradera y el bosque, iluminados por el sol de la mañana, y hasta él llegaron los cantos de los pájaros que saludaban al nuevo día. ¡Qué bien cantaban! A Késperle

le entró mucha alegría y se puso a cantar también. Menos mal que no había nadie en el castillo, porque cuando Késperle cantaba daban ganas de salir corriendo. Su voz sonaba como diez puertas sin engrasar y tres veletas oxidadas; pero a Késperle le encantaban sus gorgoritos y recorrió canturreando todo el castillo. Subió unas escaleras, bajó otras y se encontró de pronto en la cocina. Entonces se dio cuenta de que tenía un hambre horrible y dejó de cantar.

Empezó a mirar en todos los armarios y en los pucheros, pero no había nada de comer. Se acordó entonces de las despensas del castillo del Conde, suspiró y ya iba a salir de la cocina, cuando se fijó en una puerta que había en un rincón. La abrió de golpe y vio un cuartito oscuro que olía maravillosamente. Késperle olfateaba como un perrillo, buscaba con los ojos y vio de pronto que del techo del cuartito colgaban largas ristras de chorizos y salchichas, varios jamones y toda clase de embutidos. Késperle había descubierto la despensa, donde estaban toda vía los restos de la última visita del Duque.

-¡Aaah, qué cosas más ricas! No se paró a pensar si debía o no debía echar mano de aquéllo. Dio un brinco, y otro, y otro, hasta que alcanzó un chorizo. Tiró de él y consiguió descolgarlo. Salió de la despensa dando brincos de alegría con su chorizo en la mano, y se fue a la puertecilla del muro por donde tenía que pasar Miquele silbando.

Miquele tardó un rato en llegar, y Késperle se entretuvo dando mordiscos al chorizo. Cuando al fin llegó Miquele el pastorcillo, el chorizo se había encogido bastante.

Miquele se quedó boquiabierto cuando Késperle le contó lo que había en la despensa. Y luego dijo muy preocupado:

-No puedes comerte los embutidos, Késperle. ¡Son del Duque!

Pero Késperle no se preocupaba por tan poca cosa. Dijo que los embutidos no le importarían nada al Duque, que se habría olvidado ya de ellos. Y Miquele se dejó convencer.

Aquel día comieron el pan con chorizo y frambuesas, y lo pasaron muy bien junto al arroyo. Al anochecer, Miquele volvió al pueblo con las cabras y Késperle entró en el castillo solitario. No se puso a explorar las habitaciones, sino que se metió en seguida en la cama dorada. Durmió de un tirón, hasta que la luz del sol empezó a entrar entre las cortinas, y se despertó de un humor muy bueno. Se levantó, corrió a la despensa y descolgó otra ristra de longanizas; y con ella en la mano esperó a Miquele en la puerta de la torre. Pero el pastorcillo, al llegar, le dijo en voz baja y agitada:

-¡Escóndete, escóndete! Késperle se metió corriendo entre las matas, y Miquele se acercó y le dijo al oído:

-Matías el Gruñón está en la pradera. ¡Ve con cuidado, que no te vea!

El guardabosques encontró algo raro que el pastor- cito pasara con sus cabras tan cerca del castillo; pero no vio a Késperle, que se había metido entre las cabras, y que fue andando a cuatro patas hasta llegar al bosque.

Los dos amigos pasaron otro día muy agradable; llegó la noche, luego la mañana, y así fueron pasando los días, y hacía mucho sol y los amigos estaban muy contentos.

Késperle llevaba ya una semana allí, y una mañana se despertó y se quedó muy sorprendido al ver lo os- curo que estaba.

-A lo mejor es todavía de noche -pensó. Pero entonces oyó un ruido de agua, miró por la ventana y vio que estaba lloviendo con mucha fuerza, como si echaran agua del cielo a jarros. Había nubes bajas y oscuras y el bosque estaba quieto y sin voces de pájaros. Miquele no llegó aquella mañana con sus cabras: se había quedado en el pueblo y estaba ayudando a su ama a limpiar verduras, mientras pensaba en su amigo Késperle.

Késperle también pensaba en Miquele. Se aburría solo en el castillo, y como no sabía qué hacer, empezó a recorrer las habitaciones, los corredores y todos los rincones que no había explorado toda vía. Iba sentándose en todas las butacas, se revolcaba en los sofás y al fin volvió al cuarto del Duque.

En aquel cuarto había muchos cuadros, y uno de ellos era el retrato de una pastora que llevaba un corderito con una cinta azul.

Aquel cuadro le gustaba mucho a Késperle. Para verlo mejor, se acercó a él hasta pegar la nariz al cordero. Entonces notó que en el lazo del cordero había un bulto, y, lleno de curiosidad, lo tocó y apretó. Y, de pronto, con un ruido suave y rápido, el cuadro se movió y se separó de la pared como si fuera una puerta, y Késperle vio con gran sorpresa que en la pared había un cuartito oscuro, del que salía un aire húmedo.

Késperle se llevó un susto tremendo y de un salto se metió en la cama, se tapó la cabeza con las mantas y se quedó un rato temblando. Pero no se movía nada, y sólo se oía el ruido de la lluvia en la ventana. Késperle fue sacando la cabeza de las mantas poquito a poco, y miró la puertecilla secreta que había estado oculta por el cuadro. La puertecilla seguía abierta, y en el cuartito oscuro no se veía ni se oía nada.

Késperle respiró con fuerza.. Tenía miedo, pero también mucha curiosidad. Y como la curiosidad era más fuerte que el miedo, se bajó de la cama y se acercó a la puerta secreta. Se veía un cuartito pequeño y estrecho que tenía una escalera al fondo. En el cuartito había una suave luz verdosa, y Késperle vio que entraba por una ventanita redonda tapada por la hierba de fuera.

Había allí también un arcón viejo, y Késperle lo abrió en seguida para curiosear.

¡Santo cielo, lo que había allí! En el fondo del arcón vio Késperle varias copas de oro y de plata, una cadena de oro y un saco lleno de oro. Cubriéndolo todo había una tela de terciopelo rojo, que estaba ya muy desteñida. Késperle se echó la tela por los hombros, se puso al cuello la cadena de oro y se paseó por el cuartito. Luego le entró otra vez la curiosidad, dejó las cosas en el arcón y empezó a bajar, escalón a escalón, la escalerita que salía de la cámara secreta. La verdad es que tenía bastante miedo, y cuando le llegó desde abajo una ráfaga de aire húmedo, subió corriendo y volvió a refugiarse en el cuarto del Duque. Quiso colocar en su sitio el cuadro de la pastora, y no era nada fácil, hasta que de pronto se oyó como un chasquido y el cuadro se pegó a la pared, donde estaba antes, y ya no se veía ni rastro del cuarto secreto.

Késperle volvió a buscar el botón del lazo del cordero, lo encontró, apretó con fuerza, y la puerta se abrió otra vez.

-Me gustaría que Miquele viera esto -pensó Késperle, cerrando de nuevo la puerta.

Entonces recorrió el castillo y miró despacio todos los cuadros, porque creía que detrás de cada cuadro iba a haber una cámara secreta. Pero no se abrió ninguna puerta, por más que tanteó en los ojos, las narices y los botones de las casacas de todos aquellos caballeros y damas tan serios, cuyos retratos adornaban las paredes del castillo.

Ya se había hecho tarde, y Késperle se metió en la cama, pensando que a lo mejor al día siguiente haría buen tiempo.

Pero siguió lloviendo. La mañana siguiente fue aún más oscura, el bosque apareció más sombrío y callado, y Miquele se quedó otra vez en el pueblo con las cabras. Késperle se aburría, y empezó a recorrer el castillo. Registró a fondo el cuartito secreto, y bajó un poco por la escalerita, pero no se atrevió a bajar del todo.

Fue a la despensa y descolgó una ristra de salchichas; pero no le gustaron tanto como cuando se las comía en el bosque con el pan de Miquele y frambuesas del arroyo. Y seguía lloviendo, lloviendo sin parar; y al otro día, lo mismo.

Késperle estaba ya harto y aburrido y se quedó en la cama, hasta que de pronto, por la tarde, la habitación se llenó de luz muy clara. Késperle saltó de la cama y miró por la ventana: acababa de salir el sol. Se veían trozos de cielo muy azul, y las nubes se iban alejando. ¡Qué bien, mañana haría un tiempo hermoso!

Késperle se puso a bailar por el cuarto. Luego empezó a corretear por el castillo; subió, bajó, descolgó de la despensa un salchichón enorme para llevarlo al día siguiente al prado, y se acostó pensando en que ya pronto vería a Miquele.

Aquella noche salió la luna. Era una luna muy pálida y le faltaba un buen pedazo, pero daba una luz muy clara que iluminaba la pradera del castillo.

Késperle se despertó de madrugada, creyendo que estaba lloviendo otra vez; se asomó a la ventana, y vio brillar la luna; y el ruido que oía no era la lluvia, sino el trote de un caballo que pasaba hacia la casa del guardabosques. Y Késperle vio que un caballero bajaba del caballo y entraba en la casita de Matías el Gruñón. A Késperle le entró miedo y se metió en la cama y se tapó la cabeza con la colcha de seda, y luego se quedó dormido.

Por la mañana, al despertarse, Késperle se dijo asombrado:

-¿Qué será eso? Se oían pasos, voces, toda clase de ruidos en el castillo. Y de pronto oyó una voz que decía:

-¡Matías, vamos ahora a limpiar la cámara del Duque!

Késperle se tiró de la cama de un brinco, muerto de miedo. ¡Había gente en el castillo! Estuvo unos momentos sin saber qué hacer; luego, de pronto, se acordó del cuartito secreto. Fue al cuadro, apretó el botón, se abrió la puertecilla, y cogiendo sus cosas y el salchichón se metió en el cuartito. Fuera en el corredor se oían ya pasos y voces, y apenas había cerrado la puertecita secreta, cuando el guardabosques y su mujer entraron en la habitación del Duque.

Késperle oyó un grito; la mujer del guardabosques había visto la cama deshecha y gritaba:

-¡Matías, Matías! ¿Ves como ha estado alguien en el castillo? ¡Ay Dios mío, si hasta han dormido en la cama del Duque! ¡Como Su Alteza lo llegue a saber!

El guardabosques gruñía y decía palabras feas, y Késperle le oyó decir que tenía que haber sido un fantasma, porque si hubieran sido personas de carne y hueso él lo hubiera notado, y además las puertas estaban cerradas.

-¡Matías, la puertecita de la torre estaba abierta! -dijo su mujer-. ¿Te acuerdas, la puerta que se quedó sin llave? ¡Ay Dios mío, mira que si han robado algo!

La mujer lloraba, el guardabosques gruñía, y Késperle le oyó decir que iba a echar el cerrojo a la puertecilla de la torre.

-No, no; cierra con la barra grande de hierro, que es más segura -dijo la mujer.

Késperle se asustó. Si el guardabosques cerraba la puerta con una barra de hierro, no podría salir. Y oyó que la mujer decía:

-¡Y mañana llega ya el Duque! ¡Date prisa, Matías, que tenemos que limpiarlo todo!

¡Por todos los Santos del cielo! ¡Al día siguiente llegaba el Duque, y la puerta iba a estar cerrada! ¿Cómo podría salir para reunirse con Miquele? Késperle pensó:

-Me descolgaré de noche por una ventana, y dormiré en el bosque.

Se consoló con aquella idea, y se quedó aburrido en el cuartito secreto, porque el guardabosques y su mujer andaban por el castillo trajinando en las habitaciones y no se atrevía a salir de su escondite; pero cuando oscureció, el castillo se quedó en silencio, y Késperle abrió la puerta secreta con medio salchichón bajo el brazo porque se había comido el otro medio; atravesó de puntillas el cuarto del Duque, se fue a la puerta del corredor, trató de abrirla... y vio que estaba cerrada con llave.

Se había quedado encerrado. Quiso entonces abrir la ventana, pero recordó que tenía reja por fuera. Es- taba prisionero, no había manera de salir. Késperle se echó a llorar, gritó y pataleó, pero no le sirvió de nada; no podía salir del cuarto.

Cansado y furioso se metió en la cama del Duque, que tenía ahora sábanas limpias y finísimas, se revolvió sobre la almohada llorando y se quedó dormido.

Aquella noche no durmió tan bien como de costumbre; de vez en cuando se despertaba sobresaltado. Ya la mañana siguiente oyó de pronto muchos ruidos: trompetas, coches de caballos,

voces y órdenes. Se levantó asustado y miró por la ventana: y vio al pie del castillo una fila de caballeros que acababan de llegar y varias carrozas. El Duque había hecho el viaje muy temprano para no pasar calor durante el día.

¡El Duque, su peor enemigo! ¡Ay Señor, Señor! Kásperle le vio descender de su carroza, y de un brinco se escondió en la cámara secreta. Temblaba: de miedo, y se echó desesperado encima del arcón de los tesoros. ¿Cómo iba a salir de allí?

Se oyeron más ruidos en el castillo; desde el cuarto secreto, Kásperle podía distinguir los pasos en los corredores, y luego oyó que se abría la puerta del cuarto del Duque y que alguien empezaba a gritar:

-¡Cielos, la cama! El tonto de Kásperle no se había acordado de arreglar la cama. Desde su escondite, reconoció las voces: La que chillaba era la mujer del guardabosques, que aseguraba y repetía que había dejado la habitación bien ordenada, y que había un fantasma en el castillo. Y contaba cómo el día anterior se habían encontrado todas las puertas abiertas, y la cama del Duque revuelta. Eso sólo podía ser obra de un fantasma. No dijo nada de los embutidos desaparecidos, porque nadie se había dado cuenta de aquello; y tampoco habló de la puertecita de la torre para que no regañaran a su marido por haber perdido la llave.

A Kásperle le entró risa al oír repetir a la mujer: - ¡Hay un fantasma en el castillo! ¡Hay un fantasma!

Kásperle se tapó la boca con la mano para no soltar la carcajada. Y como no sabía cómo desahogar su risa, se puso a dar pataletas al aire. Y entonces, dio sin querer una patada a una de las copas de plata, que rodó con gran estrépito por el suelo.

En el cuarto del Duque se oyeron gritos. El Duque preguntaba:

-¿Qué ha sido eso, qué ha sido eso?

Y la mujer del guardabosques repetía entre chillidos :

-¡Es el fantasma, es el fantasma!

-¡Que registren todo a fondo! -ordenó el Duque-. ¡Y que los guardias rodeen el castillo! ¡Pronto, registrad todos los cuartos!

A Kásperle le daba brincos el corazón. Oyó las órdenes en los corredores, y también oyó que en el cuarto

de al lado alguien decía que había que llamar al médico, porque el Duque se había puesto enfermo del susto. ¡Ay Santos de toda la corte celestial! Si el Duque estaba enfermo, se metería en la cama, y Kásperle se quedaría encerrado sin remedio.

Pues sí, el Duque se metió en la cama. Aquel día había madrugado mucho, y para él aquello era la peor enfermedad. Mientras llegaban el médico y los criados le traían al Duque un buen desayuno, Kásperle estaba allí sentado en el arcón del cuarto secreto, dando mordisquitos al salchichón. Ya no le apetecía nada, porque tenía sed y se estaba acordando del agua clara del arroyo, y de cuando la bebían tan contentos Miquele y él.

Poco a poco fue oscureciendo en el cuartito secreto, las ramas de hiedra apenas dejaban pasar la luz y ya se iba haciendo de noche. Al final Kásperle se vio rodeado de la oscuridad completa. Pero de pronto, vio un rayito de luz, que entraba por un agujerito de la pared. Se subió con cuidado al arcón, y vio que aquel agujerito daba al cuarto del Duque. Por la parte del cuarto, el agujero estaba disimulado en el cuadro de un caballero antiguo; en la espada de aquel caballero había una pequeña abertura que no se notaba, y era por donde Kásperle podía mirar.

Vio al Duque en la cama, y al médico que estaba sentado a su lado, y a otros dos señores. Uno de aquellos señores era el Conde, el padre de Rosamaría. Estaban hablando del extraño desorden en que habían encontrado el castillo; el Duque se lo contaba al Conde, que había llegado después. Kásperle escuchó con atención apretándose contra la pared. Y de pronto exclamó el Duque:

-¿Qué son esos ruidos? Parece que frotan o raspan la pared.

Kásperle, asustado, se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y se cayó del arcón haciendo un ruido tremendo. ¡Qué griterío se volvió a oír en el cuarto del Duque!

-¡Debe de estar al lado, en el comedor! -gritaba el Duque-. ¡Corred, corred, a ver si lo descubrís!

Se oyó correr a todos hacia el enorme comedor que estaba al lado del cuarto del Duque. Las paredes del castillo eran anchísimas, y a nadie se le ocurrió pensar que detrás de los grandes armarios del comedor el muro podía ser más delgado. Abrieron los armarios, sacaron todo lo que había dentro, pero no encontraron ningún fantasma. Y nadie pensó que entre la pared de la habitación del Duque y la del comedor había un cuartito secreto.

El pobre Duque se puso malísimo del susto. Cuando Kásperle se atrevió a mirar otra vez por el agujerito de la pared, le vio tomando una taza de tila, y oyó que un criado decía:

-¡Con tal de que el fantasma no sea Kásperle! - ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Qué te hace pensar que es Kásperle? -El Duque se sentó en la cama muy excitado y puso una cara tan feroz que Kásperle se quedó encogidito de miedo.

-Sí -decía el criado-; un guardia ha contado que hace algunos días estuvieron a punto de coger a Kásperle en El Descanso; pero, sin saber cómo, desapareció. Y desde entonces no han vuelto a ver a Kásperle en ninguna parte. Como El Descanso está cerca de aquí, bien pudiera el pícaro haberse escondido en este castillo.

Pero el Duque dijo que no le parecía tan claro, y que seguramente lo que había en el castillo era un fantasma.

-Perdone vuestra Alteza -dijo el mayordomo, entrando en aquel momento en el cuarto-. Pero un fantasma no come embutidos, y la despensa está medio vacía.

Entonces todos empezaron a decir que era verdad, que los fantasmas no comían chorizo ni salchichas, y que eso era más bien propio de Kásperle. Y al contar el mayordomo la cantidad de embutidos que faltaban de la despensa, el Duque ordenó, hecho una fiera:

-¡Que busquen en los sótanos, en los desvanes, por todas partes! ¡Que busquen hasta en las chimeneas! ¡Y al que encuentre a Kásperle, le daré una gran recompensa: le haré Conde, si no lo es ya! ¡ Y a ese Kásperle, a ese bandido, a ese monigote, ya le daré yo su merecido!

Y como estaban hablando todos a la vez y discutiendo dónde podría haberse escondido el pequeño bandido, no oyeron el suspiro que se le escapó a Kásperle. ¡Ahora sí que se había metido en un aprieto! Estaba encerrado, le buscaban y sólo Dios sabía lo que harían con él al encontrarle. Mientras los demás discutían en el cuarto del Duque, Kásperle se echó en el suelo para ver si durmiéndose se le pasaba el miedo. Durmió muchas horas, y los otros fueron calmándose poco a poco; se habían cansado de buscarle y decían:

-Ha tenido que ser un fantasma, y a los fantasmas es inútil buscarles.

El Duque también estaba dormido en la hermosa cama dorada que tanto le gustaba a Kásperle. Y Kásperle se despertó a media noche, porque la luna le daba en la narizota. La luna entraba por la ventanita redonda y alumbraba muy bien el cuarto secreto.

-¡Ay! -suspiró Kásperle-. ¡Cómo me gustaría estar en la pradera del bosque!

Y se sintió tan solo y abandonado, que dio unos suspiros fuertísimos.

-¡Juan! -exclamó el Duque, despertándose-. ¿No has oído? Parecían suspiros.

-Sí, Alteza, me parece que he oído suspiros -contestó el criado medio dormido-; no cabe duda de que es un fantasma.

A Kásperle le hizo gracia que le tomaran otra vez por un fantasma, y se puso a suspirar más fuerte, y más fuerte todavía. Y entonces oyó que el Duque decía que encendieran todas las luces para ver de dónde venían los suspiros. Kásperle se quedó muy callado porque la gente empezó otra vez a entrar en el cuarto del Duque. Oyó llegar a los criados, al mayordomo y a varios caballeros, y todos se

ponían a escuchar por si oían los suspiros. Pero como Késperle ya no hacía ruido, se volvieron todos a la cama.

Apenas se había dormido el Duque, cuando los suspiros se escucharon de nuevo.

-¡Ya está el fantasma suspirando otra vez! El Duque gritaba, el criado gritaba, y los otros volvieron a entrar en el cuarto y se pusieron a escuchar, pero no oyeron nada. Késperle empezó a dar volteretas, muerto de risa, y ¡púmbala!, dio una patada al arcón, que resonó como un tambor.

-¡El fantasma, el fantasma!

Al oírles gritar, Késperle se quedó muy calladito; y de pronto oyó decir a alguien que por la mañana tantearían las paredes palmo a palmo, porque a lo mejor habían emparedado en los tiempos antiguos a alguna persona, y su espíritu estaba rondando por allí.

-Sí, es una buena idea -dijo el Duque-. Que traigan mañana al constructor de la Corte.

Al oír aquello, Késperle perdió el buen humor. La cosa se iba a poner muy fea. Si el constructor empezaba a estudiar las paredes y a golpearlas, encontraría la puertecita secreta y él quedaría al descubierto. Ya no hizo ningún ruido más, y el Duque consiguió dormir tranquilo. Pero Késperle no podía dormir; pensaba en alguna manera de escaparse, y decidió bajar la escalerilla secreta en cuanto fuera de día. Tal vez pudiera huir por allí.

Cuando salió el sol y entró un poco de luz en el cuartito, Késperle se dispuso a huir. Cogió el último trozo de salchichón y el saco de monedas del arcón; al levantar el saco, las monedas chocaron unas con otras con mucho ruido, y el Duque se despertó otra vez. Pero como todo se quedó luego en silencio, el Duque creyó que había soñado, se tranquilizó y llamó para que le trajeran el desayuno. Késperle le oyó pedir chocolate, cuando ya bajaba la escalerilla, y pensó que le gustaría mucho más beber un tazón de chocolate que meterse en aquel agujero tan oscuro.

Al llegar al final de la escalera, tanteó las paredes con las manos; eran unos muros fríos y húmedos, que formaban un pasadizo estrecho. Késperle sintió en las piernas el roce de unas piedras, pensó que eran ratas, y dio un grito. El eco le devolvió el grito, y allá en la cocina, la cocinera dejó caer la taza de chocolate del Duque y suspiró:

-¡San Antonio bendito! ¡Ahora andan los fantasmas por aquí! ¡Escuchad, escuchad!

Los pinches y las muchachas habían oído también el grito de Késperle, que estaba en aquel momento en el pasadizo, justo debajo de la cocina. Aquel pasadizo era larguísimo, no se le veía el fin. Y Késperle suspiró aliviado cuando vio al fondo un poco de luz, allá a lo lejos. Echó a correr tan de prisa como pudo con el saco de monedas, y de pronto vio que tenía delante unos matorrales muy espesos. Se arrastró entre las ramas, y al salir de los matorrales se encontró en medio del bosque. El castillo estaba a su espalda, bastante lejos. Késperle pensaba seguir corriendo para que no le encontraran los guardias, pero en esto sintió que le abrazaban. Se volvió, y vio a Miquele que gritaba muy emocionado:

-¡Por fin has venido, por fin! Késperle cogió de la mano a Miquele y echaron a correr; las cabras les seguían saltando, y sólo cuando se vieron bien dentro del bosque empezó Késperle a contar sus aventuras.

-Toma -le dijo a Miquele entregándole el saco de monedas-. Mira lo que te he traído.

Pero Miquele no quiso tocar el saco; miró asustado a su amigo y le dijo en voz baja:

-¡Késperle, ese dinero es del Duque! ¡Lo has... robado!

-¡Qué va! -dijo Késperle asombrado-. ¡Lo he encontrado!

-¡ Pero el castillo es del Duque, y todo lo que hay en el castillo le pertenece!

Miquele, a pesar de que siempre había deseado ser violinista en lugar de pastor, no quería saber nada de aquel dinero; y dijo a su amigo:

-Tienes que devolverlo. No puedes quedarle con lo que no es tuyo; ya estaba bastante mallo de las salchichas.

A Késperle no le servía de nada dar sus razones. Miquele no se dejaba convencer. Entonces Késperle se quedó mirando a su amigo muy pensativo y dijo despacio:

-Tú eres bueno, Miquele.

Y bajó la cabeza, avergonzado de no ser más que un késperle travieso. Cómo le hubiera gustado ser un niño de verdad, un niño bueno como Miquele. Estaba tan arrepentido, que dijo que volvería por el pasadizo para dejar el dinero en su sitio, aunque el recuerdo del larguísimo subterráneo le horrorizaba.

-Sí, vete en seguida -le aconsejó Miquele-, antes de que el constructor empiece a registrar las paredes y encuentre la puerta secreta.

Miquele se sacó del bolsillo un cabo de vela y una caja de cerillas; estaba muy orgulloso de aquellos tesoros, pero se los entregó a su amigo.

Así que Késperle, a pesar de su miedo, volvió a me- terse entre los arbustos y entró en el subterráneo. Una vez dentro, encendió el cabo de vela, y con aquella luz ya le parecía menos horrible aquel lugar. Llegó a la escalera, subió al cuartito, y de pronto se sintió muy valiente y lanzó el saco de monedas contra la puertecilla secreta, para dar un buen susto al Duque.

Pero ¿qué era aquello? ¡La puerta empezó a abrirse! El saco había dado contra el mecanismo de la cerradura.

Se oyó un grito y Késperle echó a correr como un loco escaleras abajo por el pasadizo adelante, de prisa, de prisa. Se le apagó la vela y no se atrevió pararse a encenderla. Corrió y corrió hasta ver la claridad de la salida, se arrastró entre las ramas y salió todo sofocado al bosque. Vio a Miquele con sus cabras en un prado y le gritó:

-¡A escaparnos! ¡De prisa! Miquele creyó que había pasado algo malo. Reunió a sus cabras y les hizo dar una carrera tremenda. Llegaron sin aliento al arroyo, donde se habían encontrado por primera vez; y Késperle se tiró en la hierba porque no podía más. Miquele le llevó agua, le dio pan, y al cabo de un rato pudo Késperle contarle lo que había pasado. Késperle miraba a Miquele de reojo. ¿Qué pensaría su amigo?

Pero Miquele era también un chiquillo, y le gustaba hacer trastadas. Se echó a reír y dijo que el Duque estaría contentísimo con el saco de monedas, y que ahora ya sabrían en el castillo dónde estaba la cámara secreta de los tesoros.

-Pero ahora sí que te has quedado sin techo -dijo Miquele con pena-. Aquí entre las rocas hay una cueva pequeña, pero no podrás vivir en ella mucho tiempo. y ¿ qué vas a hacer, cuando yo no venga más?

Miquele estaba muy triste y Késperle no entendía nada. ¿Por qué no iba a venir Miquele al bosque? Entonces el pastorcillo le contó que pronto se reunirían los rebaños de vacas y de cabras para marcharse del pueblo hacia los pastos altos de las montañas. Y que él tenía que irse también con ellos, para ayudar a bajar la leche el pueblo.

-¡Pues me iré contigo! -dijo Késperle, pensando que sería muy divertido vivir en las cabañas del monte. Pero Miquele dijo que no podía ser.

-No, no puede ser, Késperle. Si te quedas por aquí, te encontrarán. Ya ha estado en el pueblo un guardia preguntando por ti. Tienes que marcharte.

Késperle se quedó muy triste. Ya no le gustaba nada la idea de recorrer mundo. Se acordó de la casita del bosque. ¡Si pudiera volver allí! Pero no sabía el camino; había dado muchas vueltas desde que salió de la casita, y ya no recordaba los sitios por donde había que pasar. Miquele tampoco conocía aquel lugar, pero le dio buenos consejos. El último día le regaló un pan muy grande que le había dado la maestra, y le dijo que fuera caminando por las montañas sin pasar por los pueblos, hasta llegar al Principado vecino; allí ya no podría hacerle nada el Duque.

-Cuando veas un poste pintado de azul y amarillo, allí es la frontera.

Kásperle prometió acordarse de todo y no hacer imprudencias. Y siguiendo el consejo de Miquele, se metió en la cueva de las peñas y durmió allí mejor que en el cuarto secreto del castillo, mientras su amigo subía al pueblo con las cabras.

Kásperle aprendiz de jardinero

El saquito con monedas, que Kásperle había tirado con tanta fuerza contra la puerta secreta, le dio al Duque en pleno estómago. Rodaron por el suelo el saquito y la taza de chocolate, mientras el Duque daba tales gritos que parecía que Kásperle había sido su maestro:

-¡El fantasma, el fantasma! y todos los criados volvieron a entrar gritando en la habitación y se quedaron boquiabiertos al ver el agujero de la pared y la cámara secreta. Pero ninguno se atrevía a entrar allí. Tenían miedo de que el fantasma estuviera escondido en algún rincón. Por fin llegaron los caballeros, entre ellos el padre de Rosamaría, y entraron en la cámara, vieron el arca de los tesoros, encontraron la escalera y bajaron al pasadizo.

El pobre Duque estaba en su cama, más pálido que un muerto, y el médico le daba gotitas para el estómago y le recetó otra taza de tila.

Pero antes que la tila llegó un caballero con una punta de salchichón en la mano y dijo:

-Al fantasma se le ha debido de caer esto. Y como no creo que los fantasmas coman salchichón, tiene que haber sido una persona.

-¡Ha sido ese Kásperle! -gritó el Duque-. ¡Estoy seguro de que le he visto al abrirse la puerta secreta!

El Conde dijo que a él también le parecía que había sido Kásperle, porque a ningún ladrón se le ocurriría ponerse a jugar a la pelota con un saco de monedas de oro. Los ladrones prefieren llevarse el dinero.

El Duque ordenó:

-¡Que registren toda la región! ¡Ese bandido tiene que estar escondido en alguna parte!

Aquella noche, al subir al pueblo con sus cabras, Miquele pasó muy cerca del castillo. Se encontró con una criada que trabajaba en la cocina del Duque, y le hizo varias preguntas hasta que la muchacha le contó todo lo que estaba pasando. Miquele se quedó muy preocupado y por la noche no pudo dormir bien, pensando en el peligro que corría Kásperle.

A la mañana siguiente sacó su rebaño tan temprano, que la campesina se puso a protestar y a decir que aún era hora de dormir. Miquele pasó otra vez junto al castillo, y vio que todo estaba en calma. Pero en el sitio donde el pasadizo subterráneo salía al bosque había un guardia vigilando. El guardia miró a Miquele con desconfianza y le dijo:

-Ten cuidado hoy con tus cabras, niño, porque van a registrar todo el bosque con cazadores y perros.

Miquele salió corriendo a tal velocidad que las pobres cabras apenas podían seguirle, por más que brincaban. El guardia se echó a reír. Pero no sabía que Miquele no tenía miedo por sus cabras, sino por Kásperle.

Miquele encontró a Kásperle sentado en una roca, y le contó muy excitado el nuevo peligro que iba a correr.

-Quédate en la cueva -le dijo-. Pondré muchas ramas delante y no te verán.

Así lo hizo. Reunió muchas ramas y las fue colocando en la boca de la cueva con tan buena maña que no se notaba que allí había un agujero. Kásperle se quedó sentado dentro de la cueva y Miquele fuera, y charlaban cada uno desde su sitio.

Llegó el mediodía, y como el bosque estaba muy tranquilo, Késperle dijo que quería salir un poquito. Pero en aquel momento se oyeron a lo lejos muchos ladridos y voces de hombres. Los dos amigos se quedaron callados y temblando, porque el ruido de los cazado- res se acercaba cada vez más. Y de pronto salió del bosque Matías el Gruñón con dos cazadores. Al ver a Miquele tan quietecito guardando sus cabras, el guardabosques le preguntó:

-¿Has visto correr a alguien por aquí? -No, no ha corrido nadie -dijo Miquele, y por dentro le entró risa y pensó-: «No he mentido, porque el que está sentado en la cueva no puede correr».

Los cazadores siguieron buscando. Claro que uno de los perros se acercó a olfatear el rastro de Késperle, pero Miquele empezó a gritar:

-¡Ay, mis cabras, ay, que quiere morder a mis cabras!

Y Matías llamó al perro, y Késperle se quedó sano y salvo dentro de la cueva.

Luego no volvió a pasar nada, y por la tarde Miquele subió al pueblo con su rebaño y Késperle se quedó solo en la cueva y se acordó con pena de la cama dorada del Duque, con la colcha de seda y los colchones tan blanditos.

Y al fin amaneció otra vez. Era el día de la despedida. Miquele llegó con el pan y las cabras, que pastaron por última vez en aquella pradera. Los dos amigos estaban muy tristes, y cuando Miquele dijo que ya tenía que marcharse, Késperle se echó a llorar con gran amargura. El pastorcillo quiso consolarle, pero a Késperle le corrían ríos de lágrimas por la cara, y Miquele terminó llorando también. Le daba una pena grandísima el pobre Késperle, que estaba tan solo; por su gusto se hubiera marchado a recorrer el mundo al lado de su amigo, pero no había más remedio que separarse. Késperle se quedó en la cueva y Miquele subió muy triste al pueblo con sus cabras.

Késperle se revolvía inquieto en la cueva. Como no podía dormir, en cuanto salió la luna decidió emprender el camino. Se colgó de un hombro el morral que le había dado Miquele con un gran trozo de pan. Su amigo le había cortado también una vara para que le sirviera de bastón. Y con el morral y el bastón Késperle echó a andar en el silencio de la noche.

La luna alumbraba el camino con una luz muy clara. N o se veía a nadie; sólo allá a lo lejos estaban las casitas de un pueblo. Késperle se acordó de los consejos de Miquele y dio una vuelta para no pasar cerca del pueblo. Al salir el sol, Késperle buscó un lugar bien escondido en el bosque, se echó en la hierba y estuvo durmiendo hasta la noche; y por la noche se puso a andar otra vez.

Así estuvo Késperle andando durante cinco noches y ya se le había terminado el pan, sólo le quedaba una cortecita. Y por fin, al amanecer del sexto día, vio los postes de la frontera, y vio también una ciudad a lo lejos, en el fondo del valle.

Aquel día durmió pocas horas, y a media tarde se comió la última corteza de pan y empezó a bajar al valle. Pero la ciudad estaba más lejos de lo que él creía, y hasta la puesta del sol no llegó a las puertas de la muralla que rodeaba la ciudad.

La muralla era muy antigua y tenía grandes puertas y torres; y en las ventanitas de las torres había matas de claveles rojos y colgantes geranios floridos.

Pero Késperle no se fijó en las plantas de las torres, porque se quedó pasmado delante de un gran jardín que había al pie de la muralla. Aquel jardín estaba lleno de flores de todas las formas y colores: altas malvas reales, enredaderas amarillas, macizos enteros de flores azules y rojas, blancas y jaspeadas. Y de las viejas murallas colgaban rosales de rosas rojas y claveles blancos, y Késperle no se cansaba de mirar aquel lujo de colores, y pensó que el salón de fiestas del castillo del Duque no era ni la mitad de bonito que aquel jardín.

Un viejo de barba blanca caminaba entre las flores, regando las plantas de una en una, con mucho cuidado. Cuando se le vaciaba la regadera, iba a llenarla a una fuente, y luego volvía a regar. El viejecito parecía algo cansado, y cuando fue a llenar otra vez la regadera, Késperle se le acercó, le pidió la regadera, la llenó y empezó a regar con mucho entusiasmo. Al verle tan contento, el viejo sonrió; le gustaba mucho aquel pequeño ayudante que se había presentado sin más ni más, saltando la

cerca del jardín. El viejecito se sentó en un banco a ver cómo regaba Késperle, y Késperle pensó que nunca había hecho un trabajo útil, y que le gustaría mucho quedarse a ayudar en aquel jardín tan hermoso, donde había una casita cubierta de enredaderas.

Cuando terminó de regar, Késperle se sentó en el banco junto al viejecito, le miró con confianza y le preguntó :

-¿Puedo quedarme contigo? El viejo se echó a reír y dijo:

-¡Qué niño más raro eres! ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

Késperle suspiró. Le pasaba con el viejo lo que con Miquele: no podía meterle mentiras, le daba vergüenza engañarle. Bajó la cabeza y el jardinero le preguntó con mucha bondad, pero muy serio:

-¿Te has escapado, pequeño?

Késperle suspiró otra vez; no se atrevía a decir quién era. Las personas le daban ya miedo. Y entonces el viejo le cogió de la mano y le llevó a la casita, diciendo con cariño:

-Quédate conmigo en mi jardín. Ya me dirás mañana quién eres.

Y Késperle se quedó en el jardín.

Cenaron los dos en la casita, y el jardinero le contó muchas cosas de las flores, de cómo crecían y florecían, y Késperle no se cansaba de escucharle. Ya se había hecho de noche, y el viejo dijo a Késperle que se fuera a dormir, y le llevó a un cuartito que tenía una cama. Aquel cuartito le pareció a Késperle algo maravilloso, después de las noches que había pasado en el bosque. Por la ventana entraba el olor de las flores, y cuando Késperle se metió en la cama oyó una música tan suave y tan bonita que se le quitó el sueño. Nunca había oído unos sonidos así, y se puso a llorar acordándose de la casita del bosque y de lo solo que estaba. La música se fue haciendo más suave, y Késperle se quedó al fin dormido.

Por la mañana entró el jardinero a despertarle:

-Ven, vamos al jardín a regar, para que las flores no tengan sed durante el día. Hoy va a hacer calor.

Késperle se levantó muy contento y se puso a regar con gran entusiasmo. Algunas flores necesitaban mucha agua, y otras sólo unas gotas. El jardinero se lo iba explicando todo, y también le enseñó los nombres de las flores. Luego se puso Késperle a coger fresas, que estaban ya maduras; se comía algunas, pero casi todas las iba metiendo en unas cestitas cubiertas de hojas. El jardinero cogía peras de un árbol.

Estaban los dos muy ocupados con su trabajo, cuando empezaron a llegar mujeres y niños que venían a comprar verduras y frutas.

-Vaya, ya veo que se ha buscado usted un ayudante -dijo una de las mujeres al ver a Késperle.

Pero los niños miraban a Késperle como bobos, y a Késperle no le gustaba nada que se le quedaran mirando así; y empezó a ponerles cara de ogro.

Los niños echaron a correr, gritando; pero luego se acercaron poco a poco y le dijeron:

-Hazlo otra vez, anda. Entonces Késperle se echó a reír y empezó a hacer payasadas. Los niños se reían como locos, y las mujeres y el jardinero les miraron asombrados.

-Tiene usted un ayudante muy gracioso, maese Pe- nacho -decían las mujeres-. ¿De dónde lo ha sacado?

El viejo no quiso contestar. Estaba pensando que Késperle era verdaderamente algo raro, y cuando al fin se marcharon las mujeres y los niños, le preguntó:

-Oye, ven aquí. ¿Qué clase de niño eres tú? ¿Dónde has aprendido a hacer esos gestos y esas payasadas?

Entonces Késperle le miró a los ojos y le contó lo que era. Pero el viejo se enfadó:

-¿No te da vergüenza, burlarte de un anciano? ¿Por qué me mientes? ¡Cómo vas a ser un kásperle! Fíjate los años que tengo, y nunca he oído decir que un kásperle sea otra cosa que un muñeco de madera. ¡Qué vergüenza, mentir así!

Kásperle no sabía qué hacer. ¿Cómo podría convencer al jardinero de que él era un verdadero kásperle?

En esto se abrió la puerta del jardín y entró un hombre joven y elegante, y se quedó mirando al jardinero y le dijo:

-¿Qué le ocurre, maese Penacho? Nunca le había oído gritar de ese modo.

-¡Ah, es usted, señor Severín! -dijo el jardinero- ¡Pues escuche, escuche las mentiras que me está contando este pícaro, que ayer recogí por pura compasión! -y le contó al joven la historia de Kásperle.

El señor Severín se quedó mirando a Kásperle con sus ojos hermosos y oscuros, y luego dijo:

-El pequeño no le ha mentido, maese Penacho. Es de verdad un kásperle auténtico y vivo. Hay muy pocos kásperles en el mundo. Mi maestro, que era un hombre muy sabio, me contó una vez que en un punto del Océano Atlántico hay una isla muy pequeña donde crecen las flores más hermosas del mundo. Esa isla es la tierra de los kásperles. Si los kásperles se quedan en su isla, viven muchísimos años y hasta siglos. Y si algún kásperle sale de la isla, puede pasarse años y años durmiendo sin morirse, y no crece, sino que sigue siendo un kásperle pequeñito y travieso, y los niños se divierten siempre a costa suya.

Al oír aquella historia, Kásperle se emocionó muchísimo y empezó a llorar. Había olvidado cuál era su patria; todo lo había olvidado durante sus largos años de sueño. Pero ahora recordaba las flores tan hermosas de su isla. Entonces dijo el joven:

-¡Pobrecito Kásperle perdido, pobrecito! Aquellas palabras le sonaron a Kásperle tan bien como la música de la noche anterior, y le consolaron mucho; y cuando el amable joven le acarició la cabeza se puso otra vez alegre.

Maese Penacho seguía sin querer convencerse, porque aquella historia de los kásperles le parecía demasiado rara; y Kásperle tuvo que volver a contarles todo lo que le había pasado. El contaba y los otros se reían y sentían pena del pequeño; y cuando acabó su historia, el señor Severín le dijo:

-Dentro de unos días tengo que salir de viaje, y trataré de encontrar la casita del bosque, porque ése es tu hogar, pequeño Kásperle.

-Y entretanto, te quedarás conmigo -dijo maese Penacho-. Yo cuidaré de que no te pase nada malo. Coge ahora unas flores para el señor Severín.

Kásperle corrió muy contento por el jardín cogiendo las flores más bonitas y formó un ramo precioso, grandísimo ,y de muchos colores. El jardinero y el señor Severín se rieron al verle venir con un ramo más gran- de que él, y el señor Severín dijo que nunca había visto un ramo tan hermoso. Después se marchó. Vivía cerca del jardín, en una de las torres de la muralla, y maese Penacho le contó a Kásperle que el señor Severín era un gran artista: cuando tocaba un instrumento parecía que le metía dentro un alma. Y le llamaban desde los países más lejanos, por ejemplo para que a un órgano que sonaba mal le metiera un alma dentro.

Kásperle no acababa de comprender aquello, pero ahora ya sabía que el que había tocado la música tan bonita por la noche era el señor Severín. Estaba deseando volver a oír aquella música; y, efectivamente, por la noche se volvieron a oír aquellos sonidos tan dulces en el jardín. Las flores olían muy bien y Kásperle se quedó mucho tiempo sentado junto al viejo jardinero delante de la casa. Estaba contento y tranquilo, y pensaba que ya nadie le podría hacer ningún daño.

A la mañana siguiente le dijo maese Penacho:

-Kásperle, hoy es sábado y vendrá mucha gente a comprar flores. Vete preparando algunos ramos, y hazlos tan bonitos y alegres como el que le diste ayer al señor Severín.

A Kásperle le encantó el encargo. Empezó en seguida a cortar flores, y formó los ramos combinando tantos colores juntos, que maese Penacho se quedó sonriendo al ver los ramos preparados en la fuente. Y la gente que llegó a comprar flores se sonreía también al ver aquellos ramos tan alegres. Hasta una vieja viejísima sonrió de oreja a oreja cuando maese Penacho le dio un ramo, y dijo:

-Nunca vi un ramo igual; le pone a uno de buen humor, aunque uno no quiera.

Llegaron muchas personas, y todas pedían los alegres ramos de Kásperle, y todas se reían al ver a aquel chiquillo tan divertido que saltaba como una liebre por el jardín, cortando y atando flores. Al fin le dijo el jardinero que ya había bastantes, que dejara algunas en las plantas. Y entonces vio con asombro que Kásperle había ido cortando las flores con tanta maña, que parecía que no faltaba ninguna en las plantas. Felicitó contento a su ayudante; y por la tarde, cuando llegó el señor Severín, le contó lo bueno que era Kásperle.

Sí, Kásperle era muy bueno, pero también era bastante travieso. Un kásperle no puede evitar el estar siempre haciendo payasadas, y los niños no pueden evitar el reírse cuando ven un kásperle; son las cosas que pasan. Los niños de la vecindad se dieron cuenta en seguida de lo divertido que era Kásperle, y se lo contaron a otros niños. Y a los pocos días, el jardín de maese Penacho estaba siempre rodeado de niños que se quedaban en la cerca esperando a que saliera Kásperle, y en cuanto le veían empezaban a reírse y a aplaudir. y Kásperle les ponía cara de ogro, o imitaba a los tontos de circo. Ni siquiera maese Penacho podía remediar el reírse cuando le miraba; pero el señor Severín le dijo un día, al verle hacer payasadas:

-¡Kásperle, Kásperle, te estás descubriendo tú mismo!

Y, efectivamente, al día siguiente Kásperle se llevó un susto tremendo.

Unos niños se habían acercado al jardín a decirle: -¡Kásperle! ¿Quieres venir pasado mañana con

nosotros a la feria? Va a llegar un hombre con títeres y seguro que no sabe hacer funciones tan bien como tú.

Kásperle se quedó tan asustado que se olvidó de hacer sus muecas. ¡Aquel hombre de los títeres podía ser el que le andaba buscando por todas partes! Se lo contó muy preocupado a maese Penacho que le prometió ir a la feria a enterarse.

Al día siguiente tuvieron mucho trabajo, y, cosa rara, los chiquillos no aparecieron en todo el día por allí. Y Kásperle estuvo ayudando al jardinero; corrió por el jardín, llevó ramos a la casa, volvió a salir, y estaba en la casita cuando llegó el señor Severín. Llevaba sobre los hombros un baúl grande y negro y entró corriendo en la casa y llamó a maese Penacho, con mucha prisa. Al entrar en la casita vio a Kásperle que salía, le cogió por un brazo y le hizo entrar en la cocina. Dejó el baúl en el suelo, lo abrió y dijo:

-¡Corre, Kásperle, corre, métete dentro!

Kásperle obedeció, se metió en el baúl y el señor Severín cerró la tapa, se sentó encima y empezó a tocar el violín. Apenas llevaba unos minutos tocando cuando se oyó un griterío y entraron en la casa muchos niños con el hombre de los títeres y dos guardias, seguidos del asombrado jardinero; y todos preguntaban a la vez:

-¿Dónde está Kásperle, dónde está Kásperle? Venimos por él, que el Duque ha mandado que se lo lleven. ¿Dónde está?

Pero unos niños le dijeron bajito a maese Penacho: -Nosotros le ayudaremos a escaparse.

Maese Penacho miró a todas partes y dijo: -Kásperle estaba aquí hace un momento... y el señor Severín también dijo: -Estaba aquí hace un momento.

Y siguió tocando tranquilamente el violín, mientras le decía al jardinero:

-Maese Penacho, me voy de viaje; ya he preparado mi baúl, y saldré mañana en la primera diligencia.

-¡Me importa un pimiento su viaje! -gritó groseramente el hombre del guiñol-. ¡Venimos en busca de Kásperle y tiene que estar aquí!

-Registraremos la casa -dijeron los guardias mirando muy ceñudos al señor Severín. Pero ,éste les dijo con mucha cortesía:

-¡No faltaba más! ¡Busquen, busquen! Y no se olviden de registrar el jardín.

-La última vez que le vi estaba en el jardín -dijo maese Penacho, que no sabía dónde estaba Kásperle.

y pensaba:

-Ojalá se haya escapado a tiempo. Entonces el hombre del guiñol, los guardias y los niños salieron corriendo al jardín; y el señor Severín se echó el baúl sobre los hombros, se metió el violín bajo el brazo, y dijo a maese Penacho que fuera a verle por la tarde. Salió de la casa cantando, atravesó el jardín y nadie se ocupó de él.

Todos seguían buscando a Kásperle por los rincones del jardín, y el hombre del guiñol se encaramó a la muralla para ver si Kásperle se había escondido por allí. y luego volvieron a entrar todos en la casita y no dejaron ni un rincón sin registrar. Miraron hasta en el tarro de la sal y en la cafetera de maese Penacho; y el hombre del guiñol no hacía más que gritar:

-¡Se nos ha escapado, por haber entrado todos a la vez a buscarlo en la casa! ¡Qué idiotas hemos sido, qué idiotas!

-Pronto le encontraremos -le consolaron los guardias-. ¡Bah, bah, como si no fuéramos capaces de atrapar a un kásperle!

Y entonces se pusieron a interrogar al buen maese Penacho, que tuvo que contar les cómo había llegado Kásperle a su casa y todo lo que le había dicho. Mientras el jardinero hablaba con los guardias, el hombre del guiñol no hacía más que repetir:

-¡Se nos ha escapado! ¡Qué idiotas hemos sido, qué idiotas!

Y un guardia le decía:

-¡Bah, bah, bah! ¡Pronto le cogeremos! Y en esto los niños empezaron a gritar todos a la vez:

-¡Kásperle se ha escapado! ¡Viva, viva, se ha escapado!

Y salieron saltando y gritando a la calle; y a todo el que quería oírles le contaban que el hombre del guiñol había levantado su teatrillo para la feria del día siguiente, y que había estado enseñando a la gente un muñeco de guiñol que era igualito que el chico del jardinero, y preguntaba a todo el mundo:

-¿Ha visto alguien un kásperle tan gracioso como este muñeco?

Y los niños habían dicho:

-¡El ayudante del jardinero es igual que ese muñeco!

Y así había empezado la cosa.

Los niños iban ahora por la calle saltando y gritando a coro:

-¡Viva, que se ha escapado! ¡Viva, viva, se ha escapado!

Y el hombre del guiñol estaba hecho una fiera, y cuanto más gritaban los niños, más furioso se ponía.

-¡Y pensar que me iban a hacer Conde! -no hacía más que gritar-. ¡Sí, me hubieran hecho Conde si ese bandido de Kásperle no se hubiera escapado otra vez! Qué idiotas hemos sido, qué idiotas.

Viajes y peripecias de Kásperle

Mientras el hombre del guiñol se desesperaba, el señor Severín llevó el baúl negro a su habitación

de la torre, lo abrió allí y dejó salir a Kásperle. Kásperle se quedó en medio de la habitación como un pajarito asustado, y el señor Severín se echó a reír y le dijo:

-¡Ay Kásperle, pobre pequeño trasto! ¡Esta vez sí que han estado a punto de atraparte!

Sí, que poco había faltado. A Kásperle le daba un brinco el corazón cada vez que recordaba el griterío que habla oído en la casita del jardín. Al cabo de una hora llegó maese Penacho; se tranquilizó mucho al ver a Kásperle sano y salvo, y tenía ganas de llevárselo otra vez a su casa, pero comprendió que el señor Severín tenía razón cuando dijo:

-Kásperle debe salir de la ciudad. Mañana me iré de viaje y me lo llevaré en el baúl negro. Y ahora, Kásperle, óyeme bien: Vas a volver a la casita del bosque. Ya me he enterado dónde está.

Kásperle sintió una alegría enorme y ya iba a empezar a dar volteretas cuando le detuvo el señor Severín diciendo:

-Sí, te llevaré a la casita del bosque; pero tendrás que ser muy prudente por el camino. Porque pasaremos por varios sitios donde te conocen. Me han encargado que revise el órgano de El Descanso, y en el castillo del Salto-del-Gamo me está esperando el Duque. Tendrás que quedarte escondido en el baúl y no harás ninguna trastada, ¿entendido?

Kásperle suspiró con fuerza y prometió con muy buena voluntad que sería formalísimo y obediente. Pero mientras hacía aquella promesa, los ojillos le brillaban con mucha picardía; le divertía muchísimo pensar que iba a entrar sin ser visto en el castillo del Duque y en el pueblo de El Descanso. Claro que le hubiera gustado mucho más ver a Rosamaría y a Miquele, y aquella noche, sentado junto al señor Severín, le contó muchas cosas de sus dos amiguitos, y el señor Severín le dijo:

-A lo mejor les vemos a los dos; quién sabe, quién sabe. El mundo es un pañuelo.

A la mañana siguiente, apenas salió el sol, Kásperle tuvo que meterse en el baúl. Estaba un poco incómodo y estrecho, porque en el baúl iban también las herramientas y un montón de cosas del señor Severín; y cuando el músico levantó el baúl dijo que Kásperle pesaba ahora mucho más.

El señor Severín salió a la calle con su baúl; maese Penacho estaba ya en su jardín, y como no había nadie por allí a aquella hora, permitieron a Kásperle salir un momento y corretear entre las flores. ¡Qué bonito era el jardín! A Kásperle le dio mucha pena tener que despedirse de maese Penacho y de sus flores. Pero el señor Severín le metió prisa, porque la diligencia estaba a punto de pasar.

Kásperle se escondió otra vez en el baúl, y en seguida oyeron la trompeta de la diligencia. Colocaron el baúl sobre el techo, y el señor Severín entró en el coche amarillo y los caballos salieron otra vez al trote.

-«Adiós con el corazón» -tocaba la trompeta del postillón. Y, traca-traca-traca, el coche salió al campo.

Al mediodía llegaron a una venta y el coche se detuvo. Los viajeros se bajaron y el señor Severín dijo que le dieran una habitación para comer él solo, que tenía esa costumbre.

-¡Caramba con el caballero éste! -pensó el ventero-. ¡Pues no es poco remilgado!

Y le llevó la comida a una habitación especial. Allí pudo Kásperle salir a estirar las piernas, comió con el músico y más tarde el ventero se maravilló del enorme apetito de aquel caballero tan remilgado.

Luego siguieron el viaje a través de la región; y al fin llegaron a una posada que tenía en la puerta un escudo con un buey rojo. El señor Severín se bajó y se despidió del postillón. Este le dijo:

-Buen trabajo le espera, señor; El Descanso está allí en lo alto del monte, y no sé cómo va a cargar el señor con ese baúl tan pesado.

-Ya me las arreglaré -dijo el señor Severín; y pasando de largo la posada del Buey Rojo entró en el bosque, abrió el baúl, y Kásperle salió y empezó a caminar al lado del músico. No encontraron a

nadie en el camino y subieron de prisa por la ladera empinada; al cabo de unas horas Késperle se volvió a meter en el baúl, porque ya estaba a la vista el campanario de El Descanso.

Y así volvió a entrar Késperle en el pueblo, sin que nadie le viera. Pero él lo iba mirando todo por un agujero del baúl, y vio primero a la prima Mumelina que estaba en la puerta de su casa regañando a unos niños. Y luego vio su escuela tan querida, y el señor Habermus, que se acercó a saludar al músico. Késperle oyó emocionado la voz buena y amable del maestro; le daba mucha pena no poder él saludar a nadie; y más tarde, cuando el señor Severín abrió el baúl en su cuarto de la fonda, encontró a Késperle chorreando de llanto.

El señor Severín le consoló como pudo y le dijo que estaban al lado de la escuela, y que desde su ventana se veían las habitaciones de la casa del maestro. Késperle iba ya a asomarse a mirar, cuando vio a la prima Mumelina en su ventana de la casa de enfrente, y entonces se echó atrás de un brinco. El señor Severín le advirtió muy serio:

-¡Késperle, no hagas imprudencias!

Késperle no quería hacer imprudencias. ¡Si la prima Mumelina se quitara de la ventana! Pero cada vez que Késperle se iba a asomar, la veía en la ventana de enfrente, y Késperle no consiguió ver a la señora Habermus ni a las niñas, aunque estaba deseándolo.

y en esto, mirando desde una rendijita de la ventana, Késperle vio que la prima Mumelina salía de su casa y se dirigía a la fonda. Késperle sabía que la patrona de la fonda era amiga de Mumelina, y tan curiosa como ella. Se metió de prisa en el baúl; y, efectivamente, al poco rato entraron las dos mujeres en la habitación. La prima Mumelina lo curioseaba todo, y Késperle la oyó decir:

-El músico tiene todas sus cosas en el baúl. -Vamos a abrirlo -dijo a la patrona en voz baja, y las dos viejas empezaron a manipular con el baúl. Aunque Késperle sabía que no era tan fácil abrirlo, estaba bastante asustado allí dentro y pensó:

-Las voy a dar yo un susto. Metió la cabeza en el morralito de piel y se puso a resoplar y a gritar dentro del morral; sonaba de una manera. horrorosa, y las viejas por poco se desmayan del susto.

-¡Húúú! -se oía dentro del baúl, y la prima Mumelina chilló:

-¡Aquí dentro hay un demonio! Pero la patrona era más atrevida, y dijo: -Voy a verlo -y empezó otra vez a hurgar en la cerradura; y en esto se abrió la puerta y apareció el señor Severín. Había oído los resoplidos de Késperle desde abajo. Las dos curiosas se asustaron mucho al ver al músico, pero la prima Mumelina se dominó y le gritó al señor Severín :

-¡Tiene usted un demonio en el baúl! -Sí; es el diablo que se lleva a los curiosos -contestó el músico riendo-. ¡Tengan cuidado, que algunas veces ese demonio malo sale como un trueno del baúl!

-¡Ay! -gritaron las viejas, y echaron a correr escaleras abajo. Y Késperle, dentro del baúl, se moría de risa.

El señor Severín también se reía, pero dijo que sería mejor marcharse del pueblo por la mañana, y que no convenía que Késperle anduviera asustando a la gente, no fueran a darle un buen susto a él.

Por la noche, el señor Severín cerró el cuarto con llave. Quería ir a casa del maestro y pensó que lo más seguro era dejar a Késperle encerrado. Késperle dijo que sería muy seguro, pero también muy aburrido. Cuando el músico salió de la habitación, Késperle se asomó a la ventana, y al ver que en la calle ya no había nadie, se encaramó al antepecho de la ventana, y se quedó mirando la casa del maestro. ¡Cómo le hubiera gustado poder entrar allí por última vez!

Delante de la ventana de Késperle había un manzano muy grande. Le entraron ganas de descolgarse por aquel árbol, pero luego recordó lo que había prometido al señor Severín. Se le ocurrió que podía ser una buena idea tirar un par de manzanas verdes al cuarto de la prima Mumelina. ¡Con lo furiosa que se ponía la vieja si le hacían cosas así!

Késperle, se asomó con cuidado a la ventana, alcanzó una rama del árbol, empezó a coger manzanas, y las fue tirando al cuarto de la vieja. Tenía buena puntería, y las metía todas por la

ventana; no vio dónde caían, pero de pronto oyó unos gritos y un ruido de cacharros rotos. Kásperle se asustó y se bajó de la ventana. Estaba seguro de haber hecho algún estropicio en la casa de enfrente.

En la casa del maestro, la prima Mumelina se había sentado junto a la estufa, llorando a todo llorar, y los

demás la rodeaban tratando de consolarla. También estaba allí el señor Severín, que pensaba para su coleto:

¡Ay Kásperle, ay Kásperle, pero qué malísimo eres! Y es que unos momentos antes la prima había entrado en su cuarto llevando un jarro de agua, y al abrir la puerta había caído por la ventana una lluvia de manzanas; el jarro se había hecho añicos, otra manzana le dio a ella en la nariz, y otra rompió el espejo. A ver si no era como para llorar.

La prima miró de través al señor Severín y dijo que seguro que él sabía de dónde venían las manzanas; y que aquel baúl negro no era de fiar.

El señor Severín se puso muy serio y dijo que, si quería, que fuera con él a abrir el baúl. Pero la vieja no quería saber nada del baúl, y se marchó corriendo a su cuarto y se metió en la cama. Tuvo buen cuidado de taparse la cabeza con el edredón, pero ya no volvió a caer ninguna manzana.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, el señor Severín se marchó del pueblo con su baúl a cuestas.

-No sé cómo le dejáis marcharse sin más ni más; teníamos que haber registrado ese baúl -dijo la prima Mumelina. Pero nadie la hizo caso, por lo menos el maestro y su mujer. El buen señor Habermus pensaba que la historia de las manzanas no tenía nada de particular y decía:

-Los niños de El Descanso son capaces de eso y de cosas aún peores. Cualquiera adivina quién ha sido.

Nadie pensaba en Kásperle, que iba muy contento detrás del señor Severín por aquel camino que hacía unas semanas había recorrido tan asustado. El bosque estaba muy tranquilo, y no se encontraron a nadie.

Durmieron entre los árboles y al fin encontraron la pradera donde Miquele solía llevar sus cabras. Y Kásperle dijo con tristeza:

-Miquele ya no estará aquí. Pero sí estaba; le vieron sentado junto a la cueva de las peñas, tocando una flauta que se había hecho él mismo; y las cabras estaban pastando a su alrededor. Kásperle empezó a dar gritos de alegría y Miquele miró a todos lados, como si se despertara de un sueño. Y entonces saltó sobre las piedras, se abrazó a Kásperle y se pusieron a dar vueltas y brincos abrazados; estaban tan contentos que no podían ni hablar. Y luego empezó Kásperle a contarle sus aventuras, y el señor Severín también contó algunas cosas, y así se enteró Miquele de todo. El pastorcillo contó lo que había hecho en muy pocas palabras:

-A mis cabras les gusta más la hierba de aquí, así que hoy he vuelto de las montañas.

-Mira qué suerte hemos tenido -dijo el señor Severín; y se puso a afinar el violín. Entonces vio que Miquele miraba el violín como con ganas de tocar, y le dijo:

-Toma, prueba a tocar algo tú. Miquele se asustó. En su pueblo habla un sastre llamado Jacob, que tocaba el violín y algunas veces le habla dejado tocar un poco. Pero el violín del sastre era distinto de el de aquel caballero; el niño apenas se atrevía a cogerlo, pero en cuanto lo tuvo en las manos le entraron muchas ganas de tocar.

Kásperle miraba a su amigo con los ojos muy abiertos. Y el señor Severín se le quedó escuchando en silencio, y cuando Miquele terminó de tocar, dijo:

-En otoño, cuando vuelva a casa, pasaré por aquí y te llevaré conmigo. A tu madre le daré durante varios

años el dinero que ganas aquí por cuidar cabras. Quiero hacer de ti un gran violinista. ¿Te parece bien?

¡Ya lo creo que a Miquele le parecía bien! Kásperle y él se pusieron a dar brincos de alegría. Y cuando Kásperle y el señor Severín siguieron su camino, Miquele se quedó contentísimo. ¡Iba a ser violinista, y podría tocar lo que durante tantos meses le habían cantado al oído los árboles y los arroyos! Y Miquele pensó:

-Todo esto se lo debo a Kásperle, sólo a él. No sabía que el señor Severín había pensado, cuando Kásperle le contó su historia en el jardín de maese Penacho:

-Un niño que es tan pobre que tiene que cuidar cabras, y que a pesar de todo devuelve un saco de dinero, tiene que ser un niño buenísimo. Si le gusta el violín, le ayudaré a ser un gran músico.

Kásperle estaba tan contento por la suerte de su amigo, que se puso a cantar; pero el señor Severín le hizo callar en seguida:

-Por Dios, cállate, que va a llover. Anda, métete en el baúl, no vaya a pasar algún cazador de los que te conocen.

Kásperle se metió entonces muy de prisa en el baúl, y el señor Severín se lo echó a la espalda y se alegró cuando vio el castillo, porque Kásperle pesaba bastante.

En el castillo recibieron con grandes honores al músico forastero. Pero a todos les sorprendía mucho aquel baúl tan grande.

-Es que llevo dentro un instrumento muy especial, y nunca me separo de él -explicó el señor Severín; y cerró su cuarto con llave, y le dijo a Kásperle que se metiera dentro de la cama, no fuera a verle alguien. Kásperle se aburría mucho en la cama, y hubiera preferido andar por el castillo haciendo de duende y en redando, o viendo cómo le daba un alma el señor Severín al clavicordio del Duque.

El músico había dicho que le dejaran solo en el salón; allí estaba tocando el clavicordio, cuando la puerta se abrió despacito, entró una niña y se acercó de puntillas al señor Severín, que pensó al verla :

-Se parece a esa Rosamaría de la que hablaba Kásperle.

Y entonces se puso a tocar una cosa muy bonita y a cantar:

En el bosque hay un castillo y en el castillo una niña,
a la niña blanca y bella la llaman Rosamaría.
Diez caballeros la guardan, cinco doncellas la cuidan
y un duendecillo travieso es el que más la quería.
Dime tú, la niña blanca, dime, bella Condesita:
¿Cómo se llama tu amigo, el que salvaste aquel día?

-¡Se llama Kásperle! -dijo una vocecita suave; Rosamaría, de pie junto al clavicordio, miró con sus ojos grandes al señor Severín y le preguntó:

-¿Dónde está Kásperle?

-De modo que tú eres Rosamaría; no me he equivocado -dijo el músico-. Pues mira, Kásperle va a volver a su casita del bosque.

Rosamaría sonrió contenta y tocó con la punta de los dedos las teclas del clavicordio, que sonó como si dijera:

-Recuerdos a Kásperle, recuerdos a Kásperle... -Se los daré de tu parte; y, si eres capaz de guardar el secreto, podrás ver a Kásperle otra vez. La niña miró al músico con mucha seriedad, se puso un dedo sobre los labios y salió corriendo del salón, porque se oían pasos en el cuarto de al lado.

Era el Duque, que venía a ver si el clavicordio tenía ya un alma. Y luego preguntó qué clase de instrumento era el que guardaba el músico en el baúl negro. Y es que el Duque era bastante curioso; y le puso de mal humor que le dijera el señor Severín que no podía enseñarle el instrumento, porque no era suyo y había prometido no enseñárselo a nadie.

-Ya me las arreglaré para verlo -pensó el Duque, y se marchó del salón refunfuñando. Al señor Severín le entró un poco de miedo; porque si a un Duque se le mete una cosa en la cabeza, no hay nada que hacer. A lo mejor ordenaba a sus guardias:

-¡Abrid el baúl! Así que el músico se fue muy pensativo hacia su cuarto, por todos aquellos corredores y pasillos; vio pasar un gatito negro y de pronto pensó:

-¡Hombre, qué idea! ¡Este gato me va a venir de perlas!

Y cogió al gatito y se lo llevó. Kásperle estaba sentado en el cuarto, con una cara larguísima; pero se puso muy contento cuando el señor Severín le dijo que había visto a Rosamaría.

El señor Severín le dijo luego:

-Tienes que meterte ahí en la chimenea, y trepar hasta arriba como un deshollinador, porque me parece que el Duque va a venir a curiosear.

Kásperle se asustó y se metió corriendo por el agujero de la chimenea, y el señor Severín escondió al gatito en el baúl. No había hecho más que cerrar la tapa, cuando llegó un criado y dijo que el Duque le había ordenado que le enseñara el castillo al músico.

-Sí, claro; y mientras tanto vendrá él a mirar en mi baúl -pensó el señor Severín, muy divertido.

Y acertó. Porque en cuanto salieron del cuarto, Kásperle sintió pasos y voces y oyó que el Duque decía:

-¡Abrid ese baúl! Kásperle, muerto de curiosidad, se dejó caer hasta la boca de la chimenea para poder ver algo; en aquel momento, abrieron el baúl y el gato negro saltó bufando, se agarró al hombro del Duque y después se escapó por la ventana.

-¡Atchís, atchís, atchís! -A Kásperle se le había metido hollín por la nariz, y estornudó con tanta fuerza, que salió una nube negra de la chimenea. El Duque empezó a toser, a resoplar, a escupir y estornudar, y salió corriendo del cuarto, seguido de sus criados. Todos pensaron que aquella nube negra había salido del baúl, y el Duque se puso a gritar que el músico era un brujo. En el fondo, le daba vergüenza haber ido a curiosear.

El señor Severín se rió muchísimo cuando volvió a su cuarto y vio a Kásperle todo tiznado de negro; le ayudó a lavarse y le metió en el baúl. Y luego fue donde estaba el Duque y le dijo que tenia que marcharse, porque el instrumento se había estropeado; y el Duque le rogó que se quedara a tocar algo de música por la noche. El músico se lo prometió, pero dijo que no tenía que haber niños si tocaba.

-No hay niños en el castillo -dijo el Duque-; sólo está la condesita Rosamaría, que es muy formal.

-No importa, los niños estorban. Si toco, tiene que irse a la cama -dijo el señor Severín.

Así que Rosamaría no fue por la noche al salón. Todos los criados escucharon detrás de las puertas, y el señor Severín tocó tan maravillosamente que el Duque casi lloraba de emoción.

Mientras tanto, Kásperle y Rosamaría estaban juntos en un cuartito al lado de la habitación del músico. El bueno del señor Severín había dicho a Rosamaría dónde podía encontrar a Kásperle, y éste le contó a la niña todo lo que le había pasado aquella temporada. Mientras hablaban, estuvieron comiendo chocolate y bollos que había llevado Rosamaría. La Condesita ya no tenía miedo de Kásperle, y lloró de pena cuando Kásperle le contó cómo había tenido que salir huyendo.

-¡Ay, pobrecito Kásperle, pobre diablillo travieso! -dijo con dulzura-. ¡Qué bien, que puedas volver a tu casa del bosque!

Y la niña se quedó con ganas de conocer a todos los que habían ayudado a su amiguito, en especial a Miquele.

-Quiero que el pastorcillo sea mi amigo -dijo. Nadie se dio cuenta de que Rosamaría no se había ido a acostar. Y cuando al fin volvió a su cuarto y se durmió, soñó con Kásperle, con Miquele y con el

jardín lleno de flores de maese Penacho. Pero a la mañana siguiente, al despertarse, ya se habían marchado del castillo el señor Severín y Kásperle.

Kásperle vuelve a la casita del bosque

Para llegar a la casita de maese Fridolín desde Villapomposa, había que ir por un sendero que atravesaba el bosque; el señor Severín escogió aquel camino, por el que no solía pasar nadie. Kásperle salió del baúl y correteó con alegría de regreso a su casa. De pronto oyó que una voz conocida y muy querida decía:

-¡Ay, Dios mío, pero si es Kásperle! Era Amada, que estaba entre la alta hierba de una pradera, al pie de un abeto viejísimo; a su lado pastaba un ciervo. El señor Severín se detuvo y Kásperle se lanzó hacia Amada con tales gritos de alegría, que el ciervo salió huyendo.

-¡Kásperle, querido mío, ingrato! ¿Dónde has estado? -No te enfades conmigo, Amada -dijo Kásperle acurrucándose en brazos de la muchacha; y la hermosa Amada sonrió y acarició la cabecita enmarañada de Kásperle y dijo con mucha alegría:

-¡Qué bien, que hayas vuelto! ¡Malísimo, vagabundo, niño mío!

Y Kásperle le contó todo lo que le había pasado, y Amada lloraba y se reía; y luego dijo que el hombre del guiñol había estado dos veces en la casita a preguntar si Kásperle había vuelto. Pero no podría llevárselo, porque la casa del bosque estaba justo al otro lado de la frontera, y el Príncipe de aquella tierra no se llevaba bien con el Duque; de modo que el Duque no podría hacer nada contra Kásperle; pero había puesto a un guardia en Villa pomposa para vigilar, y Florián y Damián, los criados de Cabeza-de-Paja, habían dicho que si llegaban a coger a Kásperle, le darían su merecido. Y entonces dijo Kásperle :

-Ven, vamos a casa.

Amada se levantó y los tres fueron hacia la casita, y la muchacha dijo a Kásperle :

-En seguida pasaremos la raya de la frontera; pero mientras tanto, métete en el baúl, que a veces hay un guardia por aquí y me da miedo que te pueda ver.

Kásperle se escondió en el baúl, y en cuanto el señor Severín cerró la tapa salió un guardia entre los árboles y gritó:

-¡Alto! Tengo que registrar a todo el mundo para que nadie pase un kásperle por la frontera.

El señor Severín empezó a tocar el violín y dijo: -Vengo del castillo de caza del Duque; y el Duque no me ha regalado ningún kásperle.

El guardia se echó a reír y pensó:

-Qué va a hacer con un kásperle un caballero como éste, tan elegante y que toca tan bien el violín.

Y les dejó pasar, diciendo:

-¡Ese maldito Kásperle! Llevamos varias semanas buscándole, y tan pronto está en un sitio, tan pronto en otro, y nunca damos con él.

El señor Severín dijo al guardia, sonriendo:

-Sí, debe de ser un buen tunante, ese Kásperle. Tenga cuidado, no se le vaya a escapar en sus mismas narices.

-Lo que es a mí, no se me escapará -dijo el guardia-. Menuda vista tengo yo. A mí no se me escapa.

-¡Pues nada; a vigilar bien, y hasta la vista! -le dijo el señor Severín. Y Amada se echó a reír. Los tres siguieron su camino riéndose mucho, y de pronto vieron entre los árboles la casita del bosque.

El señor Severín sacó entonces a Késperle del baúl, y Késperle dio un chillido de alegría. Allí estaba la casita, entre las flores del jardín. Las ventanas estaban abiertas, y por una de ellas se veía a maese Fridolín tallando un trozo de madera.

Késperle echó a correr hacia la casa dando gritos, y a maese Fridolín se le cayó la navaja de la sorpresa.

-¿Eh? ¿Quién grita así? ¡Késperle! ¡Késperle había vuelto! La señora Anita salió corriendo a la puerta, con la sartén en la mano, y se quedó sin poder ni hablar, de la alegría.

Luego sacó la cena, y mientras comían, Késperle tuvo que volver a contar todas sus aventuras; al señor Severín le pidieron que se quedara unos días en la casita, y le dieron la habitación más bonita del piso alto. Desde allí se veía muy bien el bosque, y el señor Severín se ponía a tocar el violín por las noches, junto a la ventana. Y tocaba tan bien, que Amada no podía remediarlo y lloraba sentada en la cama.

-¿Te volverás a escapar? -preguntaba Amada algunas veces a Késperle.

Y él contestaba siempre:

-¡No, no, no! ¡Quiero estar aquí toda la vida! El señor Severín volvió en invierno y se casó con Amada y todos se pusieron muy contentos. Y después, al cabo de unas semanas, tuvieron otra visita: el bueno del señor Habermus, que traía a Miquele. Los amigos se alegraron muchísimo de volverse a ver, y el señor Habermus se marchó a los pocos días y dijo al despedirse :

-Késperle, la verdad es que fuiste un alumno bastante revoltoso; pero me gustaría tenerte otra vez en la escuela. Claro que aquí en la casa del bosque estás mucho mejor.

Y era verdad. Késperle sabía que la casita del bosque era el mejor sitio del mundo; sólo había un lugar más bonito: la Isla de Kasperlandia.

Pero nadie sabía dónde estaba aquella Isla, la Patria de Késperle.

